



LETAS RECIO NALES

REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

Año I. — Números 3 y 4

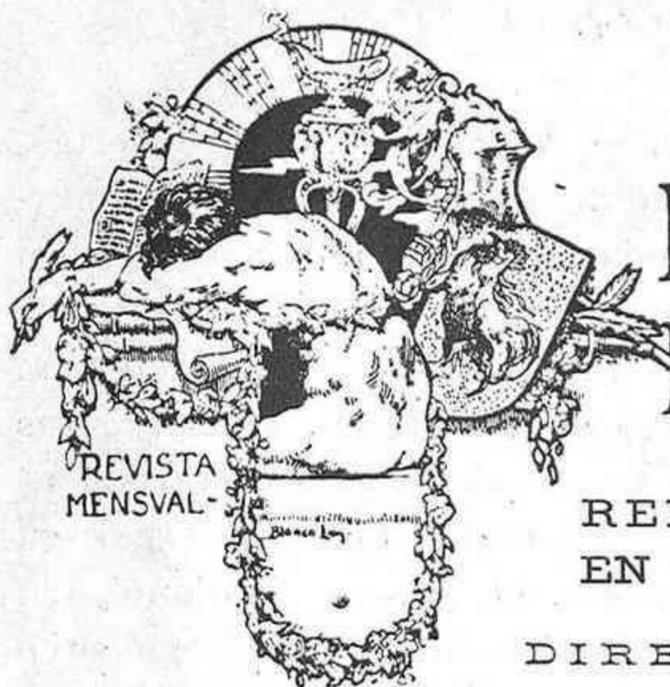
PRECIO DE ESTE EJEMPLAR: 2 PTAS.
(Doble número de páginas que el corriente)

ÍNDICE

DE ESTE NÚMERO

Páginas

Las grandes obras de la literatura regional española: «Fuente Serena», novela de Antonio Reyes Huertas	1
<i>José María Pemán.</i> —Ferias de Andalucía	9
<i>Curro Vargas.</i> —Héroes sin nombre	12
<i>C. Cabal.</i> —Los personajes de «La Aldea perdida»	16
<i>José de Orellana.</i> —Dar buen consejo...	19
<i>Narciso Díaz de Escovar.</i> —Cuentecillos de mi tierra: Yo he pagado más.	20
<i>Vicente Díez de Tejada.</i> Cancionero popular: Trítico Negro	23
<i>S. Ramos Almodóvar.</i> —El Alma de la Mezquita, novela corta original e inédita	25
Real Academia Hispano-Americana: Certamen en honor del Marqués de Comillas	40
Blanco Lon, dibujante, pintor y literato	43
<i>A. Blanco Lon.</i> —Autocaricatura.	45
El Concurso de Cuentos de LETRAS REGIONALES.	48
<i>Segoviano Valverde.</i> —Castellana.	49
Crónicas:	
VALENCIA.— <i>Forcadell:</i> Homenaje a Salvador Sellés en Alicante	51
CASTILLA.— <i>Del Sol Collazos:</i> Cantando y bailando	52
EXTREMADURA.—El homenaje a Publio Hurtado y la inauguración del Ateneo, en Cáceres.	54
Teatro y cinematógrafo:	
<i>Jorge de la Cueva.</i> —Comentarios teatrales: El sainete y el teatro regional	59
«Santa María del Mar», estreno en Madrid	60
Dice Linares Rivas	61
Leyendas Revistas y periódicos	62
Libros:	
<i>B. Barceló.</i> —«Primeres Poesías»: A una tímida donzella.	70
Muchas cosas en pocas líneas	71
Literatos Nuevos:	
<i>Francisco López Sanz:</i> Flor entre espinas.— <i>Jose Padilla Orran:</i> Ni Manón ni Gautier.— <i>Prisca Espa:</i> Anécdota histórica.— <i>Ares-Nif:</i> Presentación.	74



LETRAS REGIONALES

REDACTORES Y COLABORADORES
EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

Año I Septiembre y Octubre de 1925 Núms. 3 y 4

LAS GRANDES OBRAS DE LA LITERATURA REGIONAL ESPAÑOLA

"FUENTE SERENA"

NOVELA DE ANTONIO REYES HUERTAS

Si el lector de las líneas que anteceden ha tenido la suerte de saborear, en reposada lectura, *Lo que está en el corazón*, *La sangre de la raza*, *Agua de turbión* o algún otro libro de Reyes Huertas, considerará natural y lógico el epígrafe que hemos escrito. *Fuente serena* no es una novela más, de esas que a la voracidad del mercado se lanzan a diario, con bombo y platillo de adjetivos amistosos y gacetillas pagadas. *Fuente serena* es sencillamente una de las grandes obras de la literatura regional española. Más que pararnos hoy a comentar con la extensión que se merece el último libro que Reyes Huertas acaba de publicar, preferimos dar a conocer a nuestros lectores un capítulo de *Fuente serena*. Seguros estamos de que, terminada la lectura, quien ya por antecedentes adquiridos no lo haya pensado, pensará ahora, como nosotros, que Reyes Huertas es, entre muy pocos,

uno de los mejores literatos con que actualmente cuenta España. Con íntima y grande satisfacción lo decimos, convencidos de que no tardará mucho tiempo sin que esta verdad se devulgue entre todo el mundo culto de las letras contemporáneas. Divulgándose va ya, y buena prueba de ello es la siguiente carta, copia de la que ha dirigido al insigne novelista extremeño, que nos transmite el cultísimo historiador y literato P. Villacampa:

«Real Monasterio de Guadalupe.

7 Octubre de 1925.

Sr. D. Antonio Reyes Huertas.

Mi querido e inolvidable amigo: Ante el éxito cada vez más creciente de sus admirables novelas, sobre las que he manifestado varias veces mi modesta opinión, y deseando confirmar mis juicios con los de personas de reconocida autoridad en la materia, tuve ocasión

de hablar de sus escritos con el insigne literato Sr. González Blanco (D. P.) en una de las visitas que hizo a este Monasterio de Guadalupe.

Dicho Sr. no conocía sus novelas sino de referencias y ante sus deseos de conocer siquiera alguna de ellas le entregué *La sangre de la raza*. No puede figurarse su entusiasmo después de leído el libro de V. Hízome grandes ponderaciones sobre lo admirable del estilo y sobre todo del gran valor del libro como novela de costumbres y retrato fiel de la vida y modo de ser de una región tan importante de España como Extremadura.

Es más: me aseguró el citado escritor que de no tropezar con la dificultad del dialecto extremeño, *La sangre de la raza* se traduciría inmediatamente a diversas lenguas.

Por el mismo González Blanco pude conocer también la opinión que mereció su novela a la Condesa de Pardo Bazán.

Como recordará, la insigne escritora venía ocupándose en sus últimos tiempos de nuestra literatura regional y al tratar de las novelistas contemporáneas tenía pensado dedicar un extenso estudio crítico a la novela de V. que González Blanco vió sobre la mesa de trabajo de la gran escritora. Su muerte atajó estos proyectos y nos privó del admirable juicio crítico que hubiese brotado de su pluma, pero puedo asegurar a V. según los informes de mi amigo, que Doña Emilia tenía formado un altísimo concepto de su novela, a la que quiso consagrar un estudio serio y detenido a fin de hacer resaltar su gran mérito y significación en la literatura contemporánea.

No sabe V., amigo Reyes Huertas, cuán grande es mi placer al ver confirmadas mis modestas apreciaciones sobre sus escritos con los juicios de personas de tal autoridad y competencia.

Reitero a V. mis parabienes por sus magníficas novelas que si literariamente son joyas, no lo son menos por su fondo moral, educador y cristiano.

Con tan grato motivo repítome suyo afmo. amigo, admirador y Cap.

q. e. s. m.,

Fr. Carlos G. Villacampa.»

Como por arte de milagro, sin alharacas ni griterío se abren camino ellos solos, libros como *Fuente serena*, donde una espiritualidad honda y recia campea triunfal con las galas de un lenguaje puro, castizo, dulce y armonioso, en el que las palabras se hacen música divina de corazón.

Extremadura, la región heroica en sus gestas y en sus renunciaciones, tan evocadora, tan bella, tan plena de fuentes de arte y de lirismo, ha encontrado en Reyes Huertas un hijo glorioso y un enamorado ferviente. Las costumbres antiguas y patriarcales, el paisaje pródigo en encantos y sugerencias, la enjundia, el *miajón* de los campos y de las almas de Extremadura, todo esto y mucho más que esto, se refleja en las novelas de Reyes Huertas, henchidas de interés y de amenidad, de ternura conmovedora, de soberana grandeza.

Afianzado a su tierra, compartiendo las horas de escritor con el campo y la vida pueblerina, Reyes Huertas, de vez en cuando, surge ante el público hispanoamericano con un libro nuevo. Y desde el pedestal de sus propios méritos,

un día, pronto, se encumbrará con los máximos triunfos. No los busca; seguramente, dada su excesiva modestia, no los ambiciona ni piensa en ellos, retirado como está a las satisfacciones íntimas de su hogar, de su lecturas, de sus paisanos y de su campo extremeño. Pero obras como *Fuente serena* reclaman la atención del gran público y piden para sí los laureles de los grandes, definitivos aciertos.

LETRAS REGIONALES cumple un deber, y con ello se honra mucho, diciendo a sus lectores: En un pueblo de Extremadura vive, ni envidiado ni envidioso, un literato español; estudió mucho en los libros clásicos, desde los más antiguos, y aprendió en ellos a conocer los secretos de la gramática y las altas disquisiciones de la metafísica; pero más aún que en los libros, y con la base poderosa de estos en el cerebro, estudió y aprendió en el campo, en la enciclopedia viva del pueblo, en los espíritus de sus paisanos y en el suyo propio: si queréis brindar a vuestra alma un regalo espléndido, leed las geniales obras de este literato español; leed ahora este capítulo de *Fuente serena*, dulce, jugosa y encantadora novela, de las más sentidas, de las más castizas, de las mejores que en nuestros días se han escrito en castellano:

« F U E N T E S E R E N A »

CAPÍTULO X

Un día oyó Pineda que don Rafael, viendo que Carmen se quejaba de la cabeza, recomendó con insistencia que saliese de paseo. Y esta vez el primo, queriendo agasajarla, fué en las primeras

horas de la tarde a invitarla a tomar el sol por el campo.

Cosía Carmen en el huerto y, al oír la demanda del primo, desorientada y sorprendida, vaciló la disculpa:

¿Y quién se queda al cargo de tío?

Se puso un poco triste y pensativa y siguió aplicada a su labor, sin alzar los ojos turbados. Pero de pronto, cambiando de parecer, se levantó animada y dirigióse a Pineda:

—¡Vístete si no..... Daremos una vuelta!

Cuando él bajó, ya le esperaba ella, retocada, nueva. Vestía un traje sencillo de terciopelo gris y su cabeza, destocada y pulcra, entonaba con la elegancia natural de aquella figura que, más que gracia aderezada y compuesta, tenía limpieza clara de amor al agua y al perfume del sol.

Salieron los dos primos, complacientes, voluntariosos. Carmen tenía esta tarde una belleza pálida, lindamente interesante, y Pineda, viéndola a su lado, recordó aquellos acompañamientos que él solía hacer a la prima en otra época, cuando doña Esperanza le mandaba llevarla a casa de la difunta tía Guadalupe. ¡Qué diferencia, sin embargo, de cómo iban antes por aquellas calles a cómo recorrían ahora estas otras de Alcores del Prior! Carmen antiguamente reía con él, bromeaba, y, con una intimidad deliciosa, hacía gala de sus ocurrencias y travesuras. Una noche de aquellas, estrellada y silenciosa, recordaba Pineda que le dijo Carmen:

—¡Jaime José, parecemos dos novios!

Ahora, en cambio, iba amable, pero retraída. Observaba Pineda esta formalidad, este aire de persona juiciosa que

llevaba su prima y un detalle que hasta entonces no había apreciado: los acompañaban María Petra y la Chuca...

Cogieron una de las salidas menos pasajeras. Desde hacía tres años Pineda no había vuelto a atravesar estas calles pinas, empedradas de guijos, con casas blanqueadas de cal y altos tapiales de huertos. Corría por ellas el chorro grueso del agua sobrante del pilar y en las calzadas, donde refundía el sol, cosían las mujeres y cantaban los gallos un claro cantar de tarde serena.

Apenas habían cruzado los dos primos la palabra. Carmen iba entretenida dando a todos las buenas tardes y recibiendo el agasajo afable, lleno de agradecimiento y de bondad, de algún corazón humilde que recibía la paz del saludo como una bendición.

A Pineda le parecieron sumamente pintorescas estas calles. Pobres, hogareñas, tenían un alto rumor que iba de vecino en vecino comunicando toda la atención, todo el interés de estas vidas puestas al sol: afanes, penas, las pocas alegrías tranquilas y el sentido recatado y casto del vivir. Fluía de las palabras el nombre de los hijos: Francisco, Juan, María, y el afecto entrañable a la naturaleza viviente: la vaca preñada, el quihón venido de herencia, el augurio de esperanza para aquellos campos tan dulces y tan buenos... Y hasta los haces de leña, que veía Pineda amontonados en las puertas, cobraron para él un sentido pródigo y familiar: el de encender allá dentro llamas espirituales y congregar la compañía de las almas al amor común.

Ya, saliendo al raso de las eras, Carmen exclamó, llenando de aire los pulmones:

—¡El tiempo que hace que no vengo por aquí!

Lo decía con una voz nostálgica, evocadora, que recordó a Pineda una tarde antigua en que vió bailar a las mozas al son de la flauta y el tamboril. Carmen también rememoró unos días puros en que estrenó por capricho de mocita precoz un refajo de ratina roja, con anchas bordaduras blancas... Cinco años después vino a Alcores del Prior su primo Jaime José.

Miró a éste y le vió perder sus ojos vagos y entristecidos por la lontananza verde y perfumada del valle. Riente, espléndido, se tupía el cajo con la fronda de las huertas y el fondo azulado de los montes. Todo tenía una gracia mimosa y blanda donde se dormía el espíritu con un arrullo ideal. Tan dulce era aquello, que Carmen suspiró estremeciéndose:

—¡Qué bonito es esto! ¿Verdad, Jaime José?

El nombre, dulcificado también en el puro acento de Carmen, atrajo hacia ésta la atención absorta de Pineda. Notó que Carmen estaba ligeramente turbada, vivo ya el rostro con fresco color de grana y el aliento trémulo y afanoso... Y experimentó un leve regocijo que le hacía desear que el corazón saliese a flor de labio y al mismo tiempo recogía sus alas cargadas de una íntima dulce dumbre.

—¿Se te despeja la cabeza, Carmen?

—¡Sí, ya estoy casi bien!

La veía gozar, aspirando el perfume de las hierbas húmedas que bordeaban el cauce del camino. Habían habierto los calicintos sus flores amarillas que parecían abejas, y el aire delgado brincaba sobre el esmalte de los trigos.

Carmen volvió a suspirar. La complacencia íntima parecía tener también una vaga congoja... No acertaba a intuir qué impresión le daba ahora su primo que apenas hablaba y, sin embargo, se veía que llevaba de par en par las puertas del alma.

—¡La verdad—exclamó al fin él—que se respira bien por aquí! He ahí lo que yo noté en Madrid: que el aire de los jardines era un aire elegantizado, algo que sabía a cosa artificial...—y evocando con un dejo cansado—¡Madrid, tiene unas tardes más tristes Madrid!

—¿Por qué?—preguntó Carmen.

—¡Qué sé yo! ¡Se está a veces tan bien aquí! No podrías tú vivir en Madrid más de una semana...

—¡Quién sabe!—exclamó Carmen pensativa—¡Por más que sí, tienes razón!... ¡Ir por aquellas calles y no dar las buenas tardes y no saber cómo se llaman las personas que nos saludan! Ve ahí por lo que a veces me da rabia de ser ya una mujer, por no poder, aunque una quiera, echarse a cantar, cuando algo que nos llegue de pronto nos ponga en el corazón el deseo de hacerlo.

—¿Sientes esta tarde ganas de cantar?

—No digo precisamente esta tarde, sino otras, cuando nos viene algo que por bueno y alegre nos invita a entregar el alma... Y mira... ya que me lo has preguntado...: esta tarde también...

Lo dijo Carmen con una voz trémula, embargada de una dulzura honda, y Pineda la miró fijamente... Ella volvió a quedar suspensa y de pronto, saltando sobre la barranca del camino, se puso a contemplar la huerta del cura:

—¡Mira, Jaime José!

Señalaba dentro de la huerta los cas-

taños, de un verde claro, que olían a frutas en sazón... En un manantial bebían la raíces de un laurel.

—¿Verdad que es eso un laurel?

—¡Sí, eso es un laurel!...

Y volvieron a quedar en silencio...

—Por ahí dentro suena la voz de don Marcos—rompió a poco el acento de Carmen.

—Es mejor que no nos vean—opinó Pineda.

Luego él mismo se extrañó de haber dicho esto... Miró a Carmen y la hizo bajar los ojos... No sabía él por qué era esto así, pero sentía un peso que le oprimía dulcemente y un leve deseo de callar para que hablase Carmen.

La tarde empezó a declinar ya rápida y el sol coronó la cima de la montaña enhiesta de donde se recolgaba Alcores del Prior.

—Vámonos—dijo Carmen.

Luego se encerró, mientras retornaban, en un mutismo absoluto... Detrás, por el camino, venían las vacas de beber en el Marco... Un esquilón sonaba volandero... Y un rapaz llenó el camino de romance viejo:

En los campos más hermosos
que tiene la Morería,
allí lavaba una mora
tendiendo en las alelías...

Se acercaba un caballero
y estas palabras decía:

—Retírate, linda mora,
retírate, mora linda,
que va a beber mi caballo
agua fresca y cristalina.

—No soy mora, caballero,
que soy cristiana cautiva;
me cautivaron los moros
día de Pascua florida.

—¿Te quieres venir conmigo
hacia los montes de Oliva?

—¿Y la ropa que yo lavo
dónde me la dejaría?

*—La mejor hila de holanda
en mi caballo pondrías,
y la que no te sirviera
al río la tirarías.

—¿Y mi honra, caballero,
cómo guardarla podría?

—¡Juro en la cruz de mi espada
que nadie te tocaría!

La ha montado en su caballo
hacia los montes de Oliva
y al llegar a aquellos montes
la mora llora y suspira.

¿Por qué lloras, linda mora,
por qué lloras, mora linda?

—Lloro, porque en estos montes
mi padre a cazar venía
con mi hermano don Alejo
y conmigo en compañía.

—Abra usted, madre, las puertas
ventanas y celosías,
que por traer a una mora
traigo a una hermanita mía.

—¡Hija de mi corazón,
hija de toda mi vida,
alegría de mi alma,
¿dónde has estado perdida?

Al confrontar con ellos, el muchacho
cortó el romance.

—¡Anda, anda, qué bien lo canta el
rapacino!—exclamó Carmen.

Las vacas se perdieron después en
los recodos del camino entre las zarza-
moras y las grosellas silvestres... Sonó
a poco un mugido manso, maternal...
Llenóse el cielo de una ceniza lumino-
sa. Y Carmen dijo alargándose junto a
Pineda:

—Mira, Jaime José: ¡se ha corrido
una estrella!

—Es un alma que sale a besar a otra
alma...

—O un alma que se desprendió, hu-
yendo de otra alma que quiso rete-
nerla...

Y una voz agria, supersticiosa, puso

en la quietud del crepúsculo un sobre-
salto.

—¡Con tal que no sonara en este inte
el reló!... En corriéndose una estrella,
dando una campaná, los enamoraos que
la miren nunca se casan...

Y el acento de Maria Petra tembló
destemplado:

—¿Se quié usted callar, hermana Chu-
ca? ¿Pa qué dice usted esas cosas?

Y en el nuevo silencio, ya junto a
Alcores del Prior, el romance roto iba
terminando:

—No he estado perdida, madre,
que estuve presa y cautiva...
Me cautivaron los moros
día de Pascua florida.

En las calles del pueblo había ahora
un júbilo de verbena. Encendíanse lu-
minarias en las esquinas y allá del alto-
zano del Cristo venía un rumor de flau-
ta y de tamboril.

—¡Ah! es la cofradía de San Sebas-
tían! Si vieras, Jaime José, qué bonito!
Tú no la viste nunca, ¿verdad?

—No; aquel año no pude verla.

—Dijo el señorito entonces que se
encontraba mal, y no quiso dir con don
Rafael. La señorita tampoco la vido.
¡Arrenegá noche, que teníamos toos un
humor condenao! ¿Cómo no, si habían
dao bebeízos en la casa?

—¡Pero, Chuca! ¿Te quieres tú ca-
llar?—reprendió Carmen.—¡Aunque te
corten la lengua, en todo has de dar tu
golpe!

En el altozano del Cristo la lumbre
chisporroteaba con los haces de tomillo
que echaban los mozos... Un grupo re-
corría las casas salmodiando una ora-
ción milagrera y vieja... Llevaban una
bandera entre dos hachones encendidos

y abrían marcha el flautista y el tamborilero... Y sonaba una voz solemne y suplicante:

—¿Hayle alguna ofrenda pa San Sebastián?

Una mujer saliò al centro del altozano. Arrojó una moneda sobre la manta y tendió las manos con un dolor desgarrado:

—¡Por el que tengo en la guerra! ¡Pa que el Santo milagroso me lo libre de las balas que matan!

La bandera ondeó desplegada al aire... La flauta y el tamboril comenzaron una música triste, como un anhelo que quisiera volar lejos... muy lejos. Paró la melodía, y el coro, descubriéndose, entonó con un ritmo acompasado y devoto:

—¡San Sebastián bendito! ¡Que como las flechas traspasaron tus carnes hagas gracia por la intención de la hermana María... Amén!

La bandera rindióse ahora para recoger el beso de la oferente... Tierna, sencilla y conmovedora la escena llenaba de tradición el altozano del Cristo... Y las palabras y los pensamientos eran también flechas que rasgasen la noche y fueran a perderse entre los luceros.

Luego iba repitiendo la voz:

—Tú, mocita, ¿no quíes alguna ofrenda pa San Sebastián?

Había pudores velados, intenciones mudas, sentimientos que no se descubrían y en el fondo del corazón gemían o cantaban con un silencioso aleteo.

—¿Llevas tú dinero, Jaime José?— dijo preparándole la voz de Carmen.

Pineda sacó la cartera para entregarla a su prima y ella repuso con cierta turbación:

—No, si eres tú el que tendrá que darlo... Cuando acompaña el hombre, él es el que paga la ofrenda de los dos... Es para que no te cogiesen desprevenido...

La cofradía, que ya los había visto, los rodeó con visibles muestras de contento, previendo la cuantía de la dádiva. La flauta y el tamboril sonaron más solemnes y concertados... Y el acento del mayordomo se hizo más respetuoso y pedigueño:

—¿Tiene la señorita Carmen alguna ofrenda pa San Sebastián?

—¡Sí!... ¡Por los míos! ¡Por los que murieron como santos y por los que me viven y sean como ellos! ¡Por todos... y por mí!

—¿Decimos nosotros los nombres, señorita?

Ya había roto la marcha pausada el tamborilero. Era un redoble lento, un repique fúnebre que fuese a despertar a unas sombras dormidas. Y esta vez la voz del mayordomo hizo relación antes de que empezase la plegaria:

—¡Por el santo señor Arzobispo! ¡Por la gran señora doña Esperanza! ¡Por el señor don Manuel! ¡Por la señora doña Guadalupe! ¡Por la señora doña Adela que murió tan bonita! ¡Por el señor don José, pa que el Santo le ponga güeno! ¡Por el señor su sobrino, el corazón generoso! ¡Por la señorita Carmen, la reina güenina, el lucerino claro!

Clamó la oración y la música murmuró dulce, balcuciente, como un vagido, como un tintineo de campanillitas de plata.

—¿Y el señor don Jaime José no tiene ofrenda pa San Sebastián?

—¡Sí, también!

—¿Nos dice la intención?

—¡Sí...: por la que más agrade en mí a mi prima...!

Y la música ahora no sabía qué decir...: si alegría o tristeza, si trémolos de desesperanza o ritornelos de madrigal.

Carmen se había vuelto hosca. Expresaba su rostro una viva contrariedad... Miróla Pineda y le mantuvo los ojos adusta, casi irritada... Aquella dócil complacencia que tuvo durante la tarde no sabía Pineda dónde se hubiera perdido.

Cabizbajos empezaron a andar. Sobre

Alcores del Prior pesaba una angustia infinita que se ignoraba dónde se había levantado... Y el corazón, mudo y vencido, buscó en el cielo la compañía silenciosa de los luceros...

Otra estrella se corrió de pronto... Dejó un rastro de polvo blanquecino y se hizo leve en la inmensidad... El reloj dió sus campanadas viejas... Y esta vez Pineda recordó la voz de la Chuca y bajó las pupilas contagiadas de misterio y de superstición...

Antonio Reyes Huertas

Divulgue Vd. entre sus amistades esta Revista. LETRAS REGIONALES fomenta la literatura regional de España, contribuyendo eficazmente a engrandecer la Patria unida y la Región propia.

FERIAS DE ANDALUCIA

POR JOSÉ MARIA PEMÁN

No sé si me engaña el amor a mi tierra; pero, dicho sea en paz y sin ofensa de nadie, creo que Andalucía es el pueblo predilecto de las gracias y de los dioses...

Nótase esto, entre otras muchas cosas, en el arte con que embellece y disimulan los andaluces la prosa rastrera de los tratos comerciales. Andalucía vende cantando y riendo: cuando un andaluz se echa a la calle con una canasta de altramuces, de flores o de langostinos, lo primero que se le ocurre hacer es ponerle música y verso a sus intentos mercantiles, y lanzarlos al aire en

forma de *pregón*. Un pueblo que apela a las bellas artes para vender, no ya nardos y claveles, sino hasta camarones y cangrejos, es un pueblo artista por esencia, predilecto de los dioses y de las gracias.

Una manifestación más de esta finura espiritual de Andalucía son *las ferias*.

Si Andalucía vende cantando flores y mariscos, cuando se trata de cosa de mayor importancia—caballos, ovejas o cerdos—, Andalucía se reúne en un pradillo verde, a la sombra de álamos y chopos, y allí, a pleno sol, entre vasos de manzanilla, rumor de bombos y olor



de aceite de buñuelos, desarrolla pausadamente sus tratos mercantiles y hace sus cambalaches y negocios.

Además, para que nada falte, Andalucía envuelve sus tratos de feria, sus chalaneos de caballos y cerdos, en un arte sublimemente aristocrático y fino: la mentira. Es un desconocimiento grande de las cosas el escandalizarse de esto, creyendo que se trata de la mentira vulgar y pecaminosa. La mentira de que aquí se trata es también un don de los dioses: es la mentira sagrada de los poetas, de los cómicos, de los pintores... ¿Qué son, al fin y al cabo, los poemas homéricos sino enormes mentiras rima- das? ¿Y, sin embargo, quién va a pedir a Homero cuenta de sus mentiras, ni al actor ni al pintor de las suyas?... Pues de igual manera, el que acude a un trato de feria no puede pedir cuentas ni llamarse a engaño: la mentira es algo convenido de antemano; es como el lenguaje oficial adoptado, por mutuo acuerdo, para aquella especie de congreso mercantil.

Además, está admitida y esperada, con perfecta igualdad, por ambas partes; no hay, pues, felonía en ninguna de ellas; se trata simplemente de un torneo de ingenio; de la prosa de un trato comercial disimulada en el manto de lentejuelas de una exaltada imaginación de artista. Estoy seguro que los Tirsis y Menalcas, los pastores de Teócrito, no vendían de otro modo sus ganados en las luminosas praderas de la Arcadia...

Pero no es únicamente en el campo de la feria donde se explaya, en esos días, el espíritu luminoso del pueblo artista. La feria viene a ser sólo un pretexto. Con motivo que allá en la prade-

dera, a la sombra de unos árboles, se está vendiendo y comprando ganado, el pueblo todo se adorna, se viste de fiesta y da al aire zapatetas de regocijo. Durante unos días—tres o cuatro—el Ayuntamiento manda que se esté alegre, como las ordenanzas militares mandan en determinado día que los soldados sientan frío y se pongan los capotes. El Ayuntamiento mismo para dar ejemplo y demostrar su alegría municipal, viste de máscara las calles, las llena de guirnaldas de papel y gallardetes de percalina, y hasta se atreve, si el flúido no está muy caro, a poner en la calle principal un arco de bombillas de colores que dice «Viva la Feria», o alguna otra sentencia no menos atrevida y regocijada.

De ahí no pasan los excesos que puede permitirse el regocijo constitucional de el Municipio que mantiene la debida compostura; pero los vecinos, en cambio, aprovechan aquella paternal insinuación de la Casa Consistorial y se dedican a retozar y divertirse como personas de bien.

Un nutrido grupo acude a bailar correctamente en las «casetas» de la feria. Esto de bailar a todas horas con motivo de la feria de ganados es de las más artísticas y espirituales ocurrencias del pueblo andaluz. Se baila en todo momento, en todas partes y todos los bailes conocidos: parece como un deber impuesto, como un sacrificio religioso con el que se quisiera desagraviar a las musas, temiendo que éstas hayan arrugado el entrecejo, al ver que su pueblo predilecto está dedicado a vender carneros y mulos.

Pero no son sólo los bailes. Al conju-

ro de la insinuación municipal, acude también al pueblo un enjambre de vendedores ambulantes, charlatanes, titiriteros, decidores del porvenir y todo género de explotadores de la curiosidad humana. Como un campamento, se puebla la feria de puestecillos y barracas; letreros y pregones a golpe de tambora anuncian que allí se exhibe un carnero fenómeno, con un respetable número de cuernos y de patas; que allí se ve la cabeza parlante; que más allá se presentan serpientes domadas, y que en otro lado una gitana, llena de collares, os leerá en la mano vuestra suerte, por la que resultará inevitablemente que estáis enamorados y que tendréis un hijo cura....

Así como los feriantes, según dijimos, son unos artistas, estos otros de las barracas son, ante todo, unos maravillosos *psicólogos*. Comprenden hasta los últimos escondrijos del corazón humano, y aprovechan para su negocio de modo admirable todas sus flaquezas, sus curiosidades y hasta sus tonterías. ¡Qué agudo conocedor del corazón humano, tan amigo de buscarse afanes inútiles, fué aquel que inventó para su recreo, bajo el nombre de *caballitos* y *cunitas*, un admirable aparato donde, después de viajar un cuarto de hora, con grave riesgo de marearse, se apea uno en el mismo lugar en que se subió! ¡Y qué idea tan clara tenía del alma humana, que siempre sueña y anhela lo que no tiene, el que abrió por primera vez una *fotografía*, donde el más pacífico vecino del pueblo, mediante la diabólica in-

tervención de un bastidor pintado, puede retratarse de torero, de aviador o hasta de ama de cría!

La humanidad le ha dado calladamente la razón... porque, voy a revelaros un secreto: Yo sé que hay muchos buenos ciudadanos, militares bigotudos y graves concejales, que allá en el fondo del cajón de una cómoda, como recuerdo de un momento de flaqueza, guardan vergonzosamente un misterioso retrato, donde se les ve, vestidos de seda y alamares, rematando un pase natural. No lo digáis, pero sé que eso ocurre....

Finalmente, no quiero terminar esta ojeada sobre las ferias andaluzas, sin dedicar un recuerdo a ciertos seres, que ponen en el cuadro una nota filosófica que hace pensar y meditar.

Me refiero a las sillas de alquiler, a las guirnaldas y gallardetes, a los coches de punto, con cochero y todo, y, en general, a esos seres desgraciados que asisten a todos los festejos, sin tomar parte en ellos. Todos tienen un cierto aire de filósofos escépticos, adquirido a fuerza de verse siempre al margen de la vida contemplándola en una forzada abstención.

Por eso a mí me ha parecido notar que en la explosión de alegría municipal de las... ferias, mientras el pueblo vende, canta, ríe, da vueltas en los caballitos y se retrata de torero, las sillas, los adornos y los cocheros cambian entre sí guiños familiares y maliciosos... Están en el secreto de todo.

José M.^a Pemán

HÉROES SIN NOMBRE

POR CURRO VARGAS

Como una catarata de vida y alegría, penetraba en el burocrático aposento por uno de sus magníficos balcones el torrente de luz mañanera, que al rebotar en el estucolin, en los bronceos de los portátiles y en la tersura amarilla de los burós y clasificadores americanos, se descomponía en cien matices, deshaciéndose en multitud de caprichosos reflejos...

Los cuatro empleados que trabajan en aquel departamento de «La Atlántida», una de las Compañías de seguros más populares de Madrid, se hallaban silenciosos y casi inmóviles, inclinados sobre sus pupitres, con un gesto, más que de cansancio, de tedioso y polichinesco automatismo... Un carraspear aislado, el leve rumor que se produce hojeando papelotes, el roce para encender una cerilla, seguido, tras de una pausa corta, de un soplo breve; he aquí lo único que se oía en la silente laboriosidad de aquel despacho.

La puerta mampara, forrada de tela verdosa con clavillos dorados, se abrió, y en el umbral recortóse la empaquetada silueta de un ordenanza.

—Señor Bedoya... El señor gerente le aguarda a usted.

Los cuatro oficinistas levantaron a una la cabeza. Uno de ellos, el nombrado Bedoya, sonrió con picardía, dió media vuelta en su butaca giratoria y, estirándose los puños, dijo poniéndose de pie:

—¡Allá voy!...

Transcurrieron unos minutos, y el ordenanza tornó de nuevo.

Señor Martínez... El señor gerente, que tenga usted la bondad de pasar.

El aludido, dejando la colilla en el borde de su mesa y echando un vistazo a los papeles, hizo mutis sin decir palabra. Los otros dos empleados hubieron de cruzar una mirada interrogativa.

El de más edad, un cincuentón, calvo, enjuto, de bermeja nariz, ojos tiernos y cargadas espaldas, exclamó de pronto, soltando la pluma y quitándose los lentes con el pulgar y el índice:

—¡Oiga usted, Perecito; se conoce que hay movimiento! ¿Eh?

Perecito, un desventurado, escoliósico y tuerto, sonrió con aquella sonrisa espantable de su boca enorme, rasgada sin fin en un rostro como hoja de cuchillo, empuntado por un mentón de vieja.

—Sí, señor Gómez ¡Buena nos aguarda!... Más trabajo, siempre más trabajo... ¡Qué le vamos a hacer, señor Gómez... hay que trabajar!...

El pobre mozo dijo esto con un acento triste, pero infinitamente dulce, como el que ya está hecho a todas las más duras y amargas renunciaciones...

El otro oficinista pasándose la mano por la frente, suspiró.

—¡Es verdad; tiene usted razón: hay que trabajar mucho y sin tregua, hasta que reventemos, hasta caer para no levantarse!... ¡Ay, amigo Pérez; si no fuera por las seis bocas que tiene uno en

casa!... ¡Usted, al fin, sólo tiene a su madre y a su hermanita! Poco sueldo le dan a usted: veinticinco duros, no son muchos duros, tal y cómo está la vida; pero ¡qué caramba! ¿Y yo con cuarenta duros, para vivir ocho personas?... ¡Vivir.. bueno, que hay que ver cómo se vive!... ¿Verdad, Perecito?..

— ¡Y que no falte, señor Gómez!

— ¡Dios le conserve a usted esa resignación, pollo!...

— ¡Es resignación y es esperanza!... Siempre, siempre, no estaremos así, me digo yo. Trabajando sin levantar cabeza, procurando no portarse mal, siendo honrado y bueno, ¿no cree usted que alguna vez se acordarán los jefes de nosotros?...

Gómez se encogió de hombros, con una sonrisa escéptica...

— ¡Qué chiquillo es usted, Pérez! ¡Qué enviadable juventud optimista y ciega!... Ser trabajador... honrado .. bueno. ¡Vaya un camino que ha elegido usted para medrar y ser persona!... ¡Pero, hombre! ¿No está usted viendo, en sí mismo el fracaso de esa laboriosidad, de esa honradez y de esas bondades?...

El muchacho bajó la frente.

— ¡Sí, hombre, sí! — continuó implacable su compañero—. ¡Recuerde usted... examine usted el pasado y... la actualidad!... ¡Más de un lustro lleva usted en estas oficinas, trabajando hasta matarse, haciendo lo de usted y lo de los otros, siendo por esa misma conformidad heroica y por ese mismo y fervientísimo deseo de portarse bien, de sobresalir por sus propios méritos y esfuerzos, «el recurso», la «solución», el «elemento» aprovechable a toda hora en los menesteres más variados, más antitéticos

y más... humildes! ¿Y qué?... ¡Siempre... «Perecito», diminutivo de Pérez, y siempre encasillado en los eternos veinticinco duros!... ¡Pregúntele usted a Bedoya el dicharachero, al audaz y «fresquísimo» Bedoya, cómo ha logrado en dos años que aquí lleva, los doce mil reales que tiene!... ¡Dígale usted a Martínez, el «modesto», «el infeliz», el adloncete de Martínez, cómo sube, cómo se «tropa» en la vida, a estilo de caracol o de babosa!... ¡Créame usted, amigo Pérez: nosotros. .!

Gómez no pudo concluir la frase. Bedoya y Martínez entraban en aquel momento en el despacho.

— Oye, Perecito — exclamó Bedoya, riendo con una risa protectora y cínica; — deja eso y ve a ver al gerente, que te va a dar más «cosas» ¡Anda, hijo!...

El infeliz, dócil con su mansedumbre de inferiorizado en todos los terrenos, miró con una mirada suspirante a Gómez y salió de la estancia renqueando, asustadizo y tímido, como un can vagabundo, que sólo sabe de palos y pedradas...

— ¡Hola, Pérez!... ¡Sí, hombre; entre usted! — exclamó el gerente.

— Con su permiso, señor Montoya...

— Vamos a ver, Pérez... vamos a ver... ¿Tiene usted concluido el informe en copia que le entregaron anteayer?...

— Sí, señor... Lo tengo en carpeta — respondió humilde el muchacho.

— ¿Y aquello de las sucursales? ¡Era un poco largo, eso quizá no lo tenga usted listo!...

— Sí, señor; también eso está hecho...

— ¡Vaya; así me gusta, Pérez; así me gusta!... ¿Que le queda a usted entonces en cartera?...

El muchacho hizo una lista formidable de trabajos; copias, cartas, certificados, informes, etc. etc.

—¡Mucho es todo eso!—murmuró el gerente en actitud meditativa.

—¡No; no es tanto, señor Montoya!... ¡Si usted tiene algo urgente que encomendarme, lo haré! ¡Todo se reduce a unas horas más de tarea!...

—¡Pues mire usted, Pérez; francamente, la cosa sí urge!... ¡Se trata de la propaganda, de la gran propaganda que hemos estudiado y organizado!... ¡Una cosa importantísima, como usted sabe, para el negocio!... Hay que hacer un trabajo de urgencia: redactar el texto de las circulares... He hablado con Bedoya y con Martínez; pero tienen miedo a no hacerlo bien, y ellos mismos me han dado la idea de que sea usted el que se encargue de eso; usted es un hombre «enciclopédico», tiene usted imaginación y habilidad para esas cosillas!...

Perecito balbució un ¡gracias!, enrojeciendo de vergüenza como un colegial.

—¿Se atreve usted?—dijo el gerente tras de una pausa.

—¡Oh, ya lo creo; yo hago todo lo que usted mande!

—¡Bien, Pérez, bien!... ¡Pues ahí... tiene usted el formato de las circulares! Conque ¡a trabajar! y... hasta mañana,

En el humilde comedorcito de aquel interior de cinco duros, en la calle de la Luna, el muchacho hubo de referir a su madre y a su hermana la escena dolorosa con Bedoya... Bedoya le había hecho una terrible confesión. En el juego había perdido lo suyo y lo... que no era suyo: un depósito de ocho mil pesetas, pertenecientes a la Sociedad donde am-

bos prestaban sus servicios. El tener que ir a la cárcel no ofrecía dudas. Bedoya decidido «a todo», recabó la complicidad de Perecito para abrir la caja de caudales, donde encontrarían, de seguro, en aquellos momentos una fuerte suma para repartírsela...

El muchacho rechazó la idea con altivez y con energía. Bedoya rogó, suplicó y le amenazó, inútilmente.

Por fin, cuando Perecito epilogó su indignada repulsa con unos breves consejos de hombre honrado, Bedoya dió media vuelta para no oírle, lanzándole una mirada de soberano desprecio...

¡Pobre Bedoya! ¿Qué siniestros y nuevos planes serían los de aquel hombre, víctima de sus vicios? ¿Qué sería de él?

Y la anciana, que había escuchado anhelante a su hijo, le dió un beso en la frente, balbuciendo llorosa:

—Tú, hijo mío, gracias a Dios no eres así!... ¡Sé bueno siempre, como hasta ahora, hijo de mi alma!... ¡Por Dios, hijito, acuérdate de tu pobre madre y de tu hermanita, felices en su miseria y en sus trabajos, porque te tienen las dos a ti!... ¡Siempre bueno, hijo; siempre honrado!... ¿Verdad, alma mía?...

—¡Siempre, mamá!...

Y Perecito, abrazando, estrujando amoroso a «su vieja» adorada y a su hermanuca, que parecía un querube blanco y rubio, se puso el desteñido gabancete y, pasillo adelante, se dirigió a la puerta de la calle...

—¡Buenas noches, señor Pérez,—le dijo el ordenanza—. ¿También vela usted hoy?...

—Sí, Demetrio... hay mucho trabajo aglomerado.

-- ¡Qué hemos de hacerle, señor Pérez: trabajar para vivir!... —replicó filosófico Demetrio, retirándose y dejando solo a Percito.

El reloj dejó oír una campanada.

¡Las nueve y media! —murmuró el muchacho—. ¡Tengo tres horas disponibles!... ¡Ea, empecemos!...

La bombilla del portátil proyectaba en la mesa un cono de luz que se desleía en las tinieblas del aposento silencioso y vacío... Febrilmente, incansablemente, entregado en cuerpo y alma a su tarea fatigosa y monótona, hubo de permanecer Percito mucho tiempo... De pronto, en las tinieblas se perfiló espectral y en acecho la silueta de un hombre. Un ¡chis! casi imperceptible hizo al abstraído oficinista levantar la cabeza.

—¡¡Bedoya!!... exclamó, estupefacto, Percito.

—¡Cállate!... ¡La mitad... para ti!...

En la penumbra fulguraban los ojos negros y rasgados de Bedoya como si fueran ascuas... Tenían aquellos ojos el mirar terrible y fascinador de la serpiente o... del asesino. El jorobadito se puso en pie con sobresalto.

—¿Qué pretende usted? .. ¿A qué ha venido usted aquí a estas horas?... ¿Qué quiere usted?...

—¡Abrir la caja!... —murmuró quedo, de una manera rotunda y escalofriante, Bedoya.

—¡No hará usted eso!...

—¿Y quién va a impedírmelo, imbécil?

—¡¡Yo!!...

—¿Tú?... ¿tú—u?...

Bedoya hizo una mueca espantosa, que quería ser una sonrisa de desdén; y

sacando del bolsillo una pequeña llave, empujó con suavidad una puerta... Tras de él precipitóse trémulo, convulso, transfigurado, aquella dolorosa e inerte caricatura humana... Oyóse unos segundos el rumor de una lucha sorda, lucha entre gritos ahogados y amordazados por el más fuerte... Por último, sonó un tiro, y tras del disparo, que retumbó en toda la casa, hubo un silencio de tragedia, uno de esos silencios opacos donde sólo parece oírse el aleteo de la muerte.

...
A toda luz, en el centro de un apretadísimo corrillo de personas, aparecía el «garabato humano», sangrante, con el terror y la angustia cristalizada en el postrero mirar de su ojo único...

—¡Está muerto! —exclamó oficioso el facultativo de la casa de Socorro.

El gerente y otros altos empleados de «La Atlántida», a quienes por teléfono se había avisado, hicieron prender a Bedoya y conducir a su casa el cuerpo del desventurado Percito.

Imposible pintar la escena de dolor desarrollada en la mísera vivienda. Como una masa inerte cayó desvanecida la madre sobre el cadáver de su hijo, del héroe sin nombre...

El juez de guardia interrogó a la niña, que le iba respondiendo entre sollozos. Y entonces hubo una respuesta brutalmente trágica y sublime a la vez...

—¿Salió de su casa tu hermano después de cenar? —interrogó el representante de la justicia.

—Después... de cenar, no... señor; porque ¡no... habíamos... almorzado ni cenado hoy!...

Curro Vargas.



LOS PERSONAJES DE "LA ALDEA PERDIDA"

POR CONSTANTINO CABAL

Este idilio campesino es una hermosa urdimbre de recuerdos... El autor volvió los ojos a los años de la infancia, poetizados a un tiempo dentro del corazón y la memoria: y fué sacando de ellos los amores, los dolores, las ternuras y dándoles nueva vida para que floreciesen otra vez. El considera este libro como una restitución. El le debe a su aldea la salud, el temperamento, el alma; las remembranzas más puras que le cruzan el espíritu, van unidas a los árboles, los ribazos, las campiñas de su aldea; las nubes más azulinas que se tienden en su cielo, en ella las recogió; las historias más sabrosas que ocupan su pensamiento, en ellas las aprendió. Y ha pasado su vivir con inquietud y rapidez de pájaro

sobre numerosas urbes, y sobre todas arrojó su trino... Quedaba el nido sin él; faltaban allí sus músicas; echábase allí de menos la armonía de su cántico, todo caricia, arrullo, dulcedumbre... Y él se acercó silencioso, y recorrió su aldea con canción, y dejó en ella el recuerdo de sus delectaciones más serenas, más amadas, y más suaves, para que fuera a modo de armonía que no se acabase nunca.

Todos los personajes de esta obra conocieron al autor; él era entonces niño pequeñuelo, cuyos antojos se tomaban como leyes: «Nolo» habitaba en su casa y andaba en los recados de sus padres; Ragalado le sacaba de excursión y le pescaba truchas en los pozos, el capitán

don Félix le adoraba y le ponía a saltar en las rodillas... De todos los personajes él puede contar la historia, los amores, las costumbres. Camino de Canzana hay una peña dominadora del río. Cuando Palacio Valdés se adentró en la juventud, llegábase a esta peña, se sentaba, se extasiaba en los paisajes, y añadiendo a los sucesos que se desarrollaban a sus ojos unas migajas de ensueño—iba haciendo novelas de memoria. Cuando al fin las escribió, en todas puso un poco de verdad de la recogida allí y un poco de poesía de la imaginada allí.

* * *

Llego a la aldea de Entralgo. El puente que la separa del camino de la Pola me parece interminable. Al cruzarlo, se cimbreo, se bombolea, se mece; lo forman unos cables infinitos, unos barrotes sobre ellos y unas tablas a lo largo—de la hilera de barrotes. Cuando a Palacio Valdés le llamaban Armandín, en vez de puente había barca. En la hoguera de la víspera del Carmen, el gaitero de la Pola regocijaba a la aldea con la lamentación del «xeringüelu» y el bufido del «roncon». Le anunciaban los cohetes: «Un estremecimiento de júbilo cruzaba por las casas del lugar. Los niños saltaban de sus asientos sin querer terminar la cena; los grandes salían también a la puerta con el bocado en la boca.

»—Ya están pasando la barca!... gritaban los chiquillos».

La casa del capitán es un gran edificio irregular que en sus extremos del frente tiene dos corredores de madera. En tiempos de la infancia del autor de

«El idilio de un enfermo» adornábanles las rejas «sendas cortinas de pámpanos» de los que ya no queda huella alguna. Don Félix el capitán era abuelo del autor y se llamaba en la realidad don Francisco Rodríguez. Fué hombre noble y generoso, de gallardía y arresto, pegado amorosamente a las cosas del terruño, y cuando los paisanos hablan de él, aún dicen con emoción:

—Era como lo pinta don Armando tan cariñoso...tan bueno...y tan enamorado de la aldea..

En la casa de don Félix nació Palacio Valdés; por sus grandes estancias se arrastró, a sus dos corredores se asomó como si fuera un cautivo, y fué amigo cariñoso de sus vacas. Una de ellas se llamaba la Cereza, otra la Salia, otra la Garbosa... Y les fué tan leal en su recuerdo el pequeñuelo de entonces que nunca perdió ocasión de darlos a conocer. En «El señorito Octavio», donde figura también la casa de don Francisco, aparece la primera, la Cereza... Aquel niño Rafael de «El idilio de un enfermo» que enloquece de dolor cuando embarga su ganado la justicia, gifotea cada vez que sacan una:

«—No me lleven la Cereza! No me quiten la Garbosa! No me arrebaten la Salia!»

Y cuando vuelve del monte el ganado de don Félix en «La aldea perdida» hablan los niños:

»—Mira la Cereza, qué gorda viene!

—Mira la Garbosa, ya tiene una cria!

—Veréis...veréis la Garbosa! Ya le está metiendo los cuernos por el vientre a la Salia!»

Nada se le olvidó de este lugar al nieto de don Francisco. En frente de su

casa está el lagar donde correteaba con «Jeromo»; detrás de él, la pomarada y delante la bolera. A lo largo de sus obras ha pintado estos sitios varias veces, con delectación profunda: El lagar aún se llena de rumores en las tardes apacibles; tiene una extraordinaria longitud y un pequeño mostrador. Detrás del mostrador hay una niña, de voz cantarina y dulce. Martinán— José Loreda —dejó de filosofar hace ya tiempo y murió con entereza de filósofo. El lagar aún se llena de rumores; lo invade la mocedad, y aún Jeromo lo entusiasma contando sus aventuras. Este Jeromo de Entralgo tiene en «La aldea perdida» el nombre memorable de «Bartolo» y es héroe de fortunas extraordinariamente prodigiosas. El tío Goro de Canzana—que se llama en la novela como en la realidad —es ya excesivamente viejecico; mas cuando baja a esta aldea, también entra en el lagar, también bebe su «culin» y

también parla de antaño...: de todas las hazañas de Bartolo que la novela refiere la que sale a relucir con más frecuencia es la hazaña del tonel... El valeroso Bartolo perseguido por Firmo el de Rivota—Fermin el de García el Mayorazgo—llega corriendo al lagar, se mete de cabeza en un tonel y se agazapa en él como una liebre. Firmo, que no supone que está allí, se cansa de amenazarle... Y cuando Firmo se va, sale Bartolo furioso, empeñado en ir tras él para comerle los hígados... La intervención de algunos bebedores le impide realizar este propósito, que hubiera horrorizado a la provincia..

Y el tío Goro le provoca:

—Mira que lo del tonel!...

Y Bartolo le contesta:

—No, no, si es el demonio don Armando!

Y se ríe a carcajadas.

Constantino Cabal

DAR BUEN CONSEJO...

¡Cállate, muchacho!
¿tú qué entiendes de eso?
Te he dicho mil veces
y otra vez te lo digo de nuevo,
que no pues casarte con la M.^a Antonia,
no seas zopenco.
Y tú que lo oyes,
ca día más tonto, ca día más terco;
y con esa, Julián, no te casas,
como a mí no me entierren primero.
¿Tú qué te has creío,
que a fuerza de tiempo
tu madre va a hartarse
de darte consejos,
y que al fin te saldrás con la tuya?...
¡Tú no me conoces! Había de estar bueno,
que después de estar jecha una esclava
pa juntar el caudal que tenemos,
viniera esa... tonta, con sus manos limpias
y nos lo estrozara... Mira, por supuesto
es que eres joven,
y no tienes toavía entendimiento
pa podé comprender esas cosas
que se aprenden a fuerza e trompiezos.
Tú no sabes lo que era su madre,
y la hija ha heredao ende luego:
que son mu gastosas, que ya te lo he dicho,
que son mu gastosas, que yo no las quiero...

Y si es que *tuvieran...*,
¡santos y mu buenos!
Pero si no puen,
si andan siempre metíos en réditos...
y ese es mal camino,
que estoy yo mu jarta, mu jarta de velo.
Lo que tienes que hacer es dejarla,
cuanto antes mejó, so... muñeco:
que con esa, Julián, no te casas,
como a mí no me entierren primero....

* * *

Lo que dice tu padre, podías,
y esto yo te lo digo en secreto,
arrimarte a tu prima Josefa,
y ese es otro cuento.
Jace pocos meses
mercaron un huerto,
y tienen olivos, y tienen ganao,
y tienen un peazo de tierra mu bueno,
que en quitando la linde, se junta
con el cacho nuestro,
¡y esa finca mantiene una casa!...
¿Te vas enterando, so... repajolero?
¡Cállate, muchacho!
¡ten entendimiento!

José de Orellana

Yo he pagado mas!..



(CUENTECILLOS DE MI TIERRA)

POR NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

En algunos pueblecillos de escaso vecindario, apegados a las costumbres antiguas, en todas las cuestiones y en todos los órdenes, cuesta a la autoridad verdaderos esfuerzos establecer ciertas disposiciones, hijas de las exigencias modernas y que se imponen por las leyes de la cultura, del progreso. ¿Y por qué silenciarlo?, hasta por la buena educación.

Una de ellas es la de prohibir que en los Teatros y Cines se fume en el salón y en las localidades. Los enviciados fumadores, que en España suelen serlo el noventa por ciento de los hombres, no pueden pasar un minuto sin encender

un cigarrillo aparte de aquellos que encienden el uno en la colilla del otro.

En cierta capital de Provincia había un Gobernador, que respondiendo a las excitaciones de la Junta del Teatro, se propuso a todo trance suprimir a los fumadores de los centros de recreo, aunque fuese a fuerza de multas y hasta metiéndolos en la cárcel, si era preciso.

¡Buenos disgustos pasó el buen señor, para salir airoso en la promesa que hizo!

Una noche vió que los primeros fumadores eran los guardias que debían vigilar el cumplimiento de sus órdenes y aunque los suspendió de empleo y

suelo, tuvo al día siguiente que reponerlos, pues uno de ellos era hijo de la portera del Ministro de la Gobernación, y este le telegrafió recomendándolo.

Otro día vió a cierto aristócrata que tendría muchos pergaminos y muchos blasones en su escudo, pero que de buena crianza tenía muy poca, en su palco de propiedad, con su habano en la boca, echando más humo que la chimenea de los Altos Hornos.

El Gobernador le mandó un recuerdo muy atento y el joven no hizo caso. Se repitió la orden y le contestó una inoportunidad. En resumen que un asunto tan baladí provocó un desafío y el Poncio de la Junta tuvo que darse de baja para irse a otra Provincia limítrofe, para recibir un sablazo que le partió una oreja, aparte del oficio de cesante que vino a la semana siguiente al saber el Gobierno que sus representantes daban el escándalo de desafiarse, siendo un delito previsto y penado en el Código Penal. No faltó quien creyese que la cesantía obedecía a manejos de cierta dama ilustre, muy amiga del Presidente y tía carnal del rebelde aristócrata.

Pero dejemos este abuso *escénico* y pasemos a otro de no menos relieve.

Alegando que se trataba de un *Cine*, que por ser propio para verano, tenía sólo un toldo de lienzo por techumbre, se empeñaron los espectadores en no quitarse los sombreros.

El inspector de espectáculos habló

con el Empresario, que era un aragonés muy listo, para que ordenase a los acomodadores, que todo el mundo incluso las señoras estuviesen con la cabeza descubierta. El aragonés transmitió el mandato, aunque alegando que era difícil realizar las órdenes de la autoridad, sin que se provocase un conflicto. Los acomodadores se hacían los distraídos y por miedo al escándalo que el empresario temía, fué lo cierto que eran muchos los concurrentes que estaban en el Cine con el sombrero puesto.

Por entonces se estrenó en aquel salón la película, *La Moneda rota*, que despertó gran entusiasmo, y conforme las series iban avanzando, aumentaba la concurrencia hasta el punto de que a las dos de la tarde ya no quedaban butacas como no fuesen en manos de los revendedores, que hicieron una buena temporada, de acuerdo con el Empresario.

Llegaron una noche del mes de Julio un matrimonio de paletos, que con tiempo consiguieron comprar, aunque a buen precio, dos butacas en la tercera fila. Les tocó delante un señorito, también de pueblo, alto y grueso, y que era una notable pantalla para el infeliz que cogía detrás. Ocupó mi hombre su asiento y no se quitó el sombrero, influyendo acaso en su propósito, el deseo de lucirlo, pues lo acababa de comprar en la más acreditada de las sombrererías donde le aseguraron, para darle

mayor valor a la mercancía, que acababa de venir de Londres.

Los paletos estaban desesperados al ver al caballerito que les privaba mirar bien las interesantes escenas que en el lienzo se exhibían. Empezaron por indirectas y... como si tal cosa.... Hicieron después comentarios y el otro se fingió sordo.

Por último no pudiendo aguantar más, el paleta le tocó en el hombro y le dijo:

—Oiga usted, compadre, que nosotros no vemos naita.

—¿Y, a mí qué?

—¡Que nos jaga el rial favor de quitarse el sombrero!

—No puede ser.

—Es que esta y yo hemos pagado tres pesetas por la butaca pá ver. ¿Se entera?

Y el sujeto del sombrero puesto, acomodándose mejor en su asiento, añadió.

—Bueno, pues yo he pagado oeho por mi sombrero, para que me lo vean...

Narciso Díaz de Escovar

CANCIONERO POPULAR

TRIPTICO NEGRO

POR V. DIEZ DE TEJADA

Nunca, jamás, en los días de su vida, había Rafael pisado una taberna.

«Y no por ná», como el simpático cajista decía con su achulapada parla, un tanto ruda, a fuerza de concisa y de sincera, que no le hacía él ascos al vino y no faltaba de ordinario el rojo morapio en la humilde mesa en que su vieja le presentaba el cotidiano yantar, sino porque, «amos», porque le asqueaba aquello de vestir con los oropeles del vicio, buceando en las tinieblas de lo velado, las desnudeces castas de un placer satisficible a las claras luces del día, sin tener que acudir a las hediondeces de la «tasca», impregnada de agruras, saturada de humos, ensordecida por palabrotas soeces y emponzoñada por el virus, letal para el alma, de reniegos y blasfemias.

Que no; que para tomarse un hombre de bien «un vaso de buen vino», cuando la sed lo pidiera o el condumio lo demandase, no hacía falta embrutecerse de ese modo. En la serena paz de su casita podía satisfacerse tal necesidad y aun tal picarillo capricho, tan ricamente.

Y sin embargo..., aquella noche, funesta para él, funesta para todos los días de su vida, Rafael fué a la taberna; dejóse llevar a la taberna... No no; las cosas claras: fué, fué él por su propio pie y por su potentísimo gusto a la taberna odiada — odiada acaso por instinto —, pagano templo del bestial Baco, sumidero inmundo de la Razón, aledaño del presidio, antecámara del hospital, apeadero de la Muerte.

Y fué... por eso: porque él era un hombre como los demás, tan hombre como los demás, quizás un poco más hombre que los demás... Y si era, acaso, más recto ciudadano y mejor hijo que cualquiera y que todos ellos juntos de aquellos procaces que le importunaban con sus puyas y con sus burlas imbéciles, era también requetemás hombre que todos ellos.

—Te pegará la vieja si vienes con nosotros—háiale punzado uno.

—Y en cuanto te «apande» las perras del jornal fresquito, te meterá, sin cenar, en la cama.

—Y para andar por casa te prestará sus enaguas.

—¡Ay, que se me va a perder mi niño bonito!

—¡Zape!...

Rafael, rebosando bilis, mordiése los labios y se limitó a contestar, apretando los puños.

—¡Vamos a echar esa copa!

¡Oh, tentación! ¡Sin ti no se hubiera la caída enseñoreado del mundo!

A aquella copa siguió otra: la de uno, que no había pagado la primera; y a ésta, otra: la de otro que tampoco había pagado la segunda; y así, la tercera; y luego, la cuarta; y la quinta, después...; y, por último, la de Rafael, que no pasaba por aquello de beber de gorra...

Y entre nublos de borrachera y machaconerías de beodo y procacidades de ebrio, como una sierpe de fuego, el nombre puro e intangible de la madre bue-

na, de la viejecita santa, culebreó por los aires envuelto en un insulto que abrasaba las mejillas como la mordedura de un hierro candente; que perforaba los oídos, como el clavo de Jahel, que enloquecía el cerebro como los soplos de la insania.

Y el viril cajista, ciego, enloquecido, espiritado, «enfadado» — ¡oh, qué bien se aprecia aquí el verdadero sentido de esta palabra! — asió por el gollete una botella y, blandiéndola como clava de Hércules, la abatió sobre la cabeza del vil, con que se la hizo jigote.

Cuando, amarrado codo con codo, salió Rafael de la comisaría camino del «abanico», un ciego trovero, conocedor del caso, rasgó su guitarra y — pidiéndosela al pueblo — lanzó al aire la vibrante copla:

«Porque a mi madre ofendieron,
la ofensa lavé con sangre;
y un juez me manda a presidio
¡teniendo el juez también madre!»

De rejas adentro, Rafael pensaba en la suya, en su viejecita buena, que revolvería Roma con Santiago para conquistar la libertad de su hijo... Sí, seguramente la anciana infeliz vería a don Juan, a don Pedro amigos influyentes de aquellos viejos, a doña Antonia, a doña Amparo, hijos, deudos amigos influyentes de aquellos viejos señores de suposición a cuyo servicio estuvo ella años tras años hasta el de su casamiento... Y los señores la atenderían y trabajarían y llegaría la libertad... ¡aquella anhelada libertad que ¡ay! nó llegaba!

Y en horas de amargura, de desconsuelo, de rendimiento, el preso, puesto a dudar, dudó de todo, hasta del amor sin medida de la madrecita santa: y la desesperanza lamentóse en él ayeando:

— «¡Madre, no es usted mi madre,
que si usted mi madre fuera,
de prisiones me sacara
y la libertad me diera!»

* * *

No estuvo el daño, no — con estarlo mucho — en que Rafael entrase en el presidio. Lo malo fué que el presidio entró en él. No cayó el penado en el penal como piedra en lago, que se va al fondo, sino como fruto maduro que se

desprende del árbol y rueda al lamedal y con sus pestilencias se contamina y en ellas se pudre.

Murió la pobre anciana, madre del infortunado cajista, aplastada por el peso de su dolor, y en el corazón envenenado ya por el ambiente del presidio, de Rafael, la ira y el odio acorcharon fibras sensibles que, como cuerdas de un arpa de oro, vibraban antes de ser pulsadas por la bondad... Rafael se dejó caer, faltó acaso de una mano piadosa que lo sostuviese, que lo alentase, que lo ayudara a redimirse...

Y un día, en la revuelta de un plante, mató a un hombre.

Cuando, tras el tormentoso bullicio de la algarada, reinó en el correccional el trágico silencio de la muerte, de una de las celdas de castigo brotó una voz bronca y espantable, descorazonadora, como el lamento sin fin — y ya sin eficacia — del altísimo poeta florentino.

— «Lasciate ogni speranza, voi, ché, entrate...» —, que gemía:

«En la puerta del presidio
hay escrito con carbón:
«Aquí el bueno se hace malo,
¡y el malo se hace peor!...»

Vicente Díez de Tejada

EL ALMA DE LA MEZQUITA

NOVELA CORTA, ORIGINAL E INÉDITA DE
S. RAMOS ALMODÓVAR

I

Se explica por qué no me gustan las calles estrechas

¿Y cómo han de gustarme, si en una calle estrecha me pasó lo que me pasó, que es lo que voy a contar ahora mismo?

¡Oh, Toledo, Burgos, Cáceres, Sevilla, Córdoba!... Váyale usted a uno de esos señores que se mueren por las cosas antiguas, queriéndole convencer de que no todo son encantos y poesía en esas calles retorcidas y angostas, pinas y mal empedradas, de las viejas urbes morunas o medievales. Yo mismo era un defensor, devotísimo, de ellas, hasta que me convencieron de lo contrario, eficazmente.

Y a ver si es para menos el caso.

Me hallaba yo en una de las ciudades apuntadas arriba: en Córdoba. Recién llegado a la capital andaluza, no estaba ducho aún en el intríngulis de algunas de sus calles, y leyendo un periódico que compré en las Tendillas, enfron-téme con la de Jesús y María, que me dijeron era camino recto y seguro para ir a la Mezquita famosa. Y preguntando aquí y allá, sin saber cómo, me vi en la calle de Rey Heredia, con un automóvil detrás de mí, sonando la bocina como un desesperado, y marchando veloz, cual si a la misma Casa de Socorro se dirigiera.

No es por alabarme, pero con la mano en el corazón les digo a ustedes que mis piernas nada tienen de pazguatas.

Igual que un gamo corro, si se terciaba, y en cuanto a lo de subir escaleras, los tres y los cuatro escalones me los salto yo como agua, en menos que tardo en decirlo. Pero nunca había yo competido en carreras con un automóvil. Es más: tenía el presentimiento de que un automóvil con amor propio, sería capaz de atropellarme, y hasta de hacerme un humilde estropajo entre sus ruedas, aunque yo echase el resto de mi agilidad. Por eso, ver el vehículo y salir de estampía fué todo uno, máxime hallándome como me hallaba en un túnel abierto al cielo apenas, y sin una puerta venturosa en que guarecerme, lo menos en treinta metros de recorrido. A los pocos momentos, en vista de que la defensiva era imposible, volví la cara intentando un armisticio con el conductor. Sí, sí. ¡Para banderitas blancas estaba el hombre! Yo creo que le indignó mi gesto de angustia, que él tradujo como reto de desafío, y más bien arreció en la marcha que se contuvo.

Y atronados los oídos por la bocina, sintiendo ya hasta el calorillo del motor en la espalda, como si me dejara caer por un precipicio, paré en firme y apretéme contra la pared, todo nervioso y atortolado, sumido en un mar de miedo y desesperación. Oí un grito..., dos gritos... Quizá hasta tres gritos oyese. Luego, ni vi, ni oí nada, por unos instantes. Nada. Igual que si estuviera durmiendo. Ni frío ni calor, ni luz ni som-

bra, ni blanco ni negro. Cuando volví en mí, fué grande la sorpresa al encontrarme entre los vivos. ¡Pero cómo me encontraba! Un señor, todo descompuesto, me tiraba de una manga de la chaqueta. Otro señor, vociferando como un energúmeno, maldecía al automóvil y al que lo guiaba, con un léxico escogidísimo. El chófer, vociferaba también, defendiendo sus derechos. Yo, entre una alea del carruaje y la pared, quieto, oprimido, aplastado, estaba como un mártir que se resigna al suplicio. Despacio, con lentitud augusta, iba cejando el coche, y trágicos rebotaban en la acera, al caer, los botones de mi traje, que así se llevaban detrás de sí los pedazos de tela, como si fuesen tiras de mi pobre pellejo. El buen señor que se esforzaba apresado a mi chaqueta, tirando con todas las veras de sus músculos, consiguió al fin parte de su objetivo, descosiendo la manga por la hombrera, que crujió lúgubre y casi dolorida, enseñando los hilachos desamparados y el algodón en rama, intruso, del relleno.

Cuando respiré libre de la tortura, de verdad creí que no podría tenerme en pie, y que, hecho pedazos, llevarían mi cuerpo a una clínica, para que un médico lo compusiera, si es que tenía arreglo. Mas con sorpresa gratísima, vi que podía andar, y que, salvo el deterioro de las ropas y unas dolorcillos de magullamiento en los riñones y en el pecho, mi estado de salud era tan excelente como si no hubiera automóviles y calles estrechas en el mundo. La gente que se arremolinó enseguida en el lugar del suceso, no lo quería creer.

Y me disponía ya a marcharme a casa, cuando se presentó en escena una

señorita, toda azorada, que principió a darme explicaciones y pedirme dispensas, con tal ánimo, que las lágrimas asomaban a sus ojos. Comprendí que era ella la ocupante del automóvil, y con toda la galantería de que entonces pude echar mano, procuré calmarla y quitar importancia a lo ocurrido. Luego, entre todos me convencieron para que en el coche mi rival, fuera a casa de un tío mío, cordobés, que era donde me hospedaba. Y así lo hice, echando de ver que la señorita, dueña según dijeron del vehículo, habíase escabullido con disimulo, no apareciendo por ninguna parte.

Y en verdad que, pecando de precipitado y de incorrecto, me he portado malamente con la tal señorita. Porque, ¿no era ineludible deber, que yo hablase aquí de la impresión que me hizo su presencia: del color de sus ojos, de los detalles de su rostro, de la finura de sus manos, y hasta de la forma de su vestido y de la elegancia de su sombrero? Sí que lo era, y no intento mi justificación. Pero yo les aseguro a ustedes que cuando se ha estado a dos milímetros de convertirse en tortilla, no se tienen muy despiertos los sentidos para fijarse en menudencias de cierta clase. Les doy palabra de honor.

II

Conozco y les presento a ustedes a "El Alma de la Mezquita"

Pero antes, bueno será que diga quién soy yo, y qué es lo que hacía en Córdoba por aquellos días no muy lejanos aún, en que me pasó lo que he referido, y lo que voy a referir, que es más interesante y más trascendental.

Yo, un servidor de ustedes, acababa de terminar la carrera de boticario, que es una carrera que no me gusta, por cierto, pero que ni más ni menos que para aprovechar la farmacia y la parroquia de mi abuelo en el pueblo natal, hube de estudiar *a fortiori*, que es una frasecita latina que creo que quiere expresar *velis nolis*, que es otra frasecita latina que no he podido averiguar qué significa. Ambas me las enseñó mi abuelo el boticario, y cuando yo le pedía el significado de una me remitía a la otra, y viceversa. Exactamente lo mismo que hacen sesudos diccionarios, con el fin maquiavélico de convertir en dificultad la sencillez misma.

Digo, que me hice boticario; y tan cuesta arriba se me presentó el estudio de la química y la botánica, que al terminar, el primer cliente que me eché a la cara fui yo mismo, en demanda de específicos con que quitarme aquella palidez de píldora recién hecha, aquella debilidad en el cerebro, y aquellas pocas, poquísimas ganas de comer, que era lo más complicado del asunto.

Mi abuelo, que no era partidario de las drogas para recetas entre personas de la familia, y él se sabría por qué, fué quien me atajó en mis intentos de ensayar unos reconstituyentes nuevos, maravillosos. Y me acuerdo que me dijo: —Donde tú te vas a ir una temporada, es con tu tío Rafael, a Córdoba. Aquel clima, aquel aire de su sierra incomparable, será un gran reconstituyente, ya lo verás.

Y a Córdoba me fui con el tío Rafae-lito, hermano de mi madre, y buenísima persona, según tenía yo entendido por las referencias. Y digo por las refe-

rencias, porque de otro modo no le conocía a causa del aislamiento en que vivió siempre de la familia... no sé por qué razones. Lo que sí sé es que no sólo mi viaje se debió al cambio de aires, sino también al intercambio de relaciones entre mi tío y la familia del pueblo. Vamos, que yo era una especie de embajador de paz y de concordia, y creo que... de alguna cosa más. Me parece que las pesetas andaban de por medio, porque mi tío Rafael las tenía, y habíase quedado viudo hacía poco, y sin hijos...

Dándole vueltas al asunto van pasando líneas y no acabo de decir quién soy yo. Sépalo de una vez el lector. Fernando Pedrosa y Gárgoles me llamo, y dice mi cédula personal que nací en Villaguadiana, provincia de Badajoz, y que tengo 26 años, y que soy soltero. Todo esto, en el momento histórico de mi relato. A lo de soltero podía agregar un «sin compromiso» bien claro y rotundo; y más todavía: el firme propósito, que suelen hacer todos los que dan de cabeza en la vicaría, de no traspasar las peligrosas lindes del celibato, así me asparan.

¿He advertido ya que mi tío Rafael era—había sido—negociante en carbones, y que la vejez suya vino acompañada de unas rarezas más que medianas, tales como no salir a la calle apenas, afeitarse dos veces al día y desayunarse todas las mañanas con sopas y dos huevos? No, pienso que nada de esto sabían ustedes; y no era muy trascendental su ignorancia, que digamos. Únicamente lo de que yo fuera solo cuando el incidente del automóvil se explica ahora, estando en pormenores de los

hábitos de mi tío Rafael, única persona a quien entonces yo conocía, y no mucho, en la ciudad de los Califas. Transcurridos varios días del percance, conozco ya a bastante gente. Sin ir más lejos, tengo el gusto de presentarles a «El Alma de la Mezquita»...

He aquí el origen de mi conocimiento.

En la llamada puerta del Perdón me hallaba un domingo, esperando la hora de la Misa y viendo el agradable desfile de las mujeres que entraban, cuando me sorprendió ésta que desfiló por el patio de los Naranjos, vestida de negro, con sencillez no exenta de lujo, y andando más bien deprisa, pero digna y señorial como una reina.

—Casi nadie, ¡«El Alma de la Mezquita»!...

Estas palabras, dichas como precedente de unas tosecitas significativas y de unas risas forzadas, significativas también, las oí detrás de mí a unos muchachos con traza de estudiantes. Me quedé a la escucha unos minutos, a ver si averiguaba algo sobre el sonoro apelativo de la que había cruzado, y noté que los muchachos daban bromas y llamaban cursi a un compañero que debía ser aficionado a literaturas, por las trazas de su sombrero negro de anchas alas flexibles, y su chalina, negra también, de lazo colgandero y grande como un vencejo disecado.

Saqué la consecuencia de que el hombre era una ametralladora de sonetos y madrigales que disparaba sobre la nena, y que eso de «El Alma de la Mezquita» fué obra suya indudablemente. Aquel día y varios más le he visto en la misa, apoyado en una columna, fijos sus ojos de alucinado en la mujer de sus consonantes.

Yo no sé si ella se habrá dado cuenta del amor que a sus espaldas está ardiendo, hecho una lumbre inextinguible; me parece que no, porque, a pesar de todos sus disimulos, las mujeres miran más o menos de reojo cuando saben que las están mirando intencionalmente. Y «El Alma de la Mezquita», de rodillas se pasa la misa entera, sin moverse, sin quitar la vista un ápice de las páginas del lindo devocionario que entre sus manos lindísimas sostiene.

III

De cómo las drogas se convierten en trajes y corbatas

Cuando les presenté a ustedes a «El Alma de la Mezquita», no les dije siquiera cómo se llamaba. Ni yo mismo lo sabía, así es que malamente podía decirlo. Hoy ya es harina de otro costal. Hoy sé cómo se llama, dónde vive, la familia que tiene, el capital que posee..., ¡hasta los años que cuenta!, lo cual es ya averiguar lo último que puede saberse de una mujer que según parece pasó de los veinte... Y sé más. Sé que, como en las novelas ocurre, este *personaje* viene complicado de atrás con mis asuntos. ¿Verdad que se lo habían ustedes supuesto? Bueno, pues yo no. Yo no me había supuesto nada. ¡Y cómo iba a suponerme que aquella señorita ocupante del automóvil que por poco me hace trizas en la calle de Rey Heredia, era nada menos que «El Alma de la Mezquita»! No, no sonrían ustedes, hagan el favor de no sonreír maliciosamente, que me voy a explicar.

Cuando yo, maltrecho y cariacontecido, llegué a casa de mi tío Rafael, minutos después del percance, me enteré

de que la muchacha que se presentó a dar satisfacciones y después desapareció como por encanto, era hija de un amigo de mi tío. Me enteré también de que éste amigo fué a casa el mismo día aquél, y mientras yo estaba durmiendo el susto, interesándose mucho por mi salud, como era natural, y lamentando el atropello y poniendo al chófer de vuelta y media, como era naturalísimo.

A varias horas de distancia del automóvil, ya bien sereno, me intrigó la señorita aquélla, y en la imaginación vi borrosamente su figura que me pareció grata y simpática. Algo novelero que soy, muy pronto levanté el andamiaje de unos castillos aéreos que constituían todo un prodigio de esbeltez y de filigrana. Pero mi tío me entró las cabras en el corral, según se dice, refiriéndome por be cuanto yo pregunté sobre el particular, y hasta muchas cosas que no le había preguntado ni podía suponerme.

La muchacha aquélla que yo había principiado a nimbar de misterios y conjeturas, se llamaba Mercedes. Mercedes Orellana, y había sido novia de un heroico aviador muerto en la guerra. Aquel aviador, que era hijo de prócer familia española, de esas que para ventura nuestra desenrollan a menudo los heredados pergaminos luminosos, para seguir escribiendo en ellos la buena historia de España, horas antes de morir, dictò su testamento, quedando todos sus bienes, libres de travas e imposiciones, a favor de Mercedes, con quien iba a casarse muy pronto. Y como el padre de Mercedes andaba metido por entonces en unos grandes negocios de exportación, cuando vió aquel dinero que se le entró por las puertas, y que si no era

suyo bien podía manejarlo, llenóse de ambiciones. Mas pasaron meses, y lo que se pensó ancho y claro camino de progresos y abundancias, se volvió barranco de presentidas ruinas. Deprisa y muy deprisa tuvo que andar el exportador, recogiendo velas infladas, apretando clavijas sueltas, y echando siete llaves al arca de los caudales de su hija. Hizo balance detallado, y vió que en dos años, ajustadas todas las cuentas, íntegro estaba el capital de Mercedes, pero el suyo habíase ido como humo de pajas. Apenas quedaban treinta mil duros, contando la casa y unos olivares en la sierra. Ni para los gastos de la familia, si habían de seguir la vida que seguían.

Expuso a su hija lo ocurrido; se lo quiso exponer, mejor dicho, porque Mercedes no le dejó hablar: ¿Cómo? ¿A ella cuentas? Allí no había mío ni tuyo. Su capital,—su millón largo de pesetas—, estaba disponible para necesidades de la casa, para todo, para todo. Aquel dinero no era suyo sólo; era también de su padre y de sus hermanos. Ella, ¿para qué iba a querer ella su dinero, si nunca ¡nunca! constituiría hogar aparte de aquel hogar?

Y así pasaba el tiempo. Con las rentas del capital de Mercedes, estudiaban sus dos hermanos en Madrid, y gastaban de lo lindo; con las rentas había coche, y veraneo, y lujo en la casa. Mercedes, siempre enlutada, siempre triste, era quien menos se aprovechaba de las rentas, quien menos las lucía, quien menos las disfrutaba. Cinco años, cual si fueran un solo día interminable de dolor íntimo y reconcentrado, habían trascurrido desde la muerte de su novio. Y

aquellas alocadas y magníficas visperas de la boda en proyecto, a los diez y nueve años radiantes y generosos, aquellas visperas que la fatalidad coronó con unos velos de luto, alucinantes y tenebrosos, dejáronla en el alma un poso de esperanzas tronchadas, de espejismos rotos, de bellas, dulcísimas ilusiones agriadas con lágrimas de viudedad en el corazón.

Al escuchar, narrados por mi tío, estos detalles de la vida de Mercedes, de veras les aseguro que sentí pena y angustia por aquella mujer, sufrida y desgraciada porque era buena. Pero sentí también que aquel exornado castillo que yo había levantado en la fantasía, igual que humo de pajas salía de mi cabeza, hecho girones de color de ceniza.

Y ya, pasado un mes de saber todo lo referido, cuando más como curioso que como fabricante de castillos en el aire, tenía deseos de conocer a esa mujer, pero unos deseos que no me corrían prisa ni mucho menos, mi tío, un martes desventurado, me propuso la visita, y a casa de Mercedes fuimos, mejor dicho, a casa de D. Sebastián, padre de Mercedes, porque a la cuenta la casa era del padre, y no hay por qué despojarle de ella, ya que al hombre le quedó tan poco de sus malaventurados negocios de exportador.

Frió, lo que se dice frío como el hielo me quedé, cuando don Sebastián, llanote y campechano, me presentó a su hija, a quien enseguida reconocí. ¿Me reconoció ella también? Yo creo que sí, y en sus labios me parece que se dibujó una sonrisa ante mi actitud de sorpresa que no logré disimular. ¡Mercedes era «El Alma de la Mezquita!»

Ustedes se harán cargo de mis inquie-

tudes cuando se enteren de que varias mañanas asistí yo a misa en la Aljama celeberrima, sólo por ver a aquella mujer; cuando sepan que hasta la seguí disimuladamente algunos días; cuando les diga que ante «El Alma de la Mezquita» había yo quebrantado mis propósitos de celibato perpetuo...

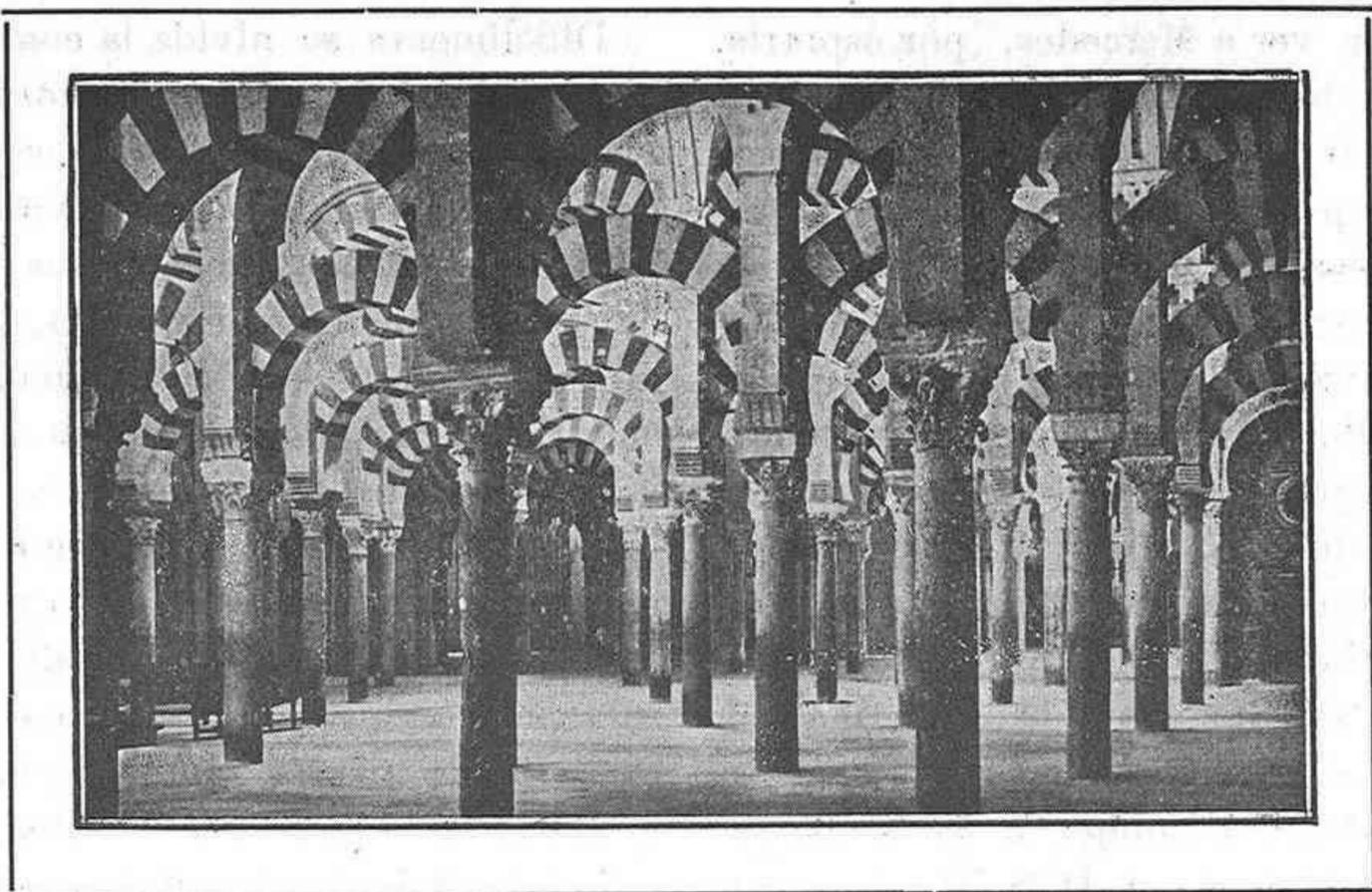
¡Y ahora resultaba que aquélla, aquélla, era Mercedes con toda su historia, con todo su dolor, con su millón largo de pesetas, en el que no se podía pensar dignamente!..

Ganas me dieron de liarme e bofetadas conmigo mismo. ¡Para eso!, para hacer el tonto, me había yo comprado dos trajes y media docena de corbatas, invirtiendo las pesetas que me entregó mi abuelo para adquirir nuevos específicos con destino a la botica...

IV

Las fantasías ayudan a las realidades

Más de un año llevaba yo en Córdoba, y diciendo la verdad, he de decir que ni remotamente me pasaba por las telas del juicio abandonar la patria de Séneca. Había adquirido amistades y conocimientos, y como nada más tenía que hacer sino pasar los días lo mejor que pudiese, no faltaron los clásicos *perroles* en pintorescos lugares de la sierra, y la visita a la Huerta de los Arcos, a las Ermitas, a las ruinas de Medina Azahara, y a tanto y tanto paraje delicioso donde la vista puede admirar bellezas naturales inmensas, y el alma henchirse por las ventanas de todos los sentidos, con la delectación de infinitas recordaciones históricas y legendarias. Muchas veces, en la campiña dilatada, en las márgenes del Guadalquivir, entre



el bosque de columnas de la Mezquita, ante las ruinas del Alcázar, en caserones vetustos, han surgido empapados de su maravilloso sentimentalismo romántico, los versos del Duque poeta:

«¡Córdoba insigne!... ¿dónde tu grandeza?
¿dónde está tu poder?... ¿Con quién su saña
mostró el tiempo voraz como contigo
y la ciega Fortuna su inconstancia?»

Pero, siendo innumerables, no eran exclusivamente los encantos y recuerdos de Córdoba monumental y pintoresca lo que en esta ciudad me sostenía. Dentro de mí, vibrante, agobiador, excelso, levantándose por encima de todos mis sentimientos, sujetándolos y alentándolos, dándole fuerza y quitándoles brío, impulsándolos a veces hasta la desesperación y a veces encumbrándolos hasta el ensueño, el amor a Mercedes alentaba. Había hablado ya con ella en muchas ocasiones, trabamos amistad, y poco a poco, igual que por un balcón abierto en la noche, va entrando la luz del día que nace, fué

irrumpiendo en mi pecho el encanto sutil, dulcísimo, fragante y glorioso de esta mujer.

Nunca llegué a sospechar que en mi personalidad de boticario se encerrase tan apasionado y vehemente amor. Así, tamañitos, se quedaban ante mí por aquellos días los juglares de los versos florecidos de ripios y los galanes jóvenes de las compañías de tres al cuarto. Como el noventa y dos por ciento de lo enamorados que duermen abrazados a la almohada, hablan con la luna y lloran cuando se pone el sol, un servidor de ustedes que hacía todas las cosas apuntadas u otras parecidas, no le había dicho una palabra a la Ella adorada.

Claro que no eran grano de alpiste, ni mucho menos, las circunstancias en que Mercedes se hallaba envuelta. Pero, ¿adelantaba yo algo, si las dificultades eran insuperables, con mirar al cielo en las noches estrelladas, y pasarme las horas muertas paseando por las naves de la Mezquita, mañanas y más maña-

nas, por ver a Mercedes, por espiarla, entre las hileras interminables de columnas, en el delicioso laberinto de mármoles y jaspes, y granitos, que se levantan como varas de un palio gigantesco, recogido en pliegues alineados y uniformes, como pulidos troncos de árboles maravillosos, que sostienen el espléndido ramaje de cientos de arcos, resaltan no las dovelas, rojas y blancas, que semejan turbantes colosales, apoyados en la esquisita filigrana de los capiteles corintios?... Sí adelantaba. Ponerme más loco; desvariar más y más deprisa.

Un día, un domingo, me encontré en la misa de doce con D. Sebastián y con Mercedes, en la Mezquita-Catedral. Estaba yo como de costumbre, al acecho detrás de una columna, y al torcer ellos la dirección que llevaban, me vi sorprendido, y sospecho que las orejas se me pusieron más rojas que la jaspeada piedra en que me apoyaba. Hice una inclinación de cabeza, con una sonrisa de saludo que yo creo que no acabé de hacer, y cuando esperaba verlos alejarse, me encuentro con que D. Sebastián, cordialmente campechano, se dirige a mí, sin soltarse del brazo de su hija, y me dice:

—¿Quiere usted ver de nuevo—porque supongo que lo habrá visto ya repetidas veces—el mihrab? Mercedes me lleva a mí, y yo le invito a usted a que nos acompañe.

Y claro; ¿qué iba a hacer yo? Ver el mihrab, y verlo viendo a Mercedes, que era indudablemente para mí, juntar la visión de las dos más grandes maravillas de Córdoba, y me atrevería a decir que del mundo entero, si ustedes no se molestan.

Difícilmente se olvida la contemplación primera de la Mezquita cordobesa. Aunque por el exterior, los ajimeces y celosías de mármol, los adornos finos y delicados del estuco y las chapadas puertas han desaparecido en gran parte, el Patio de los Naranjos, con sus palmeras encumbradas que cuelgan de los cielos la verdiáurea cabellera de sus arcos triunfales; sus fuentes cantarinas, que allí sueñan con ruido más armonioso y dulce; la torre esbelta y airosa, que desde allí se ve, clavándose en el azul como una custodia de piedra, severa y augusta, colocada en la recia peana del alminar; todo esto, y la frescura de los naranjos, con la nieve divina y perfumada de los azahares o los pomos de sus frutos de oro cual apagados luceros caídos de lo alto, hinche y alegra el alma con un baño de luz y de color que ha de embalsamarla y purificarla para gustar a sus anchas de las interioridades oscuras y misteriosas de la Aljama incomparable.

Pero todavía es incompleta y deficiente la visión del conjunto del sagrado lugar. Se presiente la claridad velada de la numerosas puertas de las naves simétricas, sin interrupciones, sostenidas por más de mil columnas variadas; se echa de menos aquella luz ténue que penetrara por el enrejado de las celosías de alabastro, para quebrarse en el multicolor de los jaspes relucientes, en el colorido sutil y penetrante de la techumbre riquísima de alerce, donde triunfaran las infinitas decoraciones de los dibujos arabescos. El alma sublimizada con la actual visión, bellísima, remóntase adormecida con las presentidas bellezas, más lejos, más lejos... Y ha penetrado en la Mezquita por la puerta

principal, recubierta con planchas de oro, finalmente labradas; y se ha deleitado con la contemplación de aquel soberano jardín artificial, hecho por manos laboriosas y geniales, con primorosos estucos, y filigranado *foseifesa*, y mármoles transparentes, y maderas selectas, y jaspes coloridos y luminosos...

Y quieta, muda, en éxtasis divino levantada, el alma se ha dormido, y ha llegado la noche. Es la hora del alate-ma. Los almuédenes han encendido las cuatro mil setecientas lámparas, y las luces mortecinas, que quemaban todos los años más de veinte mil libras de aceite y doscientas de aloe, brillan como lluvia de astros prisioneros entre las naves del templo de Mahoma.

El alimán, prefecto de la oración en la Mezquita, ordena el cántico de los azalás al Dios único y a su solo Profeta. Desde el almimbar, se escucha luego pausada, solemne, la voz del almocrí, que lee las kabsidas del alkorán, con acentos lúgubres de inexorables mandatos. La religión mezcla de epicúrea malignidad y de cristianos fervores; la religión creyente hasta el fanatismo y dulzona y regalada hasta los límites de la docta sensualidad agotadora, vibra en toda su plenitud dentro de la Mezquita... Y el alma sale de su ensueño, ante las miradas calientes y agudas, como puñales al rojo, de las negras pupilas de las mujeres agarenas...

Pero no, no hacen falta los estímulos y acicates de una fantasía desbordada, para gustar el encanto que aletea vivo y espléndido; no es necesario cerrar los ojos para dejar de ver los inevitables, despiadados golpes de piqueta que a un tiempo dieron los siglos y los hombres,

para saturarse del mágico atractivo de esta obra, que es un sueño de piedra y de luz...

Acompañando a Mercedes me he dirigido al mihrab, adoratorio de la Aljama, situado al mediodía, donde miraban para orar los muslines españoles.

Y... yo creo que es razón que volvamos la hoja, y que titulemos capítulo aparte.

V

En el mihrab oscuro y misterioso

—Aquí, en este rinconcito, se esconde con todos sus misterios, la verdadera alma de la Mezquita.

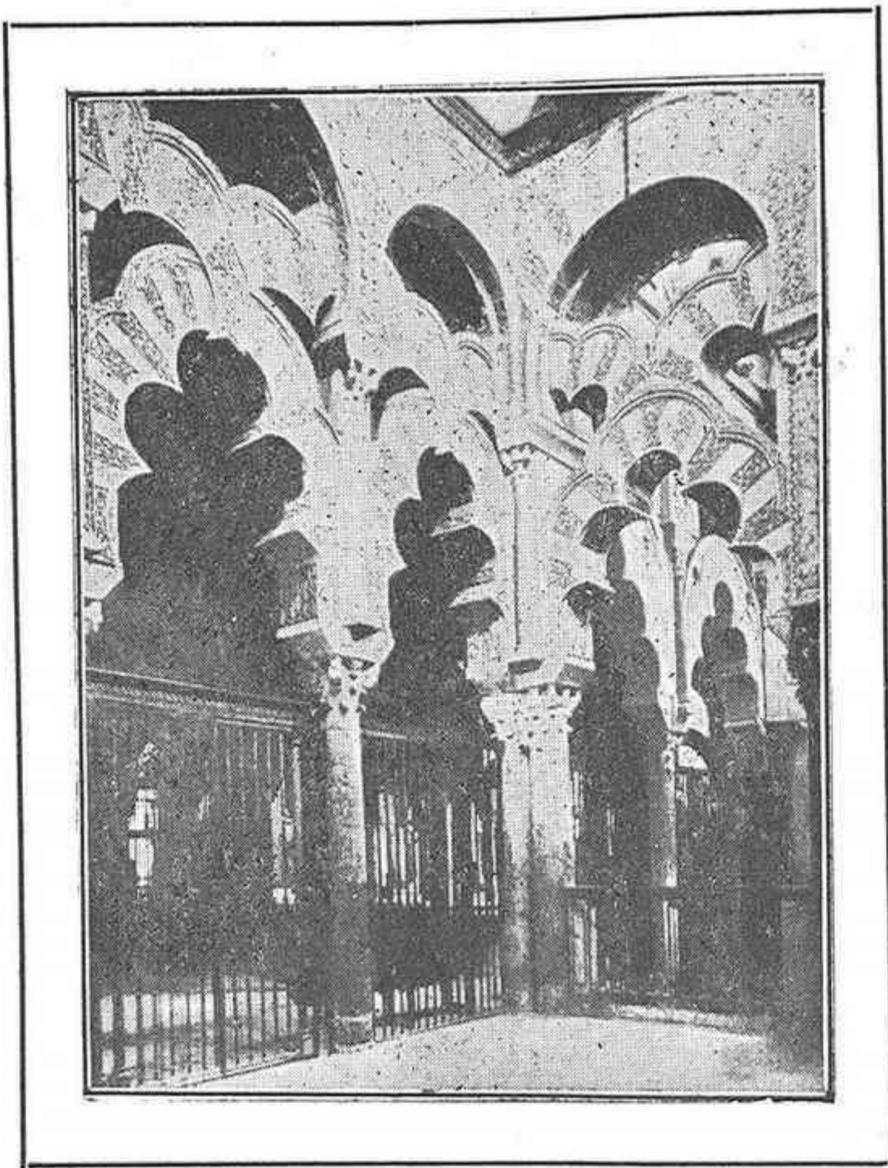
En tono un poco jocoso me dijo Mercedes estas palabras al abrirse la verja del vestibulo del mihrab, y antes de penetrar en el santuario.

¿Les había yo declarado que Mercedes era aficionadísima a las cosas del arte árabe, y que había leído cuanto pudo hallar referente a la Mezquita? Pues sí, Mercedes era una devota admiradora de los arcos de herradura y de los estucos y mosaicos primorosos. Y como algo se pegan también estas benditas chifladuras del arte que deben tener su microbio correspondiente, don Sebastián, de tanto y tanto escuchar a su hija, hacía ya sus pinitos artísticos. Yo, si he de ser sincero, más me interesaba la Mezquita por el lado de Mercedes que de Hixcen. Pero aquel día inolvidable, con la compañía de esta mujer...

En el vestíbulo nos embriagamos de la fragancia maravillosa del arte que logró tales portentos. El mármol del zócalo, se abre en una florecencia exuberante de líneas que se abrazan, que se besan, uniéndose para formar ho-

jarascas y rosetones, a veces, y luego en curvaturas deliciosas se huyen, se alejan unas de otras, cual girones de humo en espirales armónicos, cual varetas finísimas de un rosal petrificado y vivo. Después surge la arquería aérea, elegantísima, incomparable, ramificada por toda la pieza del vestíbulo. Y los arcos tre-

zantino, que se apoya en un octógono formado por abiertos y dorados arcos que se cruzan, y de allí, de aquella media naranja portentosa, por las canales fulgentes, cae la luz como lluvia divina de un fuego sutilísimo que vivifica los arcos, y trasparenta las columnas, y se funde enamorada y feliz con el mosaico



En el vestíbulo.....

pan unos sobre otros, libres, agilísimos, descansando apenas en los cornisamientos, apenas apoyándose en las blancas columnitas marmóreas que más bien parece que de ellos penden, que los sostienen y fortifican. No, no es posible aunar más nervio y más brío en las líneas, y más elegancia y más delicada belleza en el conjunto. Entra la luz por las celosías de alabastro, respetuosa, humilde, y sube a la cúpula, el bellísimo dombo bi-

rutilante que llena los macizos de la arquería, formando caprichosos arabescos policromos. Y aquel mármol, y aquel estuco, y aquellos pedacitos cuadrados de vidrio encendidos por la luz, son riquísimo brocado, y recamado tisú, y lino más blanco que la nieve, y muchas, infinitas piedras preciosas, exornando todo aquel milagro de bordado, y de color, y de dibujos de realizado ensueño...
¿Y qué decir, cómo es posible que la

pluma pinte la fastuosa fachada del mihrab? Aquellas cenefas primorosas, aquellas doradas letras esplendentes, aquella hilera de pequeños arcos exquisitos, aquellos entrepaños magníficos, aquellas deliciosas grecas, aquella colosal archivolta, aquel gran arco, aquella media luna relumbrante, con dovelas de fondo azul turquí y rojo, empedradas de vidrio y de oro, y de todos los colores del iris, y de todas las líneas de los más bellos arabescos... Aquellos ornamentos todos donde se retuercen armónicos, cual si se achicharraran en un horno divino, folias y tallos de palmas, de lotos, de tulipanes, de lirios, en un arrollador empuje de fantásticos trazos creadores...

No, eso no puede decirlo la pluma, ni puede copiarlo el pincel, ni puede llevárselo en su cámara bruja la fotografía. Allí, sólo allí, con aquel arrobamiento, y aquella luz, que se adentra en el alma, puede verse y puede sentirse.

Hablando con unos turistas en el vestíbulo se quedó el bueno de don Sebastián, echándose las de erudito, mientras que Mercedes y yo entramos solos en el santuario. Tan obscuro está el mihrab, apenas alumbrado por el pequeño arco de entrada, cuyas jambas decoran columnitas de jaspe y de mármol negro, que hubo necesidad de encender una luz para contemplarlo. Y entonces, más que antes, sentí yo correr por mis nervios un escalofrío de algo sobrenatural y milagroso.

Un pequeño recinto, de forma ochavada, con el marmóreo pavimento desgastado alrededor por la superstición árabe; un zócalo de grandes tableros de mármol blanco, cruzado por encarnadas

vetas; doce columnitas níveas, esbeltas, dorada su base y dorados sus lindos capiteles que sostienen bellos arquitos trebolados, en los testeros; una concha colosal en el techo, labrada toda de una pieza de mármol blanco exornado... Esto es el mihrab. Pero lo que allí toca los nervios, y llena los ojos, y satura el espíritu y echa a volar en deliciosos vuelos la fantasía, es más que eso. Es algo impalpable que sume en un pequeño mundo aparte de todas las sensaciones y todos los recuerdos. Es toda la religión y todos los sibatismos, y todo el fuego sensual, y toda la imaginación desbordada, y todo el fanático hervor, y todo el arte impenetrable y grandioso de los árabes. Es, porque no se puede decir de otra manera, el Alma de la Mezquita que llora nostálgica, y se arrulla ensoñadora y suspira tierna y dulcísima, el Alma de la Mezquita, que prisionera y encantada, vive en este rinconcito oscuro y misterioso del mihrab...

Yo no sé qué fué lo que pasó por mí. Cerca de aquella mujer, con la armonía de su voz en mis oídos, y la noche viva y luciente de sus ojos en mis pupilas, y la escultura de su cuerpo a mi lado, ungiéndome de la perfección de sus líneas, de su encanto, de su feminidad gloriosa; yo no sé qué ví, yo no sé qué es lo que sentía... ¡El Alma de la Mezquita! Sí, sí, era verdad. Allí en aquel rinconcito del mihrab, vivía, palpitante, purísima, encendida de divinos fuegos, que no se apagaron con los siglos, el Alma verdadera de la Mezquita de Córdoba.

—Mercedes, Mercedes...

Tenía los ojos negros, los más negros y los más grandes ojos de mora que se

hicieron cristianos. El sol de Andalucía había puesto en su pelo los oros sutiles de sus rayos. La nieve de los azahares y de los alabastros y mármoles más blancos, habría podido tomar blancura de sus carnes. Las huríes del Paraíso la envidiarían por bella. Las favoritas de Hixcen, rabiarian de celos si la vieran en el palacio maravilloso de Medina Azahara. Los poetas árabes hubieranla ofrendado la sonora pedrería de sus canciones más armoniosas...

Y la veía yo, y hablaba con ella, y la quería, la quería con todas las fuerzas de mi sentir.

Brotó de mis labios el raudal de las palabras tantos días prisioneras.

—Mercedes, óyeme, escucha, Mercedes... Aquí en este recinto sagrado, como un ánfora que se desborda, mi amor se sale del pecho, y quiere hacerse ofrenda a tu amor. La Mezquita, que en este lugar misterioso deja que palpita su alma, es imagen de tu vida. Sobre la Aljama cayeron los siglos, y no sólo derrocaron columnas, si no que cambiaron su esencia, su fe. Entre estas naves oíase predicada la falsa doctrina, en cuyo honor se levantaron; hoy, la Aljama antigua, es una catedral cristiana. El Alma de la Mezquita, vencida por el otro amor, se recrea con los sonos del órgano, se perfuma de incienso, se arrodilla y reza ante la Cruz. . Y el Alma de la Mezquita no ha perdido su encanto, no ha hecho traición a sus bellezas, no se ha profanado. Palpita en sus entrañas un amor nuevo, victorioso, y el renovado templo le ofrece a su paso los gloriosos senderos de sus infinitos arcos triunfalés... Mercedes, óyeme, acoge en tus brazos el tesoro abundante de mis

cariños... Déjame hallar en el fondo de tus pupilas el norte de mis caminos felices... Mercedes, alma, luz divina de mi alma.

Y la cogí las manos, y con besos encendidos en ellas la dije todo lo que no sabían decir mis labios.

Me rechazó dulcísima:

—¡Calla, calla..., no seas loco!... Estamos en la Iglesia, ¿no ves?... Estamos en la Iglesia...

Una ola de fina esencia de rosas se difundió por el estrecho ámbito del mihrab. Mercedes había sacado el pañuelo, y disimuladamente, mirando las doradas inscripciones árabes de la cornisa, limpióse unas lágrimas...

VI

En la torre hay una estrella...

El patio principal de la casa de don Sebastián Orellana, es un típico patio cordobés, amplio y dilatado, para que el sol divino entre a raudales, y el cielo generoso pueda lucir la techumbre radiosa y magnífica de su azul.

¿Quién habló de las tristezas y melancolias del Otoño? Los bojés, recortados en las macetas, cual inmensas coronas verdes de flores exuberantes; los crisantemos multicolores, cayentes los manojos de pétalos, como flecos de pañolones de Manila; los pomos de oro, los trepadores jazmines, diminutos y perfumados; las blancas diamelas, las encarnadas crestas, los ensangrentados zarcillos de la reina; las gitanillas rojas, que extienden su lluvia de corazoncitos por el arriate frondoso...

El patio que engalanan, presidiéndolo, palmeras esbeltas y eurocarias señoriales, que tiene revestidas sus paredes de

trompetas, y plúmagos, y campanillas, y cubiertos los rincones por naranjos y limoneros, y empedrado el suelo de chinascas menudas, relucientes y pulidss, como perlas, sonrío al Otoño igual que a una primavera bendita... En el centro,

hay un pozo; un pozo hondo, con brocal labrado de piedra negra, al aire la garrucha estrepitosa y chirriadora, en la cimera del arco esbelto de forjado hierro; y de frente a la cancela, filigranada como una gran celosía marmó-



San Rafael vigila desde allí....

rea, hay tres arcos de herradura, de lindas doveles rojas y amarillentas, que se apoyan en grande columnas de pintado jaspe. A los lados, dan al patio alegres ventanas, de las que cuelgan las trepadoras la verde colgadura de sus tallos florecidos. Y en una de esas ventanas, Mercedes, fragantes sus divinas bellezas, llora conmigo esta tarde lágrimas de felicidad.

Hace ya que somos novios, tres, cuatro meses..., no sé. El cariño no sabe cómo transcurre el tiempo. Y hoy, acordados nuestros deseos, ha dado Mercedes el paso decisivo: todo el capital que la legó su antiguo novio infortunado, lo ha puesto a disposición del Ministerio de la Guerra, para que se premien varias veces siquiera, los gestos de esos hombres, que llevados de la temeridad gloriosa, remontan a los aires, en el Marruecos de nuestras luchas, los fieros leones invictos de los Castillos de España.

Ha hecho renuncia del capital, sin esfuerzo, sin inquietudes internas, sin remordimientos de ingratitud. Y al decirme hoy, por primera vez, toda ruborosa y emocionada, ha dejado que mis labios beban en sus labios la miel sagrada de los besos puros, triunfantes..

Y luego, hemos hablado mucho de proyectos, de recuerdos, de naderías que sólo a los novios interesan. Y hablando, se ha ido el sol, llevándose en su cortejo las postrimeras claridades del día, y se ha encendido el farol del patio, y el farolillo diminuto que alumbra un San Rafael de azulejos, a la entrada.

—¿Cómo no te vas ya, Fernando? Es tarde.

—¿Tarde para qué?

—Para marcharte.

—Entonces me quedo. Si de todas maneras se pasó la hora...

Y hemos sonreído, y con las sombras de la noche he visto que son más grandes y más negros los ojos de Mercedes, y que ellos bastan para difundir en mi alma todas las claridades del mundo.

Nos separamos para reunirnos al poco rato otra vez, pero dentro de casa, porque nuestras relaciones gozan de todos los requisitos de la formalidad.

Y como antes no habido tiempo, ahora les digo a ustedes que mi tío Rafael murió, y que mi abuelo y mi madre vinieron a Córdoba con el triste motivo del fallecimiento. Pronto, dentro de unos meses, volverán para asistir a mi boda.

Yo no me he movido de la ciudad de los Califas, ni de aquí pienso moverme después de casado. Y esto, contra el parecer de mi abuelo que dice que aquella botica de Villaguadiana es una ganga, y que aquel pozo que tiene en el corral es una mina de oro. Pero no me convence mi abuelo. Ni acaso ejerza la carrera. La vida del campo es toda la ilusión de Mercedes y la mía también, y en el campo viviremos grandes temporadas, pues tengo proyectos de explotar directamente un cortijo, que la generosidad de mi buen tío Rafael me quedó en el testamento.

* * *

...Y esta noche, pasando cerca de la Mezquita — junto a la Virgen de los Faroles esplendorosa y radiante, entre las flores que quieren besarla, y la fuente que nace a sus plantas para rezar el glu glu sereno de su oración humilde—

he visto, coronando la torre, una luz. Bella idea la de la luz en lo alto. Parece una estrella, hermana de las estrellas del cielo. San Rafael, vigila desde allí por los caminantes, mostrándoles la esperanza bendita de su faro.

En la torre hay una estrella... ¿La han puesto los hombres? ¿No es acaso el Alma de la Mezquita, que en la soledad del templo suspira angustiada por su esclavitud, y vuela sobre el alminar, y se encumbra sobre la torre, y milagrosamente, se hace estrella, divina estrella que fulgura límpida, brilladora, sobre las solitarias calles silenciosas de Córdoba la Sultana?...

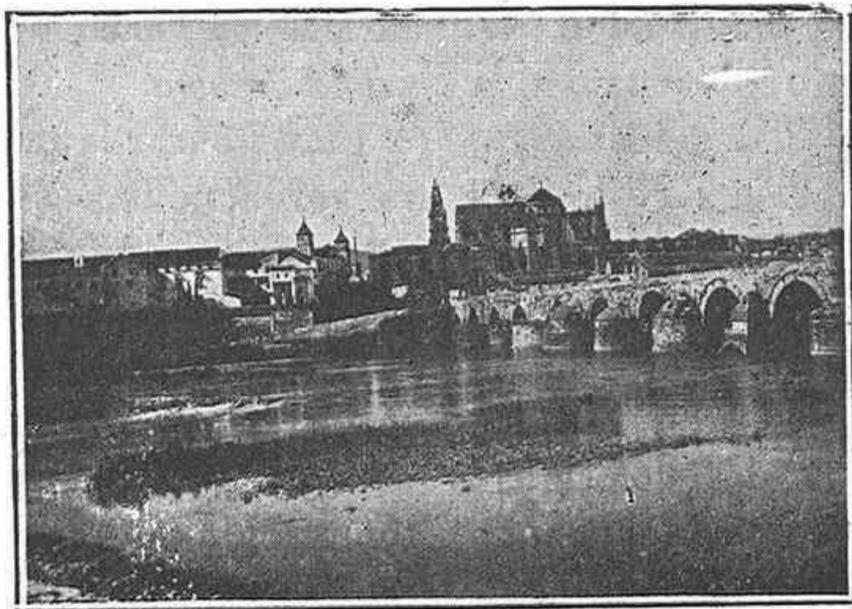
—Mercedes, Mercedes... En la torre hay una estrella, es el Alma de la Mezquita...

Se lo he dicho luego, y ella me ha mirado asombrada, y después, abriendo mucho los ojos negros insondables, se ha quedado quieta, quieta, como si tratara de hundirme en los oscuros abismos de sus pupilas.

Y allí dentro, muy dentro de los ojos de Mercedes, también he visto una blanca estrellita radiante. Y por unos segundos alucinado, como otro día en el mihrab, he sentido que el Alma de la Mezquita era una mujer blanca, blanca, dorados los cabellos de sol de Andalucía, negros y grandes los ojos: los más negros y los más grandes ojos de mora que se hicieron cristianos...

S. Ramos Almodóvar

Córdoba, Otoño de 1925.



REAL ACADEMIA HISPANO-AMERICANA DE CIENCIAS Y ARTES

CERTAMEN EN HONOR Y MEMORIA
DEL EXCMO. SR. D. CLAUDIO LÓ-
PEZ BRÚ, MARQUÉS DE COMILLAS,
ACADÉMICO PROTECTOR

17 Abril 1926

Deseando la *Real Academia Hispano Americana de Ciencias y Artes*, continuar cada vez con mayor firmeza, su labor de aproximación, entre todas las naciones decidoras del idioma inmortal del Manco de Lepanto; difundiendo en ellas los principios y las manifestaciones de sus respectivas y complejas civilizaciones; fusionando las diferencias particulares al calor de unos mismos altos ideales; estudiando y comprendiendo cada vez con mayor imparcialidad sus diversos momentos históricos: presentando a cada una, los varones representativos de las demás; exaltando sus virtudes, y mostrándolas a la contemplación e imitación de todos, no quiere dejar pasar la ocasión, aun cuando triste, de tributar un justo homenaje a la españolísima personalidad del Excelentísimo Sr. D. *Claudio López Brú, Marqués de Comillas*.

La Academia Hispano Americana no puede olvidar nunca, pues es uno de sus más preciados timbres de gloria, que tué la promotora de la idea de erigirle en vida un monumento simbólico, que fuera la representación plástica de su enorme labor de aproximación hispano-americana. Monumento que, gracias a la colaboración de todos los admiradores del Marqués, se alza hoy día en uno de los más hermosos paseos de nuestra

ciudad, coronado de un ángel tremolando una Cruz signo único para representar el carácter de todos los esfuerzos y de todas las empresas de nuestra patria, que al ser diariamente dorado por los rayos del sol, destacándose en el azul purísimo de nuestro cielo, da la bienvenida a los españoles que regresan de luengas tierras hermanas, después de años de trabajos y labores, y a los americanos que vienen en piadosa peregrinación a visitar la Casa Solariega de sus progenitores, el origen de su actual grandeza, el centro único y verdadero de toda futura actuación espiritual, nexo de un nuevo imperio, perpetuo, imperecedero, por serlo de las ideas que no pueden variar por ser eternas: *Religión e Idioma*.

Para honrar la memoria de tan insigne varón, convócase este certamen, que no es uno más de los que tan frecuentemente se celebran, con los más variados motivos, bajo los más insignificantes pretextos; es un certamen que tiende a unir a todos los hermanos, en la contemplación de una de las más salientes figuras de la España moderna, para mostrarles que aún hay hogaño (aunque algunos lo nieguen) españoles comparables a los de antaño. Los reducidos límites de una proclama de estas, no nos permiten esbozar su figura, narrar si-

quiera los rasgos más salientes de su vida: pero ya que ello no es posible. dispénnos, que repitamos en su elogio las palabras que escribiera un día, uno de nuestros más delicados espíritus: el poeta Víctor Espinós:

«..varón excepcional en un mundo de atonías morales, figura prócer en un doloroso instante de achicamientos espirituales; modestia ejemplar entre vanidades risibles; rectitud incompatible con la sombra de la claudicación propia pero comprensiva y a menudo disculpadora de la debilidad ajena; acción acuciada y perseverante en presencia de una política toda palabrería, para la cual el que no habla no existe; hombre de negocios que no olvida jamás aquél que disputó por el primero Iñigo de Loyola; hombre profusamente espiritual, constitucionalmente religioso, para el que la piedad es fuente viva de energías de vida social; patriota que no habla nunca del bien público y lo antepone a todo su interés, su afición, su propio reposo; espíritu clarividente a quien no podrá nunca referirse los lamentos de los que hechan de menos una intensa, desprendida y resuelta acción cristiana de las riquezas en la mitigación de los males sociales y en el encauzamiento de las naturales ansias de mejora de los trabajadores, según el dictado evangélico; ejemplo de perfecta correspondencia entre los conceptos de austeridad en la vida pública y moralidad en la existencia privada y familiar...»

Este era el segundo Marqués de Comillas.

* * *

Ante Programa del Certamen

TEMAS

1.º «El Caballero Cristiano».—Poesía con libertad de metro que no ha de exceder de 150 versos.

2.º «Biografía del Excmo. Sr. Marqués de Comillas».

3.º «Labor Hispano-americana del Excmo. Sr. Marqués de Comillas».

4.º «El Marqués de Comillas y la cuestión Social».

Premio de la Federación de Sindicatos obreros femeninos de la Inmaculada.—Madrid.

5.º «Retrato al óleo del Excmo. señor Marqués de Comillas», tamaño natural.

Premio de la Real Academia de Bellas Artes de Cádiz.

Para los tres primeros temas se han pedido premios a S. A. la Infanta Isabel, S. A. el Infante D. Carlos y S. E. el cardenal Benlloch.

En tiempo oportuno, se anunciará el número de premios y los nombres de los donantes.

1.º Los trabajos literarios han de estar redactados en castellano y escritos a máquina en cuartillas por un solo lado.

2.º Los trabajos se dirigirán bajo sobre a la Secretaría de la Real Academia Hispano Americana de Ciencias y Artes, calle Santa Inés, Cádiz, con una frase que sirva de lema, acompañados de otro sobre cerrado en cuyo exterior se repetirá el lema y en su interior conten-

drá el nombre y apellido del concursante, así como su domicilio.

3.º Será nula la presentación de todo trabajo que rompa de algún modo el incógnito del autor. Solamente se abrirán los sobres de los trabajos premiados, quemándose los demás sin abrirlos.

4.º La Real Academia Hispano Americana, actuará de Jurado, reservándose el derecho de conceder además del premio de cada tema, menciones honoríficas y segundos premios para aquellos trabajos que se consideren dignos de ellos.

5.º A los autores de los trabajos premiados se les avisará para que puedan concurrir a recoger sus premios en la solemne Velada que el día 17 de Abril de 1926, vispera del aniversario de la

muerte del Excmo. Sr. Marqués de Comillas se celebrará en el local y hora que oportunamente serán dados a conocer.

6.º Con respecto a los trabajos literarios la Real Academia Hispano Americana se reserva, durante un año, el derecho de publicación, pasado el cual podrán los autores disponer de ellos libremente.

7.º Con respecto al tema 5.º, el retrato premiado queda de propiedad del autor, pero teniendo que respetar el derecho preferente de la Real Academia, de adquirir si lo desea, bien el original o una copia.

8.º Terminará el plazo de admisión de trabajos el día 15 de Marzo de 1926 a las doce de la noche.

Comité organizador

Presidente.—D. José M.ª Pemán.

Vocales.—D. Eugenio Domaica.

» D. Augusto J. Conte.

» D. José Montoto.

Cádiz 15 de Junio de 1925.

El Secretario del Comité organizador,
Sebastián Ayala y Pérez Lazo

BLANCO LON,

DIBUJANTE, PINTOR Y LITERATO

Nos sentimos cohibidos al hablar de él. Es de casa. Su pluma ha derrochado gusto exquisito en los dibujos que LETRAS REGIONALES ostenta, con orgullo, desde su nacimiento; y ahí está la bella realidad manifiesta a los ojos de todos, diciendo más que los elogios que pudiéramos prodigar nosotros.

Pero, además de la justicia debida a sus méritos, lo mucho que ha influido en las páginas de esta publicación, nos obliga a dedicar unas líneas a Antonio Blanco Lon. Seguramente, aquellos de nuestros lectores que antes no le conocieran, habrán llegado a interesarse mucho por la obra y por la personalidad de este dibujante maestro, que es dueño de todos los resortes, que gusta de aparecer variadísimo, de un modo que admira y hasta desconcierta, y que siempre, siempre, conserva el sello de su estilo que no es rutinario, ni amanerado, ni uniforme al uso, sino rico, deslumbrante, prodigiosamente fecundo en distintos aspectos de novedad clara y poderosa.

Aunque joven, y con el lastre de su excesiva modestia, Blanco Lon, de un modo rápido y definitivo va destacándose en el campo del Arte español contemporáneo. Son varias e importantes las casas editoras que gustan de llevar en las ilustraciones de sus obras, la firma de este dibujante que pone siempre notable originalidad y brío en sus trazos.

Hablando de Blanco Lon, en admirable estudio crítico, ha dicho Antonio Juez:

«Un poeta del dibujo, pero un poeta caballeresco, sin alambicados refinamientos. Ni Wilde, ni Baudelaire, ni Verlaine, ni aun Carrère. Cervantes, Tirso, Lope, algunas veces Campoamor o Bécquer, pero siempre algo muy clásico, muy español, algo que se aparta de las exóticas magnificencias y retorcidas filosofías, y que sin embargo, es tan emotivo como un romance heroico o un bello madrigal».

Otros muchos juicios autorizados, encomiásticos en grado sumo, se han escrito en la prensa, referentes a los dibujos de Blanco Lon.

Como era natural y lógico, éste no sólo dibuja primorosamente, sino que también sabe manejar los pinceles, y trasladar al lienzo creaciones más fundamentales y profundas. Una de las más importantes que ha llevado a efecto es el tríptico «El Poema de la Raza», acabado, prodigioso, soberano alarde de maestría y de arte. El gran caudal de su cultura, la enorme fuerza de su sentimiento, su pericia, su genialidad, vibran de una manera que conmueve y avasalla en esta obra, capaz de conquistar un puesto entre los primeros artistas del color y de la línea, a su autor.

Don Antonio del Solar, aristócrata extremeño y escritor muy documentado y brillante, dedicó a «El Poema de la Raza» un largo artículo. En él da cuenta de haber sido pintada esta obra, por sus indicaciones personales, para

S. A. R. el Infante don Fernando María de Baviera, quien la acogió con fervorosos elogios, mandándola colocar en sitio preferente de su Palacio. Y en referido artículo también, copia el Sr. del Solar la descripción detallada y admirable, que el propio Blanco Lon hace de su tríptico.

Porque es lo mejor que puede decirse de «El Poema de la Raza», y porque demuestra una cultura extraordinaria y un exquisito gusto literario, adquirido en lecturas reposadas y selectas, a continuación trascribimos la descripción aludida:

España mística (primera parte del tríptico):

»Sobre un fondo, en que aparece la portada de la vieja española Universidad salmantina, se destaca, entre un rayo de luz que baja de lo alto, la Virgen de la Concepción, la que vive y palpita en las páginas de nuestra Historia, la que alentó el brazo pujante de la raza en los días gloriosos de Covadonga y de las Navas, de Otumba, de Pavía, de Bailén y San Marcial, y le sostuvo en sus desmayos en los tristes de Medellín y de Espinosa, del Caney y Santiago, la que con su manto de color de cielo cubre el sepulcro de nuestros abuelos, la que invoca la madre junto a la cuna del niño enfermo... y ante ella, rodeada de su corte de santos españoles, la sublime Teresa, el magno Fernando de Castilla, Francisco Javier, exaltada llama de amor vivo, Juan de Dios, todo amor de caridad por el herido, el férreo padre Ignacio de Loyola, Francisco de Borja, el caballero maqués de Lombay, abrasado por el dardo de fuego del amor de

Dios, ofrece reverente su corona ducal a los pies de la Reina del cielo, ante el cadáver de la Emperatriz que los ángeles suben a lo alto. El féretro vacío es reverenciado por la mujer española, desde los mártires de Zaragoza y Mérida hasta las heroínas de Monteleón. A su alrededor gente española de todos los siglos se postra ante el milagro de «tan sorprendente conversión».

»A la derecha, la infantina delicada de la corte del IV de los Felipes recibe las austeras enseñanzas de San Isidoro, tras ellas el noble caballero santiaguista ofrece su espada y con ella su vida en aras de su Santa Religión, el hidalgo castellano desfallece en éxtasis de amor divino y allí están con ellos la pléyade de virtuosos y santos varones que dieron su nombre al cielo y su fama a la patria: Cisneros y Cervantes, Calderón y Velázquez y Menacho el Heroico y Gonzalo el Invencible y Rodrigo de Vivar.

»Al otro lado un rey de cetro españolismo y egregio, educa a su ilustre descendiente en los preceptos de la verdadera religión; a su lado el soldado español por excelencia, el marqués Francisco Pizarro, besa la cruz de amor como besó al morir aquella otra trazada con su sangre sobre el piso de su palacio de «El Dorado». Y a su lado la alta princesa de la casa de Austria abraza a la mendiga implorante abrasada en el fuego de la Caridad cristiana. Después, confundido como ante la presencia de Dios, el pueblo todo creyente y español: el viejo domine educador de los hombres del mañana, el labriego de las feraces tierras de Castilla, el hidalgo de ilustre solar, el fraile austero y pensador



A. BLANCO LON. AUTOCARICATURA

junto con el almirante insigne que, a impulsos de la fe, rasga el *non plus ultra* del español escudo bajo la protección excelsa de Isabel de Castilla, creadora Reina y madre de nuestra noble España, mientras allá arriba Pelayo el Montañés tremola aquella enseña hundida en Guadalete y por él tocada de las aguas espumosas del Deva.

»Esta composición lleva como tema o glosa, en primorosa letra del siglo XVII la poesía de San Juan de la Cruz «Noche oscura».

La parte central de «El Poema de la Raza», la titula Blanco Lon *España popular*, y la describe así:

»Reclinada en un trono de mantones de Manila y guardada por el torero, su ídolo, y el «bandido generoso y caballeresco», la musa del pueblo, corona de claveles a la majeza y brío del Chispero que se rinde ante el altar de la hermosura. Tras ella se extiende la muchedumbre abigarrada del pueblo ebrio de sol y de grandezas, inquieto y bullicioso como niño que juega con el orbe entero, cuyo solo recuerdo evoca cantares de traginantes en la posada cervantina, requiebros a la moza del mesón, chocar de hierro bajo la reja florida de la bella, ex votos en la ermita del valle, consejos de brujas junto al fuego, hazañas del soldado que combate en los tercios de Spínola y aventuras picantes del escudero Obregón y el pícaro Guzmán de Alfarache con abigarradas dueñas y viejas Celestinas. Aquí Rinconcete y Cortadillo ensallan sus fullerías a la veinte y una envidada ante los ojos del licenciado Vidriera el popular; por otro lado, la gitanilla enciende volcanes en

el pecho de don Juanico soñador; allá baían maritornes y carihartas a la puerta del Mesón del Sevillano, disputan arrieros y mozos de mulas, riñen sopistas y GilBlases, votan lansquenets y tahures, se hieren rufianes y matones, median clérigos de misa y olla, se desmayan Gananciosas y Repolidas, y Monipodio insigne es árbitro de las pendencias de Maniferro y Chiquiznaque bajo la mirada burlona del ilustre Goya y de don Francisco de Quevedo.

»En primer término, la mujer española que luce el fuego de sus ojos entre el joyel de su mantilla al ir a visitar los Sagrarios el Jueves Santo, o a los toros el Domingo de Gloria, deja tras sí una estela de piropos del castizo galán del Albaicín, y aquí a la derecha, de la mano del petrimetre galanteador, marcha alegre a la fuente de la Teja la chispera gentil cantando seguidillas y tiranas, cuyos ecos han de perderse con el tronar del cañón del Parque...

»Esta composición lleva como lema o glosa, en letra también del siglo XVII, un cantar de la «Ilustre Fregona».

Y termina con *España guerrera*:

«Ante el altar donde arde el fuego sacro del amor a la patria, el muchacho, pujante de vida, jura sobre el cadáver glorioso del patriota, de cuya sange brotan laureles imperecederos, morir también en defensa de la patria santa. En su mismo fuego se forja la espada vencedora, y a su calor tiene alientos la madre, descendiente de María de Molina y de Agustina de Aragón, para ofrecerle igualmente su hijo.

»En primer término, el anciano guerrero enardece el alma juvenil de sus

nietos con la narración de sus viejas y olvidadas hazañas, tras de él, un niño de ilustre estirpe, besa la espada egregia del Duque de Alba y jura llevarla triunfante del mundo a los confines; más allá el hidalgo de la raza de Quijano de Esquivia, se arroba en éxtasis amorosos con la *tizona*, a cuyos destellos y con sangre enemiga escribió la historia de sus encumbrados hechos y añadió nuevo lustre a sus blasones.

»Detrás, el ilustre marqués de Santa Cruz y el generoso cántabro que humilló el poderío de los cónsules de la antigua Roma, y el artillero del 2 de Mayo y el ínclito Malasaña con su hija muerta, ejemplo de los siglos, y el alférez Illescas, el mártir de Cerignola, que entre los dientes, mutilados sus brazos, lleva la enseña de Castilla.

»Al otro lado, ante las figuras insignes de don Alonso Pérez de Guzmán y de Gonzalo de Córdoba, de Churruca Elorza y de don Juan de Austria; del famoso marqués del Valle de Osxaca y del «Rayo de la Guerra», el invicto Carlos V, señor de dos mundos; el soldado moderno de Cuba y Filipinas, de Cascorro y de Buler, enfermo de la fiebre que le acechaba en las traidoras «maniguas» isleñas y en la miseria del «bohío» herido por los cortantes filos del machete «mambís», repatriado despojo del mocetón robusto que años antes cruzó los mares hacia la gloria y el martirio como aliento sostenido por el recuerdo de los tercios de Italia y los mesnaderos medievales y espera en días mejores hacer brillar la vengadora espada, con el aliento inmortal del capitán Juan de Urbina o del alférez Santillana.

»Del humo del altar surge la figura de Alonso Quijano el Bueno, cabalgando no en el miserable rocín de sus mandanzas por tierras castellanas, sino en el poderoso y sobrehumano corcel de su ideal. Tras él se dibujan los mástiles sagrados de las Carabelas del almirante Gallego, de las Galeotas de Cortés o de aquel glorioso San Juan de Trafalgar, y ante ellos, entre nubes de fuego, avanzan los legendarios guerreros españoles, los vencedores de Benimerines y Almohades, los paladines de las gestas, los que hablaron la nuestra fabla de Berceo, los del alto mirar y recio combatir, los que a golpes de espada escribieron la noble historia de Alcántara y Montesa, los triunfadores de Roncesvalles y el Salado... Helos, helos por do vienen Bernardo del Carpio y el Cid de Vivar y Pero de Ansúrez y el conde Fernán González y Mudarra el bastardo y los siete infantes de Lara; miradlos, cabalgan por los campos rotundos del romancero, traen las espadas ceñidas, las adargas a los pechos, las lanzas en las manos... Treme la tierra, el nervudo brazo de impaciencia y de cólera, próceres castellanos y leoneses, hijos de vuestras obras, padres de esta noble nación de caballeros... Salve! — como escribió una ilustre pluma contemporánea.

»Esta composición lleva como tema glosa en primorosa letra del siglo XVII, una poesía de Calderón de la Barca.»

Cómo dibuja Blanco Lon, ya lo sabían los lectores de LETRAS REGIONALES; ya saben también cómo pinta, con grandiosidad de asuntos y prodigio de tecnicismo; y una grata sorpresa habrá

sido para muchos encontrarse con que el joven y ya maestro pintor y dibujante, es también literato, un gran literato, que bastan las líneas que anteceden para demostrarlo cumplidamente.

De la gracia, de la originalidad, del humorismo franco y agudo que sabe expresar Blanco Lon, habla la autocaricatura que publicamos hoy.

Y terminamos ya, felicitándonos de que las páginas de LETRAS REGIONALES se avaloren con las obras de este hombre, muy bueno y muy artista, que apesar de su modestia excesiva logrará triunfar de modo correspondiente a su gran talento, a su fervoroso entusiasmo y a su maestría: méritos excepcionales para brillar en lo más alto...

El Concurso de Cuentos de Letras Regionales

Como era de esperar, grande ha sido el número de trabajos remitidos a nuestro concurso de cuentos. De todas las Regiones españolas han llegado originales.

Por obligada atención a los que concurrieron al certamen, el fallo no se publicará hasta el mes de Enero próximo, ya que es intención del Jurado examinar con escrupulosidad, sin prisas, el total de los cuentos presentados: más de quinientos.

LETRAS REGIONALES con gran satisfacción se felicita de este extraordinario interés de los escritores en el primer concurso abierto por una publicación acabada de nacer. Bien a las claras indica esto el alto juicio que de ella han formado y la buena atmósfera creada a su alrededor, apesar de la escasa propaganda que hasta ahora se ha llevado a cabo.

Y a estas atenciones y a este espíritu, contestaremos brevemente mejorando las páginas de nuestra Revista, que nació para ser, y lo será en todo momento, de los literatos españoles y de los amantes de la literatura regional española.

CASTELLANA

«Y cantaban también aquellos campos
los de las pardas, onduladas cuestas,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias»...

¡Qué pletóricos los campos de mis tierras castellanas!
¡cómo yerran los que dicen que son páramos sombríos!
Son planteles de riqueza sus besanas
y bucólicos cantares los murmullos de sus ríos!
¡Cuántas veces aspirando los aromas de sus flores
y escuchando las cadencias de sus pájaros cantores
sentí un vértigo inefable de poética emoción!
Y corriendo por sus prados que a la aurora son de grana,
al sentir el eco triste de una lúgubre campana...
¡cuántas veces de mis labios ha brotado una oración!
Yo he gustado los encantos que hay en sus atardeceres,
y he palpado las delicias que regalan sus mañanas,
y he estudiado las sonrisas que prodigan las mujeres...
¡las mujeres castellanas!
Yo he sentido cómo sienten de sus campos los labriegos,
y he libado del terruño los castísimos placeres,
y han tostado mi semblante los calores veraniegos,
y he vivido obsesionado con dulcísimos querereres!
¡Cómo triscan los cabritos en el monte!
¡Cuál retozan los terneros al pacer en la dehesa!
¡Cómo ondulan esos campos que limita el horizonte...
...esos campos que sonrían cuando el céfiro los besa!
¡Cómo chillan al rozar con los aleros,
cuando cruzan los espacios las obscuras golondrinas!
¡Cómo azuzan los gañanes a su yunta en los oteros!
¡Cómo cantan sus amores las mujeres campesinas!
No es verdad eso que dicen: que no hay luz... que no hay colores...
porque en tierras castellanas hay magníficos paisajes.

y es su atmósfera tranquila,
y es espléndido su cielo tachonado de celajes!
No es verdad eso que dicen... que sus campos son un yermo...
porque esmaltan sus praderas y entretejen sus sembrados,
clavellinas perfumadas,
amapolas purpurinas
y fontanas que reflejan las pupilas azuladas
de sus Náyades divinas!
Ni es igual el panorama de las tierras que yo habito...
porque hay valles, y colinas, y llanuras, y hondonadas,
y grisaceos encinares,
y olorosos tomillares,
y rastrojos que blanquean,
barbechos que amarillean,
terrosas franjas oscuras, helechales siempre verdes,
y montañas de granito,
gigantescas e indomables
como el alma de Castilla y de sus héroes!

· · · · ·
¡Qué pletóricos los campos de mis tierras castellanas!
¡Cómo yerran los que dicen que son páramos sombríos!
Son planteles de riqueza sus besanas,
y bucólicos cantares los murmurios de sus ríos!

Segoviano Valverde



V A L E N C I A

Homenaje a Salvador Sellés en Alicante

Con gran brillantez, digna del acto, se celebró en Alicante el homenaje proyectado a don Salvador Sellés, el inspiradísimo poeta.

Los escritores regionales, el público en general, del que formaban parte gran número de bellas muchachas alicantinas; las autoridades, las corporaciones culturales, toda la población en suma, y muchas personas que de fuera llegaron, con su adhesión entusiasta contribuyeron a este simpático homenaje al poeta, homenaje todo él lleno de espiritualidad honda y levantada.

Bien venidos sean actos como éste, en que no hacen su aparición encubiertas ambiciones, egoístas proceder, miras bajas y rastreras.

En torno al Poeta, creador de bellas imaginaciones y de sentimientos puros, las manos pueden aplaudir expresivas y los labios derramar el íntimo desahogo de los elogios que manan directos del corazón. En la atmósfera caldeada de consonantes sonoros y de ritmo armonioso y dulce, se respira franqueza y desinterés nobilísimo. La belleza se impone con sus encantos sugestivos y amables.

El homenaje a Sellés, celebróse el 23 del pasado mes de Agosto.

Por la tarde se organizó una cabalgata de la provincia, con seis artísticas carrozas alegóricas, en las que iban bellas señoritas ataviadas con trajes típicos, representando a los pueblos y partidos judiciales de la provincia.

Al llegar la comitiva a la plaza de la Reina Victoria se descubrió una artística lápida, hecha por el escultor Rafael Reus, en la casa en que nació el poeta en el año 1848.

El alcalde leyó un discurso, elogiando al poeta y dando cuenta de haber sido nombrado éste hijo predilecto de Alicante y concedídosele la medalla de oro de la ciudad.

Por la noche en el Salón Monumental, que estaba completamente lleno, se celebró el segundo acto del homenaje. En los estrados del trono, colocado en el escenario, se aposentaban muchas señoritas, que representaban a los pueblos de la provincia.

El comisario regio de Fomento, don Eleuterio Abad, organizador de la fiesta del homenaje a la mujer, pronunció un discurso, cantando las bellezas de la mujer alicantina, en bellos párrafos.

Después ocupó el trono Salvador Sellés, ovacionándole el público, puesto en pie. Bellísimas señoritas de Alicante, entre las que figuraba Aurelia Sellés sobrina del poeta, vestida típicamente, le entregaron el pergamino en el que se le

nombra hijo predilecto y socio de la Asociación de la Prensa, y el acuerdo de la concesión de la medalla de oro de la ciudad.

Leyeron composiciones en homenaje al poeta alicantino los señores Sansano, Montoro, Lozano y Rabadán, y después Salvador Sellés recitó una poesía, titulada «Gratitud» escrita expresamente para el acto. A continuación el periodista alcoyano Enrique Moltó pronunció un elocuente discurso poniendo de relieve la importancia del homenaje que se celebraba, y terminó el acto cantando el Orfeón, acompañado de la Banda Municipal, el Himno de Alicante y de la Región.

Y en medio de vivas y aclamaciones entusiastas, Salvador Sellés, fué acompañado hasta su domicilio por el público, que a toda costa quería prolongar este homenaje sincero, cariñoso y espiritual, rendido en justo premio a la inspiración encendida, robusta y emocionadora, del gran poeta alicantino.

Forcadell

C A S T I L L A

Cantando y bailando

Estamos en una aldea de Castilla la Vieja. Es día de fiesta... en plena calle.

Preparaos para bailar... Tú, mozo, que eres el mejor de la partida, coge la pandereta... Colóquense enfrente las parejas y... a tocar.

No empieces cantando aquello de

«Aquí me pongo a cantar.»

no; ha pasado de moda... Saluda cortés con este verso:

Son las mozas de mi pueblo
las más bonitas de España;
tienen en los ojos fuego
y hermosuras en el alma.

Más te lo agradecerán, no lo dudes. Y después, sin dejar de tocar y con ritmo elegante, sin ridiculeces, sitúate frente a... a, esa que tú sabes; esa que te hace «tilín», ¿entiendes?, y mirándola sonriente, dile cantando:

Mira si serás graciosa,
buena, bonita y salada,
que la mujer más hermosa
no vale, a tu lado, nada.

E inmediatamente dí aquello de:

Tu cara de ángel parece,
tus ojos me dan consuelo,
y un capullo que florece
es tu mirada de cielo.

Verás cómo ella te mira y se sonríe... Satisfecho ya, vuelve al sitio de primero y canta bien entonada esta copla:

Las faldas y la vergüenza
son en las mozas, contrarias;
si la falda sube, sube,
la vergüenza, baja, baja.

Y antes de que se repongan del susto, dí con energía:

Cuando me vaya a casar,
buscaré novia que tenga
hasta abajo los vestidos,
hasta arriba la vergüenza.

Entonces verás cómo tu novia mira, compara y nota que sus vestidos son los más honestos, y, victoriosa, se sonreirá alegre, y con los ojos te dirá: «Gracias»... Y tú, para convencerlas de tus afirmaciones, con seriedad, sin sonreír, formalmente, canta:

El lujo de las mujeres,
es lujo de cementerio;
llamativos por de fuera,
podredumbre por de dentro.

Y mira disimuladamente y ve cómo
el rubor sale a algunas mejillas...

...Notarás entonces que no son ellas
las malas, sino las modas, el ejemplo,
el ambiente social que hace cometer,
por debilidad nuestra, tantos disparates... Pero tú, que eres atento, para demostrar que te refieres a otras, repite el cantar:

Son las mozas de este pueblo
las más bonitas de España;
tienen en los ojos fuego
y hermosuras en el alma.

* * *

Si acaso la moza «de tus sentires»,
después de haber cantado los tres primeros versos. ni te sonríe, ni te mira, pero baja los ojos y se pone encarnada, canta alto, que lo note:

Campanas, tocad a muerto,
que el Clero venga a por mí,
tened mi sepulcro abierto,
¡que ya sus desdenes vil!

Verás cómo ella también sufre y pugna por mirarte... y no se atreve; si es así, canta con rabia:

¡Quiera Dios darte el martirio
que das cuando dices, no;
para que sepas la pena
que sufre mi corazón!

Y si es mujer de verdad y es buena,
y tú eres honrado, notarás que te mira como suplicándote que no cantes así... Y tú, entonarás triste:

No sabes tú lo que lloro
ni sabes cuánto he sufrido,

pues mi pena en tu presencia
no puede lanzar suspiros.

Y se mostrará cansada y pretenderá dejar de bailar; pero su pareja resiste, y tú, victorioso y satisfecho, dirás:

Da un suspiro, vida mía,
cuando me veas pasar;
que mi corazón recoge
los suspiros que tú das.

Y cantando eso te acercas, y... no lo dudes, suspirará y tú reirás mucho cuando toques, para que note ella tu alegría, y canta esto para rendirla por completo:

Es tan inmenso mi amor,
que cuando a tus ojos miro,
aunque sé que no me quieres,
hago ilusorios castillos.

Entonces dará ella una carcajada y te mirará como diciendo: «Deja de tocar... y baila... conmigo». Y tú, con prisa, vuelve a decir:

Las faldas y la vergüenza
son, en las mozas, contrarias;
si la falda sube, sube,
la vergüenza baja, baja.

Toca luego muy poco, como con prisa y di lo último:

Cuando se encuentra perdida
la fama de un mujer,
es como el agua vertida,
no se puede recoger.

Lo dejas definitivamente y dando la pandereta, acércate a tu amigo, al que baila con ella, y dile urbano: «Caballero, ¿hace usted el favor de la pareja?»

¡Qué tarde más alegre pasarás!... Y ella también. Y por la noche dirá a su madre: «¡Qué pena, madre, que vayan los mozos a la guerra!» Pero tú dirás: «¡Qué bien! Cuando esté en Melilla rezará por

mí a la Virgen, y conseguirá que no me maten... Y cuando vuelva, nos casaremos y seremos felices... Muy honrados y felices...»

Así sea.

Cuando te vayas a acostar aquella noche, pasa por su puerta y canta con afinación:

A la Virgen de la Oliva,
rezo esta noche una Salve,
para que tu amor, bien mío,
crezca mucho y no se acabe.

Del Sol Collazos.

Escóbados (Burgos).

EXTREMADURA

El homenaje a Publio Hurtado y la inauguración del Ateneo, en Cáceres

Sobre la ciudad quieta y humilde, resignada con la contemplación muda y solemne de sus glorias pretéritas, ha pasado un aire bendito de renovación espiritual.

D. Publio Hurtado, el Patriarca de las letras extremeñas, que tantas veces hemos visto cruzar bajo los evocadores arcos de los portales de la Plaza, con su aire de gran señor austero del pasado siglo; níveas las grandes patillas alfonsinas, pausado y cohibido el andar, los ojos entornados, casi ciegos de años y de lecturas investigadoras, hoy doce de Octubre, ha sentido cerca de sí, agitada con admiraciones y cariños, el alma de sus paisanos.

Cáceres, y representaciones de Badajoz, la Provincia hermana, todo Extremadura, mejor dicho, se ha juntado para festejar, con aplausos y honores, la

gloria de su gran escritor, venerable y erudito.

Un aristócrata, de los de más preclaro abolengo en la Región, D. Gonzalo López-Montenegro y Carvajal, Presidente ahora de la Diputación de la Provincia de Cáceres, ha impuesto solemnemente la medalla de oro del mérito provincial, a D. Publio Hurtado. Bella y afortunada coincidencia ésta, que ha permitido que sea un heredero de blasones y pergaminos gloriosos, quien con su mano rinda honores al escritor infatigable que en archivos y bibliotecas halló nuevos esplendores históricos de los hijos de Extremadura.

El diario local «La Montaña», da cuenta extensa del acto del homenaje a D. Publio Hurtado y de la inauguración del Ateneo, en una interesante información que transcribimos en parte:

«En el amplio salón de sesiones de la Diputación Provincial, tuvo lugar un solemne acto de doble significación y de gran importancia para la intelectualidad extremeña.

Aprovechando la fiesta de la Raza, el Ateneo de Cáceres organizó la solemne velada inaugural, en la cual debía tributarse un merecido homenaje al ilustre publicista y venerable extremeño don Publio Hurtado.

Numerosas señoras y bellas señoritas ocupaban, con lo más distinguido de la sociedad cacereña, la parte destinada al público.

En los escaños tomaron asiento las representaciones invitadas al acto: las de la Audiencia Territorial, Colegios de Abogados, Procuradores y Médicos; profesores del Instituto, Regimiento Segovia, Carabineros y Zona, los inspira-

dos poetas don Lorenzo López Cruz, y don Luis Chamizo; clero, padres franciscanos, don Rafael López Victoria, don Ramiro Themudo, don Luis Grande Baudesson, profesorado de las Escuelas Normales de Maestras y Maestros, prensa local y numerosas personalidades más.

La Junta directiva del Ateneo y los presidentes de sus diversas secciones, también ocuparon varios escaños.

A los acordes de una marcha interpretada por la banda militar, hicieron su entrada en el salón, precedidos por ateneístas, las autoridades que habían de presidir el acto, acompañando a don Publio Hurtado.

El público, puesto en pie, tributó una cariñosa ovación al ilustre paisano.

La presidencia quedó constituida por el gobernador civil señor García Crespo, quien tenía a su derecha a don Publio Hurtado y al presidente de la Diputación don Gonzalo López-Montenegro, y a su izquierda al gobernador militar y coronel del Segovia don José García Sevilla y al alcalde de la capital don Arturo Aranguren.

Dió principio el acto, leyendo el señor de Vega y Relea, como secretario del Ateneo, la memoria de esta Asociación.

En ella refleja fielmente los esfuerzos hechos con anterioridad para la organización del Ateneo, que fracasaron por la fuerza de las circunstancias. Describe las reuniones precursoras a la actual fundación y las luchas que hubo que sostener hasta llegar al momento presente. «Para esta obra que hoy ofrecemos—dice—exigimos el cariño de todos, o por lo menos el respeto que merece».

Dirige un sentido recuerdo a D. Angel Rodríguez Mata, que arrebató la muerte cuando era ya una realidad, mejor que una promesa, en la intelectualidad contemporánea.

Señala el momento decisivo del Ateneo, cuando el 16 de Julio del presente año quedó constituido bajo la presidencia del insigne cacereño don Publio Hurtado.

Después de estudiar el aspecto económico de la asociación, que es tan floreciente como puede serlo una entidad que nace, expone los proyectos del Ateneo, cuya junta de gobierno ha planeado los trabajos del presente curso sobre la base de una serie de conferencias solemnes, que estarán a cargo de D. Diego María Crehuet, el señor Bardají, de Badajoz, y D. Publio Hurtado, entre otras personalidades.

Habrán un curso dentro de cada sección, para lo que ya se han distribuido los temas correspondientes y, por último, el Ateneo realizará una intensa labor de divulgación intelectual popular.

Por último, el señor Vega y Relea pone de manifiesto la transcendencia del importante acto que se realiza, que es la cristalización de la idea que el conocido escritor don Federico Reaño lanzó desde las columnas de «La Montaña».

Terminada la lectura de la memoria, el señor Mendoza lee un magnífico discurso escrito por el ilustre don Publio Hurtado, cuyo discurso viene a ser una magistral definición del significado de Ateneo y el programa ideológico a que se ajustará la asociación.

Comienza don Publio Hurtado diciendo que el día de hoy deberá escribirse en los fastos cacereños, no con al-

magre, como hubo de decir el escudero de Don Quijote, sino con letras de oro, ya que en esta fecha entramos en el templo de Minerva y si un poco tarde llegamos a trasponer el umbral del Parthenón, es lo cierto que nunca hay tardanza en la inmensidad del tiempo.

Cita a continuación los nombres de los más esclarecidos extremeños que en la ciencia, la pintura, la literatura, la poesía, la oratoria y la música, ha tenido Extremadura, y se lamenta de que vivieran desgranados en distintas épocas, pues tal ramo de genios unidos hubiera bastado para elevar nuestra región al pináculo más alto del Empíreo.

La tardanza de llegar a un Ateneo, la hace arrancar de la equivocación que tuvieron las generaciones pasadas, no asociándose para conseguir la ciencia.

Trata luego con exquisito tacto la ideología de la asociación y reconoce su carácter moderado al decir que no cabrán en ella las exaltaciones de partido ni de política. No habrá demagogía blanca, pero tampoco imperará la negra.

Dice que uno de los días más dichosos del Ateneo será aquél en que llegue a su tribuna la mujer cacereña.

Termina agradeciendo a la prensa la ayuda que dió en todo momento al Ateneo, estimándola en lo que vale y significa, como compendio de la labor a realizar en la asociación. pues como dijo Benjamín Costand, la prensa es la tribuna agrandada y el cuarto poder del Estado.

Unánimes y fervorosos aplausos premian la magnífica página del señor Hurtado, leída por el señor Mendoza de manera insuperable.

La concurrencia se vió gratamente

sorprendida al saber que el afamado poeta extremeño Luis Chamizo, autor de «El Miajón de los Castúos», que concurre al acto, iba a recitar varias poesías.

Efectivamente; el señor Chamizo cautivó al auditorio con su preciosa poesía «Carmela» y después tuvo la gentileza de recitar varios trozos magníficos de su «Poema de Extremadura» en el que trabaja hace tres años.

Ante los insistentes aplausos del público, se vió precisado a recitar otra bella poesía titulada «La noche de las Candelas» de una fuerza descriptiva grande y de gran sabor regional.

Al terminar de recitar sus poesías el señor Chamizo, se recibió un atento comunicado del Doctor Segura Saenz, obispo de Coria, en el que se adhería al acto.

El Presidente de la Diputación señor López Montenegro, pronuncia unas breves y elocuentes palabras, diciendo que la suerte le ha deparado ser la mano ejecutora de un acuerdo que honra a la Diputación de Cáceres.

Acto seguido coloca a don Publio Hurtado la medalla de oro del Mérito Provincial, primera que concede la Diputación.

El público puesto de pie aplaude, resultando el momento de intensa emoción.

El Gobernador, señor García Crespo, dice muy atinadamente que es el que se celebra un acto grandioso en su representación moral.

Dirigiéndose al señor Hurtado añade:

«Don Publio; podéis estar orgulloso porque los extremeños, a quien cantásteis en vuestros libros, os conceden al fin el premio que os han debido tanto

tiempo con este homenaje de almas que os tributan las dos provincias extremeñas aquí representadas; podéis estar orgulloso porque la cultura, que vagaba sin casa ni hogar donde cobijarse, tiene ya una mansión fundada con vuestra paternidad y bajo vuestra presidencia».

Termina proponiendo que, para que el acto resulte completo, se solicite del gobierno de su majestad, por todos los reunidos, la cruz de Alfonso XII para don Publio Hurtado, cuyo expediente está ya informado favorablemente por la Real Academia de San Fernando.

En medio de atronadores aplausos se levanta a hablar don Publio Hurtado visiblemente emocionado.

«Os confieso—comienza diciendo—que después de haber escuchado a todos, quisiera contestar tanto y tanto, que no sé cómo empezar. La solemnidad de este acto y las frases que me habéis dirigido, perturban mi espíritu hasta el extremo de no dejarme coordinar una mala oración gramatical con que expresar mi reconocimiento.

»La Diputación provincial, el Ayuntamiento, la Comisión de monumentos, el Ateneo y la prensa, han contemplado mi humilde labor literaria a través de un potente cristal de aumento; así han visto bloques de sabiduría, donde no había sino átomos de erudición».

»¿Cómo iba yo a soñar que la más alta representación de la provincia había de colocar en mi solapa esta presea?

»Este homenaje es como un rayo de sol que viene a alumbrar mi postrera hora. Sirva, pues, de público regocijo este culto festival y haga su ejemplo que la juventud estudiosa siga por el camino del trabajo y la virtud, con la seguridad

de que al fin de la jornada nunca les faltará una voz tonante y justiciera, eco del común sentir de los vecinos, o una mano generosa, que teja para sus cabezas ya encanecidas una corona de laurel y siemprevivas.

»Gracias y más gracias os doy, deseándoos que al llegar a viejos experimentéis también una satisfacción íntima, embriagadora, como la que siento yo en estos momentos.»

Con la medalla de oro, le fué entregado al señor Hurtado un precioso pergamino, dibujado por el artista cacereño señor Palomar, en el que se transcribe el acuerdo de la Diputación.

El popular fotógrafo «Javier», obtuvo varias instantáneas de la velada.

En en el mismo día 12 de Octubre por la mañana, se celebró solemnísima el acto del descubrimiento de la lápida en que se da el nombre de D. Publio Hurtado a la Plaza de Piñuelas Altas. La lápida, de azulejos de Talavera, es una bella obra de arte de José M.^a Palma.

El Alcalde de Cáceres don Arturo Aranguren y el vicepresidente del Ateneo don José Serrano Pacheco, pronunciaron elocuentes discursos en el acto, avalorado con el concurso de una enorme concurrencia popular.

* * *

He aquí las producciones más salientes del justamente llamado patriarca de las letras extremeñas don Publio Hurtado:

«Amor y Martirio», leyenda de costumbres contemporáneas, en verso.

«La Mujer Adúltera», poema bíblico en verso.

«Crónica» de la venida a Cáceres de los reyes de España y Portugal en 1881, con motivo de la inauguración del ferrocarril internacional directo de Madrid a Lisboa, por la que el monarca lusitano le hizo Caballero de la Orden de Cristo.

ficadas de los hijos de la alta Extremadura que sirvieron en América durante el primer siglo de su conquista, premiada con medalla de plata en la Exposición Regional de Badajoz en 1892.

«Alonso Golfín», leyenda histórico-novelesca, en prosa.

«Laodicea», cuento heleno premiado en los Juegos Florales de Badajoz, en 1900.

«El mayor triunfo de Seleuco», episodio histórico en prosa premiado en los Juegos Florales, de Teruel, el año 1901.

«El caramillo del dios Pan», fantasía mitológica en prosa, premiada en los Juegos Florales de Huelva, en el año de 1902.

«Buscando el Cielo», aventura místico profana, en prosa, premiada en los Juegos Florales de Cuenca, el año 1902.

«Supersticiones Extremeñas», anotaciones psico-fisiológicas, con un prólogo de don Urbano González Serrano.

«El ídolo roto», realidades de otros días, en prosa.

«La batalla de Zalaca», episodio histórico-extremeño.

«Los extremeños en América», estudio histórico-biográfico, premiado por el Ateneo de Badajoz, en el Certamen celebrado con motivo del Centenario de la publicación del «Quijote», en vista

del informe dado acerca de este trabajo por la Real Academia de la Historia, (trabajo inédito).

«Tribunales y Abogados cacereños».

«Castillos, Torres y Casas fuertes» de la provincia de Cáceres, apuntes históricos.

«Ayuntamiento y familias cacereñas» obra cuya publicación fué patrocinada y costeada por el Ayuntamiento cacereño.

Además dió a la Prensa los siguientes cuentos y novelas;

«El beso mortuorio», «Los pompeyanos en Cáparra», «Monima de Mileto», «El arquero de Licón», «Las plumas del ganso», «Culantrillo el curandero», «El aderezo de perlas», «El realismo de la vida», «Sara y Agar», «La Golondrina y el Petirrojo», «Kinza», «El rizo negro», «Alfira la gitana», «Los penitentes de Cubillana», «Redentora», «Cucuito y Perinolita», «Tras el eterno ideal», «Perfecto amor», «El anillo nupcial», «Extremadura en Toledo» y «El cinturón de Afrodita».

LETRAS REGIONALES, que en su cuadro de colaboradores fijos tiene para su honra el prestigioso nombre de Pablo Hurtado, por medio de esta crónica, une su voz de júbilo a la de los extremeños, en los brillantes homenajes, congratulándonos de que en Cáceres se haya abierto un centro cultural nuevo, el Ateneo, que será foco de radiante luz que ha de alumbrar la noble penumbra legendaria en que se envuelve la ciudad heroica.

S. de Extremadura



Comentarios teatrales

EL SAINETE Y EL TEATRO REGIONAL

Siempre fué el sainete el más típico representante del teatro regional: su misma condición esencial de pintar las costumbres del pueblo en el que perduran las características regionales, lo impone así: hasta nos atrevemos a decir que el sainete fué el origen del regionalismo teatral.

Porque es curioso observar que el teatro español en la época en que más vigorosa vida tenía la región, no tuvo carácter regional de una manera amplia; las más de las veces aparecen en algunas obras tipos populares que no acusaban claramente sus características de origen.

El por qué de este tono neutro del teatro español sería un tema de interesantísimo estudio que nos llevaría muy lejos de nuestro propósito; baste dejar sentado que así es y que sólo en el sainete rudimentario se cultivaba con más frecuencia la nota regional que acabó de definirlo.

Estudiando la manera tímida con que poco a poco los diferentes géneros teatrales fueron tomando el carácter regional y la manera cómo la tomaban, la influencia del sainete aparece siempre. Si es en la comedia, salvada la mayor

amplitud de forma, el nudo sainetesco late en la visión de los ambientes, en la pintura de los tipos y aparece íntegro en muchas escenas: véanse la mayoría de las comedias quinterianas. En el drama, y cuenta con que los buenos dramas regionales escasean, se advierte la inmensa mayoría de las veces un regionalismo exterior de costumbres y lenguajes, en desacuerdo con la altura y la profundidad del empeño que pide algo más hondo que llegue a la entraña de los personajes, que ponga de manifiesto las notas psicológicas que la región, la raza llevó a lo más íntimo del individuo. Esta superficialidad acusa la influencia del sainete.

Tierra baja, por ejemplo: el formidable drama de Guimerá, no es en realidad un drama regional; el carácter catalán apenas se acusa en él y está oscurecido por algo más hondo, que es lo que con más fuerza se acusa: la pugna entre dos conceptos de la vida, la pureza de la montaña y el vivir más complicado y más sinuoso de las gentes de la llanura. Más extraño es este drama a un catalán de Barcelona que a un serrano de Salamanca o de Granada.

Los caracteres regionales hondos se acentúan en Feliú y Codina que en *La Dolores* y no en *María del Carmen* ni en *Miel de la Alcarria*, llega a profundizar en lo que le sobrepujó Parmeno

que vió e hizo el drama regional completo.

Pero estos son casos aislados y la influencia del sainete en los géneros superiores, en cuanto a color y carácter local sigue constante. En otras épocas de manera activa, ahora de un modo pasivo que se hace patente al ver cómo al ir desapareciendo el entusiasmo, no del público, sino de los autores por el sainete, decrece la producción de carácter regional con la sola excepción de Valencia y Cataluña.

Por eso en lo que va de temporada, agitada y proligia como pocas, apenas aisladamente y sin consistencia aparece con timidez alguna que otro obra en que se pinte un ambiente determinado.

Meu fillo, inspirado en un cuento de la Pardo Bazán, de José Díaz con música del maestro Teves, es algo tan desvaído que sólo la esencia, lo que puso la autora primitiva, tiene espíritu gallego; lo mismo que sucede con la música.

Andalucía aparece tratada con un convencionalismo que alejan la idea de una visión honda y directa en *Pastora* de Hernández Mir, con el maestro San Nicolás. *De riguroso luto* de Calero y el maestro Sancha. *Curro el de Lora*, pobre evocación de un ambiente andaluz tan sugestivo como el de mediados del siglo XIX y *La niña de las perlas*. Aparte citamos por su valor representativo y por su fuerza de ambiente, *El pié* primoroso entremés de los señores Quintero y *Las muertes de Lopillo*, en el que si es verdad que hay un cambio de técnica persiste la visión andaluza fuerte y luminosa.

Madrid con su ambiente único que a

pesar de ser de una sola población tiene tanta complejidad, tanta hondura y tanta realidad como si fuera de una región entera, no ha inspirado nada consistente. *El chico de la Encomienda* careció en absoluto de valor costumbrista. *El Rayo de Sol* obra de noveles, José Román y Aurelio López Monís, cuidadosamente hecha, más está vista a través de los modelos del género, que en la propia realidad. *Las de Mochales*, señala una feliz vuelta a los tiempos en que el sainete, en su afán costumbrista, abarcaba algo más que la vida del pueblo bajo y gracias a este acierto del autor, vemos escenas interesantísimas de unas niñas «bien» primorosamente hechas por Luis de Vargas, autor que promete mucho. Tipos del pueblo aparecen en *La Prudencia*, de Fernández del Villar, comedia en la que abundan los aciertos.

Aragón nos envía algo muy suyo en el primer acto de *La sombra del Pilar* y la Montaña asoma tímidamente en *La pescadora de Uliarco*, donde los merecimientos literarios y musicales están muy por encima del ambiente local, apenas esbozado; lo mismo que las costumbres castellanas asoman apagadamente en las escenas de *Los cigarrales*, título de castiza evocación de bravías noblezas toledanas.

Jorge de la Cueva

Madrid.

"STA. MARIA DEL MAR"

Estreno en Madrid

En el teatro de la Zarzuela de Madrid se estrenó con gran éxito la leyenda barcelonesa en dos actos «Santa María del Mar», libro de Luis Pascual Fru-

tos y Luis G. Manegat, con música de Pascual Marquina y Cayo Vela.

En ocasión de ese estreno decía un periódico de la corte:

«El propósito de dar a la zarzuela española todo el carácter de hace cuarenta años cunde cada día más entre nuestros autores. A todos les anima, y lo que es feliz, a todos proporciona el éxito que la honradez debe llevar detrás. Porque esta manera de hacer zarzuelas requiere una inconfundible honradez; una honradez máxima en la consecuencia.

El libro «Santa María del Mar», de los señores Manegat y Pascual Frutos, es una bella leyenda dramática bien versificada y a cuyo carácter de emotividad se le ha añadido un deseo de estilización patente en todo momento. Aquel capitán de los tercios, bosquejo de gallardía; el tipo de mujer entonado en la originalidad, sin atrevimientos; el sastre del lugar, pasión de cuento felizmente llevada a la escena; todo, en fin, es acusativo de una emulación de perfección.

La música, de Cayo Vela y Pascual Marquina, es de pura vena técnica. Los motivos francamente bellos y acabados en su mejor inspiración, como un trazo

de energía, se manifiestan en el momento oportuno de la situación, fuertes y vigorosos. Partitura varia en concertantes y marchas militares, su mayor virtud consiste en el colorido ambiental de sus temas.»

DICE LINARES RIVAS...

Linares Rivas, en sus «Memorias de un hombre de teatro» (que publica «Blanco y Negro») alude a don Benito Pérez Galdós. Y entre otras cosas amenas e interesantes como acostumbra, nos cuenta Linares Rivas que María Guerrero, cuando lo tenía a bien, arrancaba hojas de las obras de don Benito, con la más tranquila aquiescencia de este. Entonces se extrañó mucho el autor de «La mala ley» de que así se dejaran mutilar sus obras los gloriosos maestros. Pero viéndolo, «aprendí—dice—de una vez para todas, cuál debía ser mi conducta en lo futuro al llegar mi turno de lápices y tijeras».

¿Y también a Benavente le suprimirán párrafos y más párrafos? ¿Y a Muñoz Seca?...

Nosotros somos de los noveles aludidos por don Manuel, y nos quedamos con la boca abierta.



Agradeceremos a las Empresas y a los escritores los envíos para esta sección.

“Hispania”

En el número correspondiente al 1 de Septiembre, publica esta importante revista una colección de fotografías de la Exposición del Traje Regional.

En el mismo número encontramos, entre otros, los siguientes originales:

«El Gran Capitán y las coplas de Jorge Manrique», por Juan D. Berneta; «D. Marcelino Menéndez y Pelayo» por Rufino Blanco; «La Lusofilia de don Juan Valera» por Fidelino de Figueiredo; «Mora, porque soy del Tercio...», poesía en romance, por Arturo Casanueva; «Contra el latinismo de Hispano-América» por Juan C. Cebrián; «Visiones de Extremadura: La Zarza», por Rómulo Cimeo-Vidal, donde se refieren interesantes datos acerca de Francisco Pizarro, el Conquistador famoso, gloria de Extremadura; «El estilo de *El Alma del Quijote*», por Ernesto J. Etcheverry; «Música humorística valenciana: El baile de los enanos», por Eduardo L. Chavarri. De este artículo es el siguiente párrafo: «¡Los «Nanos», como dice el pueblo!, con sus cabezotas, serios, graves, cual si fueran los regidores de la ciudad, bailan pausadamente, tocando las castañuelas. ¡Y qué caras tienen, señor! Los pobres padecen mucho por la edad, pues los hicieron

allá por los años de 1589. Ciertamente sólo los sacan a la calle una vez al año, el día del Corpus, pero cuando vuelven a casa los seis cabezudos (pues son tres matrimonios, a saber: europeo, gitano y negro, representando las tres razas de Sem, Cam y Jafet), llegan con la cabeza vacía y la panza... llena de algún trago del de Cuarte o de Turis; quiero decir, del vinillo más fortalecedor que por aquí se produce». A continuación describe en qué consiste el baile de los enanos, añadiendo el detalle importantísimo de la música del «Tabalet» y la «dulzaina», «esos dos instrumentos moros que, al oírlos, se ensancha el pecho, el corazón late más vivo, y por todo el cuerpo os hace correr la alegría».

“Raza Española”

De esta revista de España y América tan acertadamente dirigida por la insigne Blanca de los Ríos, tenemos a la vista el número de Julio-Agosto.

Nutrido y documentado texto contiene: «*Raza Española* y el Archivo de Colón»; «La Musmé», cuento, por Blanca de los Ríos de Lampérez; «Duelos literarios: D. Francisco A. de Icaza», por José M.^a Chacón y Calvo; «Lola Rodríguez de Tió», semblanza de la célebre escritora americana, y otros varios:

artículos con ilustraciones de conformidad con el carácter de la revista.

Con satisfacción grandísima hemos leído en este número de «Raza Española», la «Charla hispánica» de Angélica Palma, dicha en la sociedad «Entre Nous» de Lima. La ilustre escritora refiere, en lenguaje pulcro y sencillo, impresiones de su viaje reciente a España.

Y con tanto amor, libre de amaneramientos y frases hechas, habla Angélica Palma en su charla; y de tan excelente manera sabe presentar los hechos y las personas que en España ha visto y ha recordado, que toda la bellísima disertación es un canto a la Patria madre, sentido y dulce, bueno y cordialísimo.

Aludiendo a preclaras mujeres españolas, dice, y no resistimos a la tentación de copiar, lo siguiente:

«Excusadme si me he detenido demasiado en los campos, tentadores por evocativos, de un pasado remoto; debo ya abandonarlos dedicando antes rápido recuerdo a Oliva Sabuco de Nantes; a la Roldana, cuyas imágenes de talla embellecen los templos de Sevilla; a la novelista Doña María de Zayas y a la condesa de Lemos, fundadora de la Academia del *Buen Gusto*, y llegar de una vez a las mujeres cuya actividad espiritual se ha desarrollado en este pasado siglo y en el actual. También al ocuparme de éstas me propongo ser concisa para no cansaros; y después de inclinarme ante la tierna musa de Carolina Coronado, que mereció el romántico elogio de Espronceda, y de Rosalía de Castro, gloria de la dulce tierra gallega, permitidme dedicar algunas frases a la escritora preclara, que volvió

la novela española a su propio cauce realista. El romanticismo, que en la poesía y en el drama señala un momento culminante y luminoso para la literatura española, en la novela significa una desviación, sin duda porque sus cultivadores sólo por seguir el impulso pasajero de la moda, echaron por el camino de Walter Scott, sin tener temperamento de novelistas ni las prodigiosas condiciones del maestro escocés, aunque algunos de ellos hayan inmortalizado sus nombres en otros géneros, como la Avellaneda y Espronceda en el poético, y el incomparable Larra en la crítica satirizadora. Fué entonces, en 1848, cuando apareció *La Gaviota*, firmada por Fernán Caballero. Era Cecilia Böhl von de Faber, hija de un estudioso alemán, muy entendido en el *folklore* español, y de una dama andaluza. Resurge con ella el realismo, tan característicamente español, al que su delicadeza femenina infunde hondo sentido moral, y su romántica herencia germana, poesía. Han pasado los años y evolucionado los gustos; acaso ciertas observaciones de Fernán Caballero parezcan hoy nimias y algunas de sus doctrinas candorosas; pero quedarán siempre el encanto castizo de su estilo, graciosamente salpicado de modismos populares, el sentimiento artístico, que respiró en la atmósfera privilegiada de Sevilla, donde transcurrió la mayor parte de su larga existencia, la clara visión de la realidad, el equilibrio de la emoción y el razonamiento que caracterizan a la obra de Fernán Caballero y autorizan a señalarla como el punto de partida de la novela moderna en España.

En otro terreno laboró Concepción Arenal, nacida en el Ferrol en 1820. Fué una luchadora de la buena causa, infatigable en su celo apostólico por la redención de los caídos y la elevación de los humildes. La máxima evangélica «odia al delito y compadece al delincuente» sirvió de norma a su vida nobilísima. Son sus libros principales *La beneficencia, la filantropía y la caridad; el Manual del visitador del preso, Las colonias penales, las Cartas a los delinquentes, La pena de deportación, las Cartas a un obrero, La mujer del porvenir*. Cada uno de ellos puede asegurarse que significa un paso hacia adelante en el mejoramiento de los oprimidos. Su ciudad natal ha elevado una estatua a la anciana pensadora y compasiva que enaltece a su sexo y a su patria.

También nació en Galicia, como Concepción Arenal, la mujer eminentísima a la que muy pocas literatas de Europa pueden disputar la primacía. Me refiero a Emilia Pardo Bazán. Intencionalmente no la he llamado condesa. ¡Qué queréis! Manías democráticas. Pero pienso que ningún título nobiliario ni consagración oficial alguna podrán agregar nada a quien por sí conquistó tan excepcional grandeza. Recordemos su *San Francisco de Asís*, portentosa reconstrucción de la Europa medieval, sus jugosas crónicas, sus críticas, de tan clara doctrina y seguro criterio, sus novelas... No me decido a hablar de éstas. Me dejaría llevar del gusto del oficio y del fervor de mi admiración si os dijera las fuentes de espiritual deleite que son para mí *Insolación y Morriña, La Tribuna y Adán y Eva, El saludo de las*

brujas, y Niño de Guzmán, todo ese monumento novelístico que comenzó, en pleno auge del naturalismo, con *Pascual López*, tuvo maravillosa culminación en *La Quimera* y, terminando con la reacción mística de *Dulce dueño* y *La sirena negra*, mostró, como un brillante de múltiples facetas, la variada riqueza espiritual de esa mujer, tan cierta de su valor altísimo que, segura de sí, no se negó a acercarse a los altares de todos los cultos ni a respirar los olores de todas las brisas.

Como aquellos humanistas del Renacimiento a quienes por lo protectorio de sus aptitudes se llamó varones de muchas almas, Blanca de los Ríos sorprende por la extensión e intensidad de su obra de polígrafa. Poetisa de elevada inspiración y fluido lenguaje en *Visiones de arte. Esperanzas y recuerdos* y en el *Romancero de Don Jaime el Conquistador*; novelista y narradora de viva fantasía y estilo flexible, coloreado, elegantísimo, en *La rondeña, Madrid goyesco, El tesoro de Sorbas, El Salvador* y *La niña de Sanabria*; investigadora tenaz y concienzuda del inextinto caudal literario del siglo de oro, dan su exquisito gusto y su maestría en el difícil manejo del idioma tan sugestivo encanto al trabajo erudito que, como dijo, juzgándola, el gran Menéndez y Pelayo, «parece que crea nueva poesía al interpretar los antiguos poemas». Hija del sabio restaurador de la bella catedral leonesa, esposa de otro arquitecto ilustre, D. Vicente Lampérez, historiador eminente de la arquitectura española, Blanca de los Ríos venera el pasado glorioso y la magnífica tradición artística de su país; pero su patrio-

tismo clarividente mira lejos y hacia adelante, hacia esta América a la que consagra la luz de su cerebro en la obra de acercamiento y cultura que entraña la Revista «Raza Española» y el calor de su afecto, que noblemente dispensa a quienes desde estas playas remotas llegan a la hospitalaria capital española. Nadie puede atestiguarlo con mayor exactitud y más emocionado agradecimiento que yo.

Una modalidad nueva, un decisivo avance de la novela española representa Concha Espina; sin embargo, no hay en ella influencias extrañas: el léxico, abundante y castigado, brota de puras fuentes montañesas; el buceo en las honduras psicológicas, la piedad y la rebeldía ante el dolor humano, son hijos de esta época inquieta y renovadora; el hervor de pasión nace de su vida atormentada, de su corazón de mujer. Concha Espina ha llegado a la literatura por el sufrimiento; por eso tienen sus libros tan agitado palpar. El fracaso de su existencia íntima la enfrentó a la dura realidad cotidiana, y el destino, que marchitó sus mirtos, en compensación la ha ceñido de lauros la hermosa cabeza. Muy leídas y estudiadas sus novelas por la crítica extranjera, se han hecho traducciones en Francia, Alemania, Italia y Estados Unidos de *La Esfinge maragata*, *El metal de los muertos*, *La niña de Luzmela*, *Agua de nieve*, *Despertar para morir* y *El cáliz rojo* que, publicada en Madrid en 1924, suscitó calurosos comentarios.

Colombia ha dado a la antigua metrópoli la más gentil comprobación del arraigo de la cultura hispana y su espléndido reflorecimiento en la tierra

más literaria de América en la personalidad selecta de Mercedes Gaibrois de Ballesteros. No olvida mi dilecta amiga el país natal; pero su innata afición a estudiar el medievo ibero, y su matrimonio con el ilustre historiador Antonio Ballesteros, llevándola a residir en España, a desarrollar allí su vocación poderosa y a ejercer en esa sociedad su suave e intenso influjo, hacen que no se pueda hablar de la obra cultural femenina en España sin aludir al lugar principalísimo que en ella toca a la autora de la obra luminosa sobre Sancho IV, galardonada por la Academia de la Historia en reñido concurso con el premio instituido por el Duque de Alba. Aunque ya nadie supone que el trabajo intelectual excluya a las mujeres de la vida afectiva y mundana, sin embargo, viendo a Mercedes en su hogar venturoso o en un salón literario, sorprende que esa madre, todo ternura, esa dama toda distinción y discreto encanto, esa artista de refinado gusto, goce en dedicar buena parte de su tiempo a visitar monumentos escondidos en apartados rincones de España, a entrarse en seculares monasterios y vetustos archivos y a engolfarse en la búsqueda y descifración de pergaminos que, en apoyo u honrada rectificación de sus opiniones, comentará en prosa nutrida y tersa.

Elocuente refutación a la creencia de que la mujer española es incapaz de acción propia encontramos en la persona y escritos de Sofía Casanova. El desmoronamiento del hogar paterno la obligó, siendo muy joven, a cambiar la apacible existencia de Galicia por la de Madrid, donde conquistó pronto consideraciones personales y envidiable

puesto literario. Casada con un médico polaco, han transcurrido muchos de sus años en Polonia y Rusia, y allí ha asistido al tremendo drama bélico, al derribo del imperio al sacudimiento bolchevique. En el reciente libro *La Corte de los Zares*, que con dos volúmenes de versos, la interesantísima novela *Más que amor*, y las vibrantes correspondencias al *A B C*, forma el muy notable bagaje literario de Sofía Casanova, pinta el cuadro grandioso y tético que ofreció Rusia. Siempre nostálgica de su tierra soleada, la anciana escritora desafía las molestias que el penoso viaje, en el que es preciso atravesar cuatro fronteras, encierra para su cuerpo cansado y sus ojos escasos de luz, por vivir durante algún tiempo su vida nacional. ¡Oh, amor patrio, vencedor del espacio y del tiempo!»

“El Debate”

Aparte el lado de las ideas, que muchos no comparten con «El Debate», todos los que por estas cosas se interesan, hallarán sin duda digna de elogio la importancia que el gran diario católico dedica a la literatura y a los asuntos literarios.

En la «Página Literaria» se ha reforzado aún más este aspecto del periódico. —Rodríguez Marín ha publicado en la correspondiente al 16 de Octubre, un artículo titulado «De antaño y de hogaño: El madrigal de Cetina». Y siendo de Rodríguez Marín, el maestro glorioso, no hace falta decir la erudición que rebosa, y el gracejo y la galanura de estilo que se manifiestan en el escrito mencionado, que principia así:

«En su gran Parque de María Luisa,

ya universalmente famoso, la ciudad de la Giralda va atesorando, al par que las maravillas de vegetación de su suelo sin igual, edificios admirables, cuya traza se debe a un genio sevillano de la arquitectura, y monumentos recordatorios de la perdurable fama que supieron ganar sus más excelsos escritores. Ya, a despecho de la envidia, que no perdona a vivos ni a muertos, los tienen Bécquer, Más y Prat, José María Izquierdo...; pronto lo tendrán los Quinteros (así, en plural: son dos), y, a lo que parece, no mucho después, en uno de los parajes más poéticos de aquellos jardines, se verá justamente rememorado a Gutierre de Cetina, el incomparable cantor de los «Ojos claros serenos...», madrigal que comparte la máxima popularidad de la poesía española con el soneto que Cervantes, con ser autor del «Quijote», estimaba

«por honra principal de sus escritos».

“Blanco y Negro”

Número del 4 de Octubre:

—Siurot, el pedagogo ilustre, gloria de la enseñanza española, publica «De la Italia dorada: Venecia», que es un bellísimo compendio de la historia y la leyenda de la ciudad encantada y maravillosa.

—*Un crítico de la Alcarria* escribe «Refranes para Octubre», siguiendo así la serie principiada en Enero, con gran acierto.

—De Santiago Camarasa es «El tradicional zoco toledano», crónica fiel del pintoresco Toledo de los «martes» celebradísimo, desde siglos hace, en la imperial ciudad.

Es este zoco «un verdadero atractivo

de muy estimable valor para Toledo; doblemente por su aspecto material—ya que los que vienen de los pueblos, no sólo compran en el mercado, sino también en el comercio de la población—y por su aspecto típico, constituyendo un espectáculo muy interesante para el turista, que al visitar esta ciudad, no sólo gusta de admirar sus bellezas maravillosas, sino también de curiosear y conocer sus típicas costumbres, cuanto más añejas más gratas y más inolvidables.

»El zoco toledano es, pues, una de éstas, que tiene el valor importantísimo sobre las más, de que se ha sostenido y se sostiene con verdadero arraigo, indiferente a la avasalladora y ridícula corriente de modernismo que contra el buen sentido y el buen gusto, está destrozando a Toledo.

»A este Toledo maravilloso, dueño de la atención de todos, y que todos, por tanto, deben defender para que acaben de una vez los atentados, los atropellos, tan absurdos como desquiciados e incalificables, que se repiten con harta frecuencia en esta ciudad única, capitalidad artística de España».

Número del 11 de Octubre:

—«Piedras de devoción», por Vila San Juan.

«Donde fué templo sagrado, al que acudían los vivos para implorar mercedes y perdones, ha nacido un campo-santo.

»El tiempo fué devastando la Iglesia y poco a poco, desapareció la gallardía de su fábrica, quedando sólo arcadas rotas y capillas frías donde, al lucir la imagen venerada, las piedras limpias fueron conquistadas por hervajos irreverentes y alimañas misteriosas.

»El pueblecito de Cambados ríe un poco más allá ebrio de luz, bajo un cielo añil de esperanza infinita».

—«El Jareño», poesía por El Bachiller Alcañices.

En donde se recuerda a Gabriel y Galán.

—«Una. Exposición interesante: El VI salón de Otoño», por Luis de Galisonga.

Acompañan al artículo las siguientes ilustraciones: Grupo escultórico, de Bonome; «Posada siglo XVII», de José Llaneces; «Segando el maíz», de Mariano Barbasán; «Alegria de vivir», de Rogelio López; «Soledad» de Alfonso Grosso; «Un descanso», de Florencio Vidal; «Piedras de Morlaco (Málaga)», de Ricardo Verdugo Landi; «Juego de damas», de José Llaneces; «El molino del brujo (Bretaña)», de Alvaro Alcalá Galiano; «Devotas del Cristo Milagroso», de Juan Antonio Benlliure; «Santiga», de Vila Puig; «Ella», escultura, de Chicharro Gamo.

—«Luciérnagas de misericordia», poesía—bellísima y dulcísima, en armoniosos versos españoles—por M. R. Blanco-Belmonte:

«En la noche sosegada
se ha encendido la robleda
que aparece salpicada
con chispas de candelada
sobre verdores de seda».

—«La Visita», entremés representable, por Pedro Iglesias Caballero.

Donde se recuerda «La sillita», «Sangre gorda» y tantos bellos, pequeños prodigios escénicos, de los Alvarez Quintero.

—«Anécdotas teatrales: Las Compar-

sas de *Guzmán el Bueno*», por Augusto Martínez Olmedilla.

Número del 18 de Octubre:

— «Mr. Morris — un gran novelista norteamericano—habla de la literatura de su país y de su viaje por España», con Rafael Villaseca.

Y dice Mr. Morris, entre otras cosas: ...«escribiré un libro que tal vez lleve por título *La verdad sobre España*. Después de conocerla, mi conciencia me dice que España es hoy el país más calumniado del mundo».

— «Escenas modernas: De frac por el tragaluz», por *Azorín*, que termina escribiendo:

«Y estas son las primeras escenas—salvo los trajes—del maestro Tirso de Molina *Desde Toledo a Madrid*. Los modernos autores irlandeses—los más divertidos y extravagantes de todos los actuales—no podrían imaginar nada más original y atrevido».

— «Los héroes literarios: *Jack* y sus desdichas», por Augusto Martínez Olmedilla.

— «Poetas antiguos y modernos: Santa Teresa de Jesús». Un extracto de su vida y la poesía—divina poesía— *Vivo sin vivir en mí*.

«Ciertos historiadores literarios opinan que debió inspirarse para componerla, en alguna cancioncilla popular anónima».

«La Lectura Dominical»

Número del 17 de Octubre:

— «Un homenaje» por *Ger*. Artículo en que se recuerda con admiración y cariño, al Cardenal Guisasola, cuya memoria ha celebrado Oviedo con solemnidad hace poco.

— «A Santa Teresa», poesía por Carolina Valencia.

— «El *Gatito*», cuento de la guerra, por José Zahonero.

«La Estrella del Mar»

Número del 8 de Octubre:

— «Un magnate castellano del siglo XV, cantor de la Inmaculada: Gómez Manrique (1415-1491)», por el Marqués de Saltillo.

— «La mujer de la Raza» (poesía premiada con la Flor natural en los Juegos Florales de Tánger, celebrados el 12 de Octubre del pasado año); por José Vicente Pérez y Valero.

«Rosas y Espinas»

Número de Octubre:

— «La cova de San Feliu» (tradición de Xátiva), poesía en valenciano por Francisco Badenes Dalmau.

— «El Rosario de la Aurora», poesía por Francisco Monterde

— «El Filósofo Rancio», por Fr. Ventura B., O. P.

— «Vidas errantes», por Marycel.

— «El Antiguo Palacio Real de Barcelona»:

«En un rincón silencioso y romántico de la gran urbe catalana, consérvase aún esta joya arquitectónica que el correr de los tiempos ha hecho célebre por cien motivos. A este Palacio está vinculada toda la historia de Cataluña y Aragón y buena parte de la historia de España.

» Su primera edificación remóntase al siglo V, cuando Ataulfo estableció en Barcelona su morada imperial. Descendió de categoría en los tiempos de los Berenguer, quedando en Palacio Condal el que hasta entonces había sido

imperial, y pasando luego a ser Palacio Real, en tiempos del Reino de Aragón.

»Allí fué muerto Ataulfo de una puñalada traidora. Allí padeció cruelmente, y por motivos religiosos, la Princesa Clotilde, víctima de los furios arrianos de su esposo. Allí falleció el popularísimo príncipe don Carlos de Viana, y allí, según algunos escriben, Fernando el Católico recibió a Cristóbal Colón a su regreso del descubrimiento del nuevo mundo».

«La Crónica de León»

Número del 10 de Octubre:

«Hidalgos de montaña», por Francisco del Río Alonso.

Número del 17 de Octubre:

—«Notas de Arte: el Salón de Otoño» por Antonio Torquemada.

—«Asuntos leoneses: La leyenda de La Cabrera» (continuación) por M. Medina Bravo, de la Sociedad de Estudios Leoneses.

«Habrá pocos sistemas orográficos que en la reducida longitud de unos treinta kilómetros, presente como los Aquilianos tantos atractivos, ni hayan sido objeto de tan interesante papel como algunos de los lugares que en sus estribaciones existen, han desempeñado.

»Además de la iglesia de Peñalba, existió al NO. de Aquiana, el convento de San Pedro de Montes, cuya fundación se remonta a los Santos Fructuoso y Valerio, y la restauración a San Ge-

nadio, que vivió cenobíticamente en el Valle del Silencio que desciende desde Pico Tuerto hacia Peñalba y en Aquiana pone Enrique Gil y Carrasco el epílogo de su hermosa novela «El Señor de Bembibre», héroe novelesco, cuyo nombre va unido por la fuerza de la tradición a otros lugares, como las Peñas de Terradillo, Las Médulas y Cornatel.»

AGRADECIDOS

Muchos son los periódicos que han dedicado noticias y comentarios encomiásticos a LETRAS REGIONALES, en su aparición. Algunos de estos comentarios, sólo por referencias personales los conocemos.

«El Noticiero» de Zaragoza; «El Adarve» de Cáceres; «Diario de Córdoba»; «El Defensor de Córdoba»; «La Crónica de León»; «El Pensamiento Navarro»; «El Pueblo Navarro»; «La Atalaya» de Santander... Para todos, para los que hemos nombrado y para aquellos de los que por olvido o desconocimiento no hacemos mención, nuestra gratitud profunda.

De modo especial queremos agradecer su atención a «El Pueblo Navarro», importante diario de Pamplona, que dedica un amplio artículo en primera plana a nuestra Revista, con elogios y plácemes que nos alientan mucho a proseguir con entusiasmo la labor que LETRAS REGIONALES se ha impuesto.



De cuantas obras nos sean remitidos dos ejemplares, se hará mención, más o menos extensa, según las circunstancias, en la sección esta, donde se publican también artículos de crítica de nuestros colaboradores.

"PRIMERES POESIES"

Libro de juventud, todo él música dulce e ilusiones puras, este de Bartolomé Barceló, el laureado poeta mallorquín.

«La canción de la vida», «Balada a la Luna», «Pregaria de Amor», «La balada del recuerdo»... He aquí algunos títulos de las poesías que forman el volumen. En todas ellas se aspira la exuberancia natural del corazón enamorado e ingenuo. La armonía mansa de estos versos es risa amable de vida que se abre a la luz de todas las ilusiones desbordadas. Barceló, que ya alcanzó triunfos en certámenes, en la Prensa y en el libro, aparece en estas poesías dotado de grandes condiciones literarias. Aunque gran parte de su producción, en prosa y en verso, es catalana, también escribe en castellano muy estimables páginas, dignas de su ya cimentado prestigio. Los lectores de LETRAS REGIONALES admirarán los escritos de Barceló, que es colaborador nuestro. A continuación publicamos cogida al azar, una de las bellas poesías contenidas en el libro al que están dedicadas estas líneas:

A UNA TÍMIDA DONZELLA

Dolça amiga recelosa,
qui haveu tan bell parlar;
qui us posau tan vergonyosa
si qualcún us vol mirar;

Qui teniu en vostres galtes
un carmí deliquiós;
i no les colors malaltes
ni el perfum va i llangorós.

Per la gràcia humil i blanca
del passeig qu' ara hem donat;
per la boira de la tanca
dins l' atzur glorificat;

Per vostra ànima exquisida
qui es delecta en fina pau
dins l' eixutà i trista vida
d' un vell poble amb un cel blau,
clara amiga, jo voldria
espolsar a damunt vos
un ramell viu d' alegria
qui us brufàs d' albes clarôs;

I que el ritme qui en vos canta
fos sadoll de tal vitut,
que per ell se fés fraganta
vostra exhausta solitud,
. i se desfés en garlandes
l' espessa boira rebel,
com una onada de randes
esflasant-se pel cel.

B. Barceló



Exposición de Pintura en el Ferrol

Se ha celebrado la Exposición regional de Pintura con gran éxito, figurando en ella obras muy notables de distintos artistas gallegos, entre ellos del gran pintor Sotomayor.

Descubrimiento de lápidas en Murcia

Con gran solemnidad se ha celebrado el acto de descubrir la lápida que da nombre a la calle de Ricardo Sánchez Madrigal, inspirado poeta murciano, fallecido recientemente.

Corresponsal de "La Nación" en Asturias

El brillante cronista de *El Carbayón*, de Oviedo, D. Emilio García de Paredes, acaba de ser honrado con el nombramiento de corresponsal en Asturias del periódico *La Nación*, de Buenos Aires.

Un grupo Escolar en Santander

Los opulentos capitalistas montañeses don Francisco Maza y don Antonio Trueba han construido a sus expensas en el pueblo de Bustablado de Arredondo un grupo escolar modelo, haciendo donación de él al Estado.

La obra ha costado cerca de 100.000 pesetas.

Un cuadro de Sorolla

Se ha recibido en el Museo del Greco de Toledo, el cuadro de Sorolla, que ha donado la familia del ilustre artista,

cumpliendo los deseos del mismo. Se trata de un notabilísimo retrato de grandes dimensiones de todos los señores que forman el Patronato del Museo, presidido por S. M. el Rey, que viste de uniforme.

López Cruz

Nuestro apreciable amigo y colaborador D. Lorenzo López Cruz ha sido nombrado Socio de la Real Academia de Buenas Letras de Málaga, adscrito a la Sección Poética.

En memoria de Ramón Alvarez

Con motivo del primer centenario del nacimiento del famoso escultor zamorano, Ramón Alvarez, se han celebrado solemnes funerales en la iglesia de San Juan de Zamora.

Después se descubrió la lápida conmemorativa colocada en la casa número 22, de la calle de Balborraz, en donde murió el artista.

La lápida es obra del discípulo del escultor, Ramón Núñez.

En el teatro Principal se celebró solemne velada, en la que se ensalzó la memoria del escultor zamorano.

Monumento a Bretón en Salamanca

Con gran solemnidad se efectuó la inauguración del monumento erigido a Bretón en la plaza de San Justo.

El alcalde descubrió el monumento,

mientras que una banda militar interpretaba *La Verbena de la Paloma* y otras obras del ilustre maestro salmantino. Asistió también al acto el hijo del finado, D. Abelardo Bretón, quien fué luego obsequiado con un banquete.

En la ceremonia, el redactor de *El Adelanto*, Sr. Sánchez Gómez, leyó expresivas cuartillas alusivas al acto.

El monumento es obra del escultor Ortells.

Francisco de Paula Valladar

En los jardines del Triunfo, de Granada, se inauguró un monumento a la memoria del escritor granadino Francisco de Paula Valladar.

Los periodistas Sres. Fuentes y Moga Gutiérrez pronunciaron algunas palabras; aquél, para entregar el monumento en nombre de la Comisión organizadora, y el último, para dar cuenta de las numerosas adhesiones de Granada y del resto de España.

El presidente de la Asociación de la Prensa, Sr. Mesa de León, y el concejal señor Acosta, pronunciaron discursos enalteciendo la memoria de Valladar.

El autor del monumento es el escultor D. José María Palma.

Certamen de orfeones, gaita y bailes populares, en Vigo

En el certamen de orfeones ganó el primer premio, de 4.000 pesetas, y el estandarte el orfeón de Mieres; el segundo, 2.000 pesetas y copa de plata, el de Orense. Al certamen concurren cuatro orfeones.

En el concurso de gaitas y bailes del país, resultaron premiados los gaiteros Constante Moreda, Francisco Neira y José Fernández, y en los bailes José

Nuevas, de Pontevedra; José Chavez, de Sardona y Guillermo Pérez, de Vigo.

Homenaje al poeta José del Río, en Santander

En la zona marítima celebróse solemnemente el acto de descubrir una lápida en homenaje al poeta montañés don José del Río, laureado recientemente con el premio Fastenrath. Al acto asistieron el Cardenal Benlloch, presidente de la Diputación, Obispo, gobernador civil, alcalde, comandante de Marina y la Directiva de la Asociación de la Prensa, que ha costado la lápida.

Durante la ceremonia la Banda Municipal tocó aires montañeses.

Becas para estudiantes en Logroño

La Diputación provincial ha acordado crear 13 becas para estudiantes pobres, distribuyéndose en la siguiente forma: dos para el Bachillerato, dotadas con 100 pesetas mensuales; dos para la Normal de Maestros y otras dos para la de Maestras, con igual dotación que las anteriores; dos para el Seminario, con 75 pesetas y cinco para Bellas Artes, Agricultura e industria, con 1.000 pesetas anuales.

La Junta de la Biblioteca catalana

En la Diputación provincial de Barcelona se reunió la Junta del Instituto de la Biblioteca catalana, la cual se ha estatuido como Fundación.

Será regida por un Patrono formado por tres diputados directos y dos corporativos, cinco vocales técnicos, dos catedráticos, un concejal, tres tenientes, un delegado del Instituto Superior de Estudios de Cataluña y el inspector de Bibliotecas de Cataluña.

Una calle al impresor Ibarra en Cerbera

En reciente sesión del Ayuntamiento de Zaragoza, dió cuenta el alcalde de la visita que le hizo su colega de Cerbera, comunicándole que aquel Ayuntamiento va a dedicar una calle y una lápida al notable impresor aragonés del siglo XVIII Joaquín Ibarra.

El alcalde de Zaragoza, prometió al de Cerbera que asistirá a dicho acto una Comisión del Ayuntamiento de esta capital.

En la misma sesión fué aprobada la propuesta del concejal señor Serrano para erigir un busto al mencionado impresor en una de las plazas del parque que se está construyendo en el cabezo de Buenavista.

Artistas premiados en Mérida

El Jurado de la Exposición de Artes, de Mérida, formado por D. José Pinazo, D. José Ramón Mérida y D. Maximiliano Macías, concedió premios a don Eulogio Blasco, D. J. Blanco Pajares, don Manuel Antolín Romero de Tejada, D. José Gordillo y D. Juan Caldera.

El Conde de Casa Segovia

A los ochenta años ha fallecido en La Laguna, donde pasaba las vacaciones veraniegas, el Excmo. Sr. D. Gonzalo Segovia y Ardizzone, conde de Casa Segovia, figura prócer en la literatura y en la política.

Nació en Cádiz, pasó la infancia en Córdoba y se educó en Sevilla.

Tuvo por consejera y maestra a la insigne *Fernán Caballero*, y su casa de Sevilla convirtiéndose en centro de reunión de escritores y de artistas.

Sus primeros ensayo literarios, como poeta elegante y como prosista, le conquistaron consideración y prestigio entre los escritores de aquella época.

Más adelante expatrióse, y en Buenos Aires, como presidente de la Liga Patriótica Española y del Casino Español, realizó brillantes campañas de fervoroso españolismo, descollando entre ellas la iniciadora de la subscripción para regalar a España el crucero *Río de la Plata*

Vuelto a la Patria, presidió la Real Academia Sevillana de Buenas Letras y la Sociedad Económica de Amigos del País, de Sevilla, y, en nombre y representación de la Academia y del Ateneo Hispalenses, efectuó el traslado, desde Madrid, de los restos de Gustavo y de Valeriano Bécquer a su panteón en la ciudad del Betis.

De su amor a las bellas letras quedan numerosos testimonios en discursos y trabajos periodísticos no coleccionados, en una novela y varios ensayos inéditos.

En los últimos años de su vida fijó la residencia en Santa Cruz de Tenerife, al lado de su hija Gertrudis poeta y novelista inspirada, esposa del gran protector de niños Excmo. Sr. D. Diego Guigou.



Año I - SUPLEMENTO DE LETRAS REGIONALES - N.os 3 y 4

En esta sección colaborarán fácilmente, los escritores que quieran darse a conocer. Encarecemos a todos la brevedad, indicándoles que serán preferidos los trabajos que más se acomoden al carácter REGIONAL de la Revista.

FLOR ENTRE ESPINAS

Me ha sorprendido una visita agradabilísima. Lo confieso con una ingenuidad satisfactoria. Sobre mi mesa de trabajo tengo LETRAS REGIONALES, hermosa revista, escrita admirablemente y editada con un gusto insuperable, que habrá sido recibida con alegría por todos los enamorados de la Literatura.

Viene a llenar un vacío. Este tópico tan repetido — muchas veces por un exagerado afán de adulación, — se puede afirmar ahora con un sincero deseo de hacer justicia.

Los que amamos las glorias regionales por estimar que el cariño a lo pasado, a lo tradicional, es lo único que puede hacer frente al materialismo estúpido, que todo lo envenena y empequeñece, y lo esencial para crear las regiones fuertes que formen una Patria grande, con los estímulos de pretéritas grandezas, hemos visto con pena, cómo ha transcurrido el tiempo adormeciendo el espíritu y embotando los sentidos, mientras la novelucha inverosímil,

procaz y desvergonzada lo inundaba todo, anulando los esfuerzos de los más firmes prestigios literarios y artísticos.

Podemos decir aquí con el poeta:

Entre espinas
suelen nacer rosas finas,
y entre cardos lindas flores,
y en tiestos de labradores
olorosas clavelinas.

Entre las espinas absurdas de la insensibilidad y del aletargamiento y entre los odiosos cardos de la literatura cocotesco-sentimental, ha brotado, en el tiesto pintoresco y coquetón que constituye la evocadora Ciudad de los Califas, esta hermosa flor que debe embargar con sus inmarcesibles perfumes y fragancias los rincones más escondidos del suelo español.

Que la luz, encendida en el apacible rincón provinciano, no se apague nunca y alumbre eternamente a todas las regiones, veneros riquísimos de leyendas inmortales y canteras inagotables de Belleza, de Amor y de Poesía...

Francisco López Sanz

Pamplona y Agosto, 1925.

NI MANON NI GAUTIER

Tu rubia cabellera como el oro de Ofir
es tinte solamente que mata el pelo endrino,
apócrifo ese oro como tu buen vivir,
tan falso como el rojo del labio purpurino.

Te ríes del misterio que encierra la pasión
y lloras en silencio tu tedio de mujer,
sin ser para tu risa la locuela Manón,
sin ser para tu llanto Margarita Gautier.

Tus horas de fastidio pasan lentas, vacías,
sin bellas esperanzas, sin el dolor de amar,
y sientes mil nostalgias oyendo melodías
de la «Flauta encantada» del divino Mozart.

Vulgar en tus locuras, cursi en romanticismos
esclava de este siglo de fútiles pasiones,
exilio es de tu hastío el débil servilismo
que exigen los ensueños a buenas digestiones

Te mofas del amor cuando anhelas amor,
te alejas del dolor cuando lo anidas ya
con más intensidad dentro de tu temor
y sufres sin placer tu vivir que se va.

Y ríes del misterio que encierra la pasión
y lloras en silencio tu tedio de mujer,
sin ser para tu risa la locuela Manón,
sin ser para tu llanto Margarita Gautier.

José Padilla Orran

La Línea, Octubre 1925.



ANÉCDOTA HISTÓRICA

En París, se celebraban solemnes honras en memoria de Francisco I y estaba encargado de la oración fúnebre, un Religioso, de reconocido talento, llamado Pedro Castelán o del Chantel, Obispo de Macon.

Muchos fueron los méritos y las virtudes de Francisco I, como también fueron muchos sus defectos de inconstancia y de amor a los placeres. Cansábase pronto de las amistades y de residir en un mismo lugar. Pero, amaba las ciencias y las letras, por lo que Francia le debe la riqueza de sus bibliotecas y varias

instituciones científicas, lo que le valió el título de «Padre y Restaurador de las Letras». Repetidas veces mostró heroísmo y valentía, lo que no le impidió ser prisionero de nuestro Emperador Carlos V, ni dirigir a su madre la célebre carta en que le escribía: «Todo se ha perdido menos el honor».

Al encomiar las virtudes del mencionado Rey, su apologista Pedro Chantel, aseguró que fué tan piadoso y de buen corazón, que su alma había volado al cielo, sin detenerse en el purgatorio. Este concepto escandalizó a los oyentes, hasta el punto, de que algunos lo denunciaron a la Universidad, en donde los doctores lo calificaron de herético, designando una comisión, para que diera cuenta al Rey de aquellas palabras.

Encargado de recibirlos el primer Mayordomo de Cámara, que era español y hombre de ingenio, los agasajó convidándolos, primero, y después les dijo: — Creo, señores, adivinar, a que debo el honor de veros aquí reunidos. Venís sin duda, a discutir con el limosnero Mayor, el lugar donde se hallará a estas horas el difunto Rey, nuestro buen amo. Si me dais crédito a mí, que lo conocía bien, os convenceré de que si marchó al Purgatorio, no se detendría en este lugar, más que para probar el vino que allí se bebe, pues todos sabemos le gustaba estar muy poco tiempo en un mismo sitio...

Esta salida hizo comprender a los doctores que iban a entablar una discusión fútil que sólo serviría para dar motivo de chanza a los zumbones.

Prisca Espa

La Carolina en Muchamiel, Julio 1925.

PRESENTACIÓN

Ni soy literato
ni trazas que tengo,
y a pesar de todo
me gustan los versos.

Yo mismo confieso
que nada he escrito
ni en verso ni en prosa.
Señores, lo afirmo.

Y a pesar de todo
(también lo comprendo)
si es que yo escribiera
sería un portento.

¡Si vieran ustedes
la gracia y soltura
qué tengo! ¡Qué dotes
me donó Natura!

Para mí es lo mismo
escribir en prosa
que el hacerlo en verso
o echarme una copa.

Y en el tono serio
escribo lo mismo
que en tono de broma.
¡En cualquier estilo!

Porque soy, señores,
como un «sieteoficios»
o el unguento blanco;
ni corto ni pincho.

¡Lástima que existan
talentos tan grandes
como a queste mío
y que sea en balde!

Mas nuestra revista
LETRAS REGIONALES
nos abre un camino.
¡Ha dado en la clave!

¿LITERATOS NUEVOS?
¡«Ego sum»! señores,
respondo, cual otro
concejal de Torres.

En sesión plenaria
trataban si habrían,
en aquellas fiestas,
de tener «vaquillas».

En favor los unos,
que en contra los otros,
quiso aquel buen hombre
dar, en pro, su voto.

«¡Pido la palabra!» ..
dijo el tío Facundo:
«Si tratais de toros ..
¡pues yo... yo soy uno!»

Y ¿qué les parece,
seré yo otro tal?
¡Eso lo veremos!
Saludo; y... mandad.

Ares-Nif.

ORIGINALES ACEPTADOS

En números inmediatos se publicarán los artículos siguientes: *Poesías breves: El tren de la idea; Del abismo surge el sol; ¿¿Espejismo??*, de Miguel Hervella Urdániz.—*La doble ilusión*, de F. Sánchez de la Nieta.—*Doña Mariposa y Caracolillo*, de Jesús Ramírez Sánchez.—*¡De esa mujer...!*, de Fernando G. Machado.—*Un pastor de la montaña*, de Antonio Moreno.—*Mi envío*, de Jesús Riego.—*Paisaje del alma*, de F. García Hortal.—*Rima Cantabra*, de E. Gutiérrez Terreros.—*Alicante*, de «Prisca Espa».—*Una extraña modalidad*, de Nicolás Ramiro Rico.—*Huracanes*, de Ares-Nif.—*Leyenda vasca*, de Luisa de Fatras.—*Mi ideal*, de Ricardo G. Vinuesa.—*Por requerirte de amores...*, de Jesús Riego.—*Oro*, de Antonio G. de Lama.—*Dos cosas malas*, de Julia Mérida.

Y otros, de que ya daremos cuenta.

Imprenta La Española. - Librería, 28 - Córdoba

Novelas extremeñas
de
Antonio Reyes Huertas

☐

«Los humildes senderos.»
«La sangre de la Raza.»
«La Ciénaga.»
«Agua de turbión.»
«Fuente serena.»

☐

De venta en todas las buenas librerías

¡Gran éxito de Librería!

FRUTA DE ARAGON

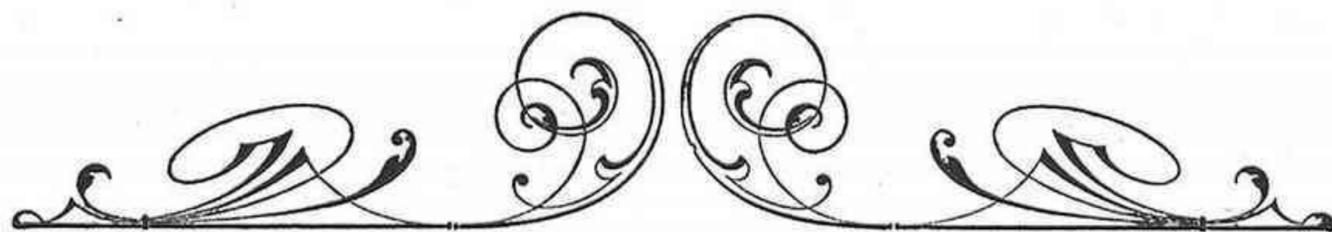
POR

G. García-Arista y Rivera

Envío 1.º—*Enverada.*
» 2.º—*Excoscada.*
» 3.º—*Abatollada* (en prensa)

☐

EN TODAS LAS LIBRERIAS



LA ESPAÑOLA

TALLERES DE IMPRENTA

Impresión esmerada de Obras, Folletos,
Circulares y toda clase de modelación
para Oficinas y el Comercio

Prontitud y economía en todos los encargos

LIBRERIA, 28

—☐— **CORDOBA**

